Ayuntamiento de Madrid

MB
1.890
(dos tomos

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

MB 1703

Ayuntamiento de Madrid

Panorama

MATRITENSE.

*

Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE.

Pág.

El retrato (15 de enero de 1833.) 1
La calle de Toledo (5 de febrero.) 10
La comedia casera (1.° de marzo.) 19
Las visitas de dias (19 de marzo.) 30
Las costumbres de Madrid (5 de abril.) 39
Los comer... 46
Saber... 58
La empleomanía (10 de mayo.) 68
La romería de San Isidro (15 de mayo.) 77
En 86
El 100
Las casas por dentro (5 de julio.) 112
1802 y 1833 (9 de agosto.) 121
Tomar aires en un lugar (16 de agosto.) 132
El paseo de Juana (23 de agosto.) 142
El dia 30 del mes (30 de agosto.) 151
El amante como de visita (6 de setiembre.) 157
Las tiendas (20 de setiembre.) 168
El barbero de Madrid (27 de setiembre.) 178
El gineta y su dama (30 de setiembre.) 187
Las ferias (5 de octubre.) 194
Riqueza y miseria (25 de octubre.) 202
El campo santo (1.° de noviembre.) 213
Pretender por alto (24 de noviembre.) 222
La politica-casera (12 de diciembre.) 233
El aguinaldo (31 de diciembre.) 243

Ayuntamiento de Madrid

PANORAMA
MATRITENSE.

Cuadros de costumbres

DE LA CAPITAL,

observados y descritos

POR

EL CURIOSO PARLANTE.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.

Imprenta de Repullés.

1835.

Ayuntamiento de Madrid

PANORAMA MATRITENSE.

Cuadros de costumbres

LUIS RODRIGUEZ DE LA CROIX
EX-LIBRIS

EL CURIOSO PARLANTE.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.
Imprenta de Repullés.
1835.

Ayuntamiento de Madrid

Villa-amil inv.º Lit.ª de Palmaroli. Madrid. C. Palmaroli lo d.º

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

PANORAMA MATRITENSE.

Las tres tertulias.

«Con estas cosas que digo
y lo que paso en silencio,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.
Lope de Vega.

Yo no sé si fue el temor de la niebla que cubria nuestro horizonte, ó de la mas espesa aun que la etiqueta y el fastidio estienden en nuestras sociedades cortesanas, lo que me determinó noches pasadas á subir á visitar á mi vecino *don Plácido Cascabelillo*, de quien ya tienen conocimiento mis lectores. Y como para ello no tenia que aguardar á que diesen las once, ni que ocuparme durante dos horas en el pulimento y adorno de mi persona, no hubo mas, sino que á cosa de las siete, y segun y como me encontraba vestido, pillé la escalera y me presenté en casa del vecino. No fui, sin embargo,

Ayuntamiento de Madrid

el primero, pues que ya se hallaban sentados en agradable círculo en derredor del brasero casi todos los individuos que componian la tertulia, de los cuales fui recibido con grandes muestras de contento, haciéndome el amo de la casa los honores de recien venido escarbando la lumbre, en tanto que los demas estrechaban su formacion para darme asiento dentro de la rueda.

No se puede negar que un brasero defendido por diez ó doce personas, todas alegres, todas amables, y sin grandes pretensiones, es una de las cosas que inspiran mayor confianza, y dan rienda suelta al natural ingenio para desenvolverse sin aquellas trabas que la afectacion, el orgullo, y el falsamente llamado *buen tono*, suelen imponerle; todas las palabras (escepto algunas justamente proscriptas en cualquiera sociedad) son alli buenas para espresar los conceptos; los chistes familiares, los modismos del lenguaje, esmaltan á cada paso la conversacion, prestándola un carácter nacional y sin el desdichado sabor de estrangerismo de que adolece en el gran mundo; en una sociedad de esta clase, los melindres desaparecen, las ecsageradas obligaciones de la moda tienen un aspecto ridículo, los sentimientos naturales se manifiestan sencillamente, y el amor, la amistad y la alegría se ostentan con franqueza sin temor de la censura ni del sarcasmo.

Tal era el cuadro que presentaba la reducida tertulia de mi vecino; ni alli una dama se sentia

Ayuntamiento de Madrid

vaporosa, ni á un caballero se le permitia *secarse*; ni para designar aquella reunion se la llamaba *soirée* ni *círculo*, ni á la sala *salon*, ni nadie se avergonzaba de hablar español, ni de no conocer á París mas que en el mapa, ni de dejar su sombrero á la entrada, ni de tomar la mantilla á la salida; todo era franqueza y alegría, y como la coquetería y la envidia no habian podido aun penetrar en aquel modesto recinto, los amantes se consideraban felices, y el espectáculo de sus sencillos amores divertia á los demas.

Una hora habia ya que yo permanecia en aquella agradable escena, cuando acertó á entrar *doña Dorotea Ventosa*, viuda jóven de cincuenta años (cumplidos en 1825), señora de gran tono y de numerosos adoradores que suspiran por los bellos ojos de su bolsillo; señora cuyo crédito se estiende desde el salon del Prado hasta la misma puerta de la Vega; y señora, en fin, muy de mi conocimiento, y cuya historia sabrá el lector algun dia. Entró con aquel aparato con que una *prima donna* suele presentarse á cantar su aria despues del coro que la precede: toda la sociedad se dispuso en alas para recibirla; y la recien llegada, prévia la ceremonia de dejar su capa y su pelliza, y de arreglar su schal y su sombrero, se adelantó á recibir aquellos homenages, dispensando á la media rueda de señoras sendos besos en las megillas, y dedicando á los caballeros una afectada cortesía y sonrisa.

Instalada aquella nueva interlocutora, tomó de

Ayuntamiento de Madrid

derecho la palabra y nos habló de los sucesos del gran mundo (que eran para ella el salon del Prado, la ópera italiana y dos ó tres casas de juego), y cuando ya creyó que habia escitado la admiracion y la envidia general, propuso una partida hasta las diez, hora en que tenia que marchar á otras tertulias. Inmediatamente don Plácido hizo poner la mesa en el gabinete, y principiaron un tresillo á cuarto el tanto, no sin oposicion de doña Dorotea, que jugaba con guantes por no ensuciarse los dedos.

Mas el germen de discordia que la viuda habia arrojado en nuestra plácida reunion no se separó con ella, antes bien manifestándose en voz baja, empezaron unos á censurar su afectacion y vanidad, otros á reir de sus flores y diges, cuál á contar anécdotas picantes de las sociedades á que ella dijo concurrir, cuál, en fin, á manifestar desden por ellas. Por último, nuestra inocente conversacion se convirtió en amarga sátira, y esto empezó á desnivelarme, tanto mas, cuanto que públicamente acababa de aceptar la propuesta de doña Dorotea de presentarme aquella noche en casa de la baronesa de... por lo cual no dejaron de darme broma.

Aquella nube desapareció sin embargo muy luego, y la calma volvió á restablecerse, con lo cual, y con unos cuantos juegos de prendas, cuyo único interés consistia en decirse secretos al oido, tornó á renacer la alegría y el contento en todos los corazones.

Mas para que se vea que no hay dicha en este

Ayuntamiento de Madrid

bajo mundo sin su poco de azar, por qué tanto una de las viejas hubo de tener la mala tentacion de invitar á cierto don Calisto (de menguada memoria) á que luciese un poco sus habilidades á la guitarra; y hé aqui á toda la sociedad pendiente de aquellas mal templadas cuerdas y peor dirigidos dedos, y aguzando los oidos para no perder un punto de aquella maravilla. El nuevo *Sor* ocupó media hora larga en retocar clavijas, probar bordones y saltar primas, de las cuales por dicha fue á parar una á los ojos de la vieja, su apasionada, entre la mal reprimida risa de todos los circunstantes; despues nos obsequió con tres escalas en *sol* y una en *fa*, cuatro arpegios y tres ejercicios de mano izquierda; hasta que colocándose bien en la silla y marcando con el pie los compases, improvisó un walls del *Barbero de Sevilla*, otro conocido por *el de las Fraguas* en la Pata de Cabra, y un rondó obligado (música del célebre maestro *Paquete*) capaz de arrancar lágrimas de desesperacion; pero subió de todo punto nuestro entusiasmo cuando despues de otro retoque general de clavijas, y de dos ó tres hondas toses, entregó su voz al viento con unas *seguidillas* intermediadas de *matraca*, y luego, pasando al estilo patético en las dos canciones de "*Horror me da el dia*" y "*La sombra de la noche*," acabó de arrancar largos y pronunciados aplausos de manos y pies.

Sin embargo, yo, satisfecho de tan buen ratito, me escurrí sin ser notado á mi cuarto para vestir-

Ayuntamiento de Madrid

me convenientemente, á fin de acompañar á doña Dorotea; hícelo asi, y como luego me manifestase esta que era muy temprano para ir á casa de la baronesa, y que antes debiamos tocar en cierta tertulia donde no faltaria campo á mis observaciones, nos despedimos de aquella amable reunion, y tomando el coche de doña Dorotea nos dirigimos á la otra sociedad.

Era esta en casa de un personage de alta importancia, á quien mi viuda compañera intentaba recomendar cierto pretendiente jóven, del que hablaremos en tiempo y lugar. La multitud de caballeros, escesiva respecto al número de señoras, me hubieron desde luego dado á conocer una tertulia de cálculo, asi como la deferencia y respeto gradual de los concurrentes me impuso al momento de quiénes eran el amo de la casa, su señora, hijos, parientes y confidentes. El primero, sentado cerca de la chimenea, se hallaba rodeado de tres ó cuatro graves personages, los cuales aguardaban á que él hablase para sentirse ecsactísimamente del mismo parecer, y aun comentar sus discursos citando á cada paso algunas de las palabras del señor; si tal vez éste se levantaba á recorrer la sala, todos se alineaban para abrirle paso, haciéndole una cortesía los mas viejos, los jóvenes componiéndose el cabello, las niñas regalándole una sonrisa, é interrumpiendo por un momento su conversacion *de ordenanza* con los oficiales de la guardia, y estos ostentando un continente marcial. El buen anciano

Ayuntamiento de Madrid

se detenia un momento en cada grupo, tomaba parte en las conversaciones, animaba á todos con su benevolencia, y todos se lisonjeaban de haber fijado esclusivamente su atencion. Algo mas allá la señora de la casa presidia una mesa de *ecarté* con gran aplauso del triple círculo de mirones que encomiaban á cada paso su destreza y generosidad. Las señoritas, en otro lado, recibian los homenages de los brillantes jóvenes, que se esmeraban en ostentar su gallardía como un título de recomendacion para inclinar á papá en favor de sus pretensiones; las amigas y amigos de la casa hablaban aparte con los presentados, los introducian en el círculo del señor ó de la señora, referian en público sus gracias, y los colocaban en posicion de lucirlas. Con tan delicada intencion precedió doña Dorotea con su recomendado, buscando el modo de hacerle cantar una magnífica aria del *Mahometo*; luego haciéndole tocar un concierto de *Mayerbeer*; y despues promoviéndole sus conversaciones favoritas, para que luciese la espedicion de su lengua y el brillo de sus grandes ojos árabes, con lo cual toda la tertulia quedó prendada del mancebo; el señor se informó de sus cualidades; la señora alabó sobremanera su hermosa voz; las jóvenes felicitaron á doña Dorotea, no sin algunos asomos de malicia, y ésta aseguró al galan que mas habia ganado aquella noche que en tres años de antesalas y audiencias.

Serian las doce dadas cuando, concluida la mi-

Ayuntamiento de Madrid

sion de doña Dorotea, determinó que pasáramos á la otra tertulia, y con efecto, no tardamos en verificarlo. Mi presentacion se verificó en debida forma; mi introductora y yo atravesamos el salon, y dirigiéndonos á la señora de la casa, pronunciamos las simultáneas palabras de estilo interpoladas con las cortesías propias del ceremonial, con cuyo brevísimo introito quedé instalado solemnemente, y pude dirigirme adonde me pareció.

La eleccion no era dudosa: guiado por aquella inclinacion natural hácia las hijas de Adan, propia y comun á todos los hijos de Eva, empecé mi reconocimiento por aquellas, dando una vuelta disimulada en derredor de la sala, y pude, con ausilio de mi doble anteojo, ponerme al corriente de las diversas fisonomías y sus fechas respectivas; luego me introduje (siempre con la misma precaucion) en los grupos de los jóvenes que formaban en el centro del salon, y de las conversaciones de los unos, y de las sonrisas y cuchicheos de las otras, formé mi cuadro general, al cual iba prestando episodios segun la casualidad me los iba ofreciendo. Pero á corto rato de recogerlos eché de ver que todos eran idénticos, y que no habia por qué tomarse aquel trabajo. Por ejemplo: uno de los jóvenes del grupo general flechaba su anteojo hácia donde le parecia bien, y apartándose luego de sus compañeros, se adelantaba con cierto aire de satisfaccion, ya jugando con los sellos del reloj, ya con entrambos pulgares pendientes de las bocaman-

Ayuntamiento de Madrid

gas del chaleco; poníase delante de cualquiera señorita, y mirándose de paso á un espejo que solia caer perpendicular sobre el peinado de ésta, la dirigia con aire distraido é indiferente cuatro palabras (no las mas puras por cierto ni las mejor escogidas), y mientras aguardaba su respuesta, continuaba su operacion de arreglarse el cabello ó la corbata, ó bien se hacía aire con el abanico de la niña. Persuadíame yo de que ésta, ofendida de aquella grosera presuncion, responderia con altivez á las altiveces del galan; pues nada menos que eso; la mayor amabilidad, el mayor gracejo, la mas encantadora sonrisa; y si aquel, animado por ella, prorumpia en un concepto atrevido, solo se le interrumpia con un ¡*qué malo es usted!* mas pronunciado con cierta indulgencia que no movia á lástima del hablador.

Pero ya éste, embriagado con el triunfo de aquella escena, se incorporaba al círculo de sus camaradas para recibir sus aplausos, ó bien se dirigia al otro estremo de la sala, y colocándose al lado de otra jóven la dirigia ¡qué falacia! las mismas espresiones que á la anterior; mas como en este mundo todo se halla compensado, mi indignacion cesaba al escuchar que aquella estaba dando las mismas respuestas á otro interlocutor que ocupó el lugar del primero. Esta regla de conveniencia general presidia en toda la tertulia, y solamente se esceptuaba de ella alguno que otro jóven, ó mas tímido ó menos petulante, que dejaba ver en su semblante las emociones del verdadero

Ayuntamiento de Madrid

amor; pero estos eran por lo regular el objeto de los secretitos burlones ó de las risas improvisadas de las niñas, asi bien como algunas de estas menos determinadas yacían en los rincones, sin que ninguno las dirigiese la palabra.

Todo lo observaba yo en silencio; mas como las observaciones no son agradables hasta el punto en que se comunican, no pude resistir al deseo de hacerlo, y dirigiéndome á un caballero que tenia al lado le hice partícipe de ellas, y hablé tanto, que apenas le dejé manifestar su opinion. Despues, suponiéndole antiguo en la tertulia, le fui preguntando los nombres de algunos y algunas de los que mas me habian llamado la atencion; pero de todos respondia no conocerlos, con lo cual quedé penetrado de que era alli tan novicio como yo; pero estando en esto un lacayo que vino á comunicarle una orden de la señora me dió á conocer que era nada menos que el amo de la casa.

Castigado, pues, con este suceso, me replegué al lado de doña Dorotea, la cual con su natural locuacidad me disipó ciertas dudas que me habian asaltado durante la noche: ella me hizo ver que aquello que yo llamaba atrevimiento y grosería no era otra cosa que aire de mundo y de gran tono; que el amor, que yo creía aun vendado, hacía ya tiempo que veía muy bien, y sabia por dónde iba; ella disipó mis temores respecto á las incautas jóvenes; ella me convenció de que la ficcion sistematizada era una de las perfectibilidades sociales; que

Ayuntamiento de Madrid

el ardor de las pasiones, y la animada espresion de la alegría, eran propios de las almas comunes, y de ningun modo convenientes en las reuniones de buen tono; que para lucir en ellas solo eran necesarios una buena dósis de presuncion y el correspondiente desenfado; que hoy dia para no parecer ridículo es preciso serlo; que la moda habia autorizado algunas que yo llamaba descortesías, tales como dejar solas en la sala á las señoras, negarse á bailar, permanecer sentados afectando indiferencia; equivocar las contradanzas; llevar siempre una misma pareja; y otras muchas cosas, á las cuales llamaba doña Dorotea *darse tono.*

Pues si es ello asi (repliqué yo), ¿cuál es el aliciente que puede atraer á una diversion donde nadie se divierte; á un baile donde no se baila; á una sociedad donde apenas se habla, donde todo es aparente, y donde ni los genios, ni las figuras, ni la clase, ni las palabras, representan su valor positivo? ¿Qué encanto, pues, es el que reune á esta sociedad? "Ahora lo verá usted" me dijo doña Dorotea tomándome de la mano, y llevándome á una salita inmediata. La dificultad que esperimentamos para penetrar en ella me hizo conocer que alli estaba la seccion central de la tertulia, y que lo que habia visto hasta alli no eran sino las subalternas. Y en efecto, despues de un largo y sostenido ataque llegué á penetrar hasta una mesa circundada por numerosos grupos de cabezas, verdadera caricatura de Boilly, en cuyas espresivas facciones re-

Ayuntamiento de Madrid

conocí toda la coleccion de mamás y de maridos, ciegamente ocupados en correr tras una sota ó un caballo, en tanto que hijas y esposas se esforzaban en la sala á salir al paso de los caballeros en un *baile ruso* capaz de hacer sudar á las orillas del Newa, ó en una *galopada* mas propia de un camino real que de un salon.

Todos estos antecedentes, unidos al consiguiente de ser ya las dos de la mañana, sin que nuestras desmayadas fuerzas tuviesen otra perspectiva de socorro que seis vasos de agua pura y serenada que campeaban en la antesala, empezaron á alterar mi humor, y me obligaron á invitar á doña Dorotea á que diésemos la vuelta; hicímoslo asi, y por colmo de mi pesadumbre tuve la desgracia de medio reñir con ella porque la dije que de las tres tertulias *de confianza*, *de respeto* y *de gran tono* que habiamos visitado, ninguna me habia ofrecido reunidas aquella franqueza delicada, aquella finura verdadera, aquel encanto irresistible que solo se encuentra en la reunion de personas amables é instruidas, ecsentas á un mismo tiempo de una ecsagerada pretension, de un bajo interes, y de una nulidad insustancial.

Ayuntamiento de Madrid

El estrangero en su patria.

« La cántara conserva largos dias el gusto y el olor del primer licor de que se llena, y la primera edad decide cuasi siempre de nuestro carácter y afecciones. »

Melendez Valdés.- Disc. forenses.

Preparábame á sentarme á la mesa á la hora acostumbrada, cuando de repente un fuerte campanillazo hirió mis oidos: ábrese la puerta, y un caballero muy elegante se dirige á mi habitacion á largos pasos, y en llegando á ella, y delante de mí, *¿ es á Mr. de...* (me dijo) *á quien yo tengo el honor de dirigir mi palabra?*--Fulano de Tal, para servir á usted (le contesté yo levantándome con atencion).—*C'est egal; vos sin duda no me reconocereis; ello es posible; eh bien, yo seré obligado á deciros quién yo soy.*—Á la verdad que no caigo...—*¡Ah mon cher! ello no es dificil; los años y los viajes han cambiado mucho de mi forma primera, á la manera que yo no reconozco en mi patria de hoy, á mi patria de otro tiempo.*—¡Cómo! ¿Usted es español?—*Oui, desgraciadamente; bien entendido, español por nacimiento, mas no por inclinacion ni por carácter.*—Cierto que ese aire,

Ayuntamiento de Madrid

esos modales, ese acento y lenguaje me habian persuadido...—*Son, señor, las nobles maneras del gran mundo que yo vengo de dejar; ¡helas! mas ello es bien cierto, pourtant, que yo soy nacido á Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros), y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro antes de mi partida en Francia.*—Pues señor mio, dicho se está que si usted no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento.—*¡Oh mon Dieu! ¿est il posible? ¿ó haceis semblante de ello? ¡Parbleu! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado á aquel hijo de quien los primeros pasos dirigió? ¿al jóven hombre que le fue redevable de tantas buenas amistades?*—Me hace usted dudar...—*¡Ah! no lo dudeis, señor; es Monsieur de Reveseint, que es mi padre.*—¿Cómo? ¿el hijo de don Melquiades Revesino?—*A la bonne heure, yo soy ese hijo, moi.*—¡Ah querido amigo!—*¡Oh mon cher!*

El público lector no tiene obligacion de acordarse ya de la familia de don Melquiades Revesino, de quien le hice tomar conocimiento con motivo de los amores y boda de la niña Jacinta y de su viaje á Carabanchel (1); y como alli no lo dije, habré de decir ahora que el dicho don Melchor, ademas de aquella niña cuyo amoroso drama supimos entonces, es tambien padre del jóven Camilo Revesino, á quien hacía nombrarse *Mr. Reve-*

(1) Véase en el tomo primero el artículo de *Tomar aires en un lugar.*

Ayuntamiento de Madrid

seint, la misma manía que al italiano *Signor Giovani Trotini*, que viajando por Francia se hacía llamar *Mr. Trotein*, en Inglaterra *Mister Trotan*, en Rusia *Trotonoff*, en Polonia *Trotinski*, en España *don Juan de Trotinos*, y en Portugal *ou Senor Troutiñu.*

Pero viniendo á mi Camilo, este jóven, despues de aprender la gramática en los esculapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las contínuas relaciones de los viajeros, llegó á persuadirse de lo conveniente que sería que su hijo, el heredero de su nombre, y á quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educacion en la capital de Francia, donde podria adquirir al paso que unos conocimientos superiores, los modales y porte de gran tono; y pudiendo en él mas esta persuasion que el sentimiento de separarse de su hijo, envióle á París bien recomendado. El jóven Camilo, que contaba á la sazon doce años, fue instalado desde luego en un colegio, donde aprendió ante todas cosas á olvidar la lengua patria, trocándola por la del pais, y consiguiéndolo de tal modo, que á la vuelta de dos años pasaba por un verdadero francés, y aun él mismo llegó á persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecian en proporcion de sus estudios, y los diversos premios adquiridos en los ecsámenes de historia, matemáticas, física, química, dibujo y demas, mientras permaneció en el colegio, eran para su padre otros tan-

Ayuntamiento de Madrid

tos argumentos en apoyo de su resolucion. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podria ser á su hijo tan prolongada separacion de su pais, y que pasando en el estrangero la edad mas decisiva de su vida, era muy posible que adoptase costumbres é inclinaciones que le harian parecer luego una planta ecsótica en su mismo suelo; ademas de que no faltaban en este los medios de recibir una esmerada educacion, pudiendo despues viajar cuando se hallara en estado de poder adoptar solo lo conveniente para mejorarla. Todo fue en vano, y el bueno de don Melquiades, seducido con la idea de tener un hijo que, segun él decia, habia de llegar á ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinacion, negándose á llamarle hasta que cumpliese los veinte y cuatro años.

Llegó por fin aquella época tan suspirada de toda la familia, que tuvo la satisfaccion de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura; por todas partes resonaban los elogios del recien venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en tiendas y tertulias, sus trages formaban el objeto de los contínuos desvelos de los Utrillas y Picones; la narracion animada de sus aventuras servia á reunir en torno de él un círculo de admiradores y aun de envidiosos, y las mas altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisien.

Ayuntamiento de Madrid

No hay que decir el contento que todo esto inspiraria á los suyos; pero como todas las ilusiones duran poco, no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente, nada de lo que le rodeaba era conforme á su carácter y costumbres; por ejemplo, la distribucion de sus horas era diametralmente opuesta á la de la familia, pues él se desayunaba á medio dia, comia de noche, y no dormia hasta las dos de la mañana; su conversacion era siempre en francés, llamaba á sus padres de tú, y de vos á los criados; bailaba al espejo aunque fuese delante de personas de gran prosopopeya; besaba á su hermana, y reñia con las visitas porque no le dejaban hacer otro tanto; tocaba el violin, ó tiraba el florete los ratos que no cantaba en alta voz; y en fin, tenia toda la vivacidad propia de un francés y de un jóven de veinte y cuatro. Por otro lado, se hablaba de comida, ¡oh, las fondas de *Very* ó *Rocher de Cancale*! Iba al teatro, ¡ah, qué teatros los de París! Se le convidaba á los toros, ¡bárbaro espectáculo! Salia á la calle, ¡peste de pais! Volvia á su casa, ¡oh *mon hôtel garni*!

Con estas y otras cosas, con desaprobar abiertamente todo lo que se apartaba de los usos franceses, al mismo tiempo que ridiculizaba las imitaciones de ellos, llegó á hacerse de tal modo insoportable hasta en su misma casa, que todos los dias daba lugar á cuestiones; y aun en la visita que al presente me hacía me dió á entender una que

Ayuntamiento de Madrid

acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba á su corazon. No pude dejar de estrañarlo, conociendo bien el carácter de don Melquiades, y aunque por la misma conversacion del jóven creí penetrar la causa de su aversion, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entre tanto hícele presente con franqueza que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, habia retrasado una hora mi comida, y convidéle á participar de ella; no aceptó, por ser demasiado temprano para él, pero se entretuvo en probarme mientras comia que á aquella hora no habia apetito (sin embargo que yo demostraba en la práctica todo lo contrario); y luego que vió salir la fuente con todo el interior de la olla castellana, lanzó una filípica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indigesto y mal sano; á lo que por única respuesta le contesté que sin duda debia surtir tales efectos muy á la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indigestion. Por último, subió de todo punto su encono cuando acabada la comida llegó á entender que era mi costumbre el dormir media horita de siesta: á esto ya no pudo sufrir mas, y saludándome con el nombre de español incorregible, se separó de mí, menos contento que á su llegada.

A la mañana siguiente pasé á pagarle la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre, le felicité por la llegada de su hijo, y por

Ayuntamiento de Madrid

las bellas cualidades que ostentaba; pero muy luego pude conocer que su satisfaccion se hallaba mezclada con algun disgusto, como en efecto no tardó en declararme. — ¿Tiene usted presente, me dijo en voz lastimera, cierta disputa que tuve con usted en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educacion en Francia?—Sí señor; y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que usted sostuvo. — ¿Pues qué diría usted si la esperiencia me inclinara hoy á sostener lo contrario? — Es imposible: las relevantes cualidades que adornan á su hijo de usted, el aplauso que le rodea, y la satisfaccion interior que de ello debe resultar á un buen padre, son causa bastante para afirmar á usted en su primitiva opinion. — ¿Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso, y que le sirven á él tampoco, si van emponzoñados con un tédio invencible, una aversion inesplicable á todo lo que le rodea, bastante á hacerle resistir á mis proyectos para su felicidad? — Quizás esos proyectos no esten bien meditados, y acaso en ellos no haya usted consultado el corazon de su hijo. — ¿Y qué mas puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino en la administracion; se me ha opuesto á ello bajo el pretesto de no conocer bien las leyes de nuestro pais, y por temor de no desempeñarle cumplidamente. — Ha dicho muy bien, y pocos á quienes se ofreciera un empleo contestarían del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres.—Le he indicado

Ayuntamiento de Madrid

despues la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algun dia obligarle á dirigir sus armas contra el pais en que ha recibido su educacion, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar. —En eso manifiesta su virtud y su agradecimiento. — Le he hablado despues del comercio, que no tiene ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice que suele tener entre nosotros esta profesion.—Puede que no esté equivocado.—Las carreras de la iglesia ó del foro no he podido siquiera indicárselas, porque en efecto no ha hecho los estudios que á ellas conducen; mas por último, le he propuesto que viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase á tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada; y ha rechazado con violencia mi proposicion, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo. — Y tiene mucha razon.— Ahora bien, pasando despues al punto de su matrimonio, le he presentado á varias personas dignas de llamar su atencion; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas: la una carece á su vista de modales elegantes y *de buena compañía*, como él dice: la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la geografía y la historia: otra piensa muy en español: otra... En suma, ¿qué partido tomar con una persona para quien nada hay á propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse en la sociedad en que ha de vivir? — Ello es en

Ayuntamiento de Madrid

fin, le interrumpí yo, que su hijo de usted ha renunciado á su patria, y que la educacion estrangera, dando otro giro á sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarle en otro muy distinto del que usted imaginaba; facil era preveer semejante resultado, pues es bien sabido que la educacion es una segunda naturaleza, acaso mas fuerte que la primera; ¿y quién sabe tambien si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de usted? Su hijo de usted es jóven y ardiente; ¿quién nos responde de que haya podido resistir al amor...?— "Usted ha encontrado lo justo (esclamó en este momento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); el amor... un amor volcánico, irresistible, ha prendido en mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traicion á mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años ha que una señorita de París es el objeto de mi amor."

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaracion, hasta que volviendo en sí don Melquiades intentó reprender severamente á su hijo; pero tomando yo la palabra:—No es ya tiempo, le dije, de reparar un daño de que usted fue la causa principal; sufra usted, amigo mio, que se lo diga: usted, separando á su hijo de su pais en los años mas preciosos de su vida, ha dado lugar á que este jóven apreciable se vea, á pesar suyo, hecho un estrangero en la patria que le dió el ser;

Ayuntamiento de Madrid

educado en ella hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que la son peculiares, y hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos le debemos: no anhelaría otros placeres que los nuestros, y ellos habrian bastado á su felicidad y la de usted. Llore usted ahora el haber renunciado á esta dicha, robando al mismo tiempo á la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinacion á que le llama la suerte. — Camilo al oir esto se arrojó á los pies de su padre, y le pidió su permiso para fijarse en París; y éste, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podia evitar.

Camilo volvió en efecto á la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa-comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre en tanto llora el error de haber él mismo arrojado de su pais su nombre y su descendencia. ¡Cuántos asi!

Ayuntamiento de Madrid

La capa vieja.

..... Del Rastro á Maravillas,
del alto de San Blas á las Bellocas,
no hay barrio, calle, casa ni zahurda
á su padron negado.

Jovellanos. - Sát.

"¡Bravo título, digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoy un discurso de gran tono." Tales ó semejantes esclamaciones zumban ya en mis oidos, proferidas por ciertos críticos de salon, de estos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime: ¡pobres gentes! ¡como si ellos lo fueran! Pero señores, les respondo yo, ¿todo ha de ser primores y filigrana? ¿Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renunciar á esta ventaja, si he de hacer formar idea general de las costumbres de todas las clases? En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿no ecsisten usos é inclinaciones diferentes? ¿Pues cuánto mayor no será esta diferencia tratándose de toda una capital? No hay remedio, señores mios, si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de

Ayuntamiento de Madrid

esta villa, fuerza será que le abandonen conmigo por un momento, y que sino lo han por enojo me sigan adonde me cumpliere llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro (¡taparse bien las narices, señores críticos!), íbame entreteniendo agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes, restos de veneranda antigüedad, que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chirivitil, á quien llaman tienda, ya figuran airosos á campo raso tendidos sobre un trozo de estera en medio del ándito de la calle. A la vista, pues, de tantos despojos de la moda, que en otro tiempo decoraron estudios y salones, íbame llenando de aquel supersticioso respeto con que mas de un anticuario suele colocar en su gabinete tal cuarto segoviano, roñoso y carcomido, juzgándole moneda del bajo imperio; y considerando por otro lado que todos ó gran parte de aquellos objetos podrian haber sido conquistados en buena guerra, me disponia ya á dirigirles una alocucion romántica, cual si fuesen espada del Cid ó escudo de Carlo Magno.

Pero mi monólogo pasó á ser diálogo, cuando volviendo la cabeza hallé detras de mí al amigo *don Pascual Bailon Corredera*, á quien no habia vuelto á ver desde el lance de la hermosa Narcisa, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de *Los cómicos en cuaresma*. Llenóme de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escru-

Ayuntamiento de Madrid

tador, cuando al pasar por una vieja prendería paróse don Pascual como herido súbitamente, dándome lugar á un mediano susto; mas sin reparar en él, corre á la tienda, alcanza una capa vieja que pendia á la puerta, reconócela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanas, y alzando cuanto pudo su voz, "ella es, esclamó con ademan doliente, la compañera de mi juventud, la encubridora de mis estravíos, ella es;" y la abrazaba enternecido, y la regaba con sus lágrimas.— Pero don Pascual, ¿qué locura es esta? — "Déjeme usted, amigo mio, déjeme usted que pague este tributo á un mudo acusador mio, déjeme usted recobrarle despues de largos años de separacion;" y diciendo y haciendo pagó á la muger que la vendia el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me esplicara el misterio de aquel astroso mueble, tomó la palabra don Pascual, y me habló de esta manera.

"Creo á usted sabedor, amigo mio, de que en mi juventud fui lo que se llama un calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecia en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, haciéndome mi vanidad buscar los mas comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Mientras permanecí en el círculo de la alta sociedad tuve intrigas amorosas mas ó menos complicadas, casos de honor mas ó menos problemáticos, y de todos salí sano y salvo, como

Ayuntamiento de Madrid

está admitido entre personas de cierta educacion. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel género de vida y de placeres, y ofreciendo un ejemplo mas á aquella regla de que los estremos se tocan, pasé por una brusca transicion desde el orgullo aristocrático á los modales mas groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis galas y mis tocados, olvidéme de teatros y salones, renuncié á mis antiguas amistades, y adopté el trage y los modales de un manolo verdadero.

» Armado con mi calzon y chaqueta, corbata de sortija y sombrero calañés, y embozado sobre todo en mi gran capa, echéme á buscar aventuras por Lavapies y el Barquillo, con mas determinacion que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi generosidad, mi buen humor, y mi determinacion para todo, me hicieron desde luego célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabia que no habia funcion en que no se contara con *don Pascualito*, y hombres y mugeres me festejaban á cual mas, con lo cual tenia yo cierta superioridad parecida á la de un cacique en una tribu de araucanos. Contribuía en gran manera á ello mi capa azul, que aunque vieja, era aun superior á las que me rodeaban; pero como yo no queria distinciones, acerté á tratarla tan mal, que en muy pocos dias logré hacerla equivocar con todas, con lo cual me creí ya protegido del escudo de Minerva, y todo lo vencia, y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, boardillas y pasillos, paloma-

Ayuntamiento de Madrid

res y azoteas, y sin ella nada de esto hubiera podido hacer; tal era la confianza que este disfraz me inspiraba.

» Una tarde, de San Anton por cierto, salí envuelto en mi encubridora capa al paseo ó romería de *las vueltas*, como es uso y costumbre en tal dia. Ignoro si usted, como curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasion presentan las dos calles de Hortaleza y Fuencarral, accesorias á la iglesia del Santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que impulsados de su devocion se acercan por la mayor parte á la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la esposicion pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas, que, guiados por inespertos ginetes, corren al trote por el arroyo ó lodazal, y van á gustar la cebada bendita; la multitud de tiendas de panecillos del Santo para pasto de los fieles; los coches y calesas prodigiosamente henchidos de mugeres y muchachos; y el sofoco de la concurrencia, que son plácido espectáculo á la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del ingenio chisperil, y demas circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan original en su clase.

» Servia yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero hasta las cejas y el embozo á las pestañas, puestos en jarras bajo la capa entrambos brazos, y abriéndome paso con los codos á derecha é izquierda. Andaba, pues, titubeando sobre cuál de aquellas estrellas habia de tomar por

Ayuntamiento de Madrid

norte, cuando al atravesar la boca-calle de San Márcos vi venir haciendo alarde de su desenvoltura á una manola, para cuyo retrato necesitaria yo la pluma de Cruz ó el pincel de Goya. Acompañábanla otras tres mozas, que si la desmerecian en hermosura, la igualaban por lo menos en desvergüenza, y á pocos pasos las seguia un grupo de majos de chaqueta y vara, á quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

» Confieso á usted que la risa y la razon se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento bajéme un poco mas el sombrero, y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta encontrar el brazo que le blandía, encontré, no sin sorpresa, que estaba pegado á un mozo que yo conocia de varias aventuras anteriores: esto fue hallarme como quien dice en tierra de amigos, y muy luego lo fueron todos los individuos de ambos secsos que componian aquella guerrilla, merced á algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permitió, donde convino. La niña retozona llevaba la vanguardia, y á cada paso nos comprometia en quimeras y reconvenciones, ya insultando á los paseantes, ya espantando los caballos, ó cogiendo las ruedas de las calesas, ó tirando cáscaras de naranja á los que iban en los coches. Crecia mi amor á cada una de estas barbaridades, y no perdia una

Ayuntamiento de Madrid

ocasion de espresárselo, á lo cual ponia ella mejor cara que uno de los acompañantes, que era el galan, mientras que el marido, que tambien era de la comparsa, todo se volvia condescendencias y atencion.

» Vino la noche, y habiendo manifestado aquella honrada gente que en casa de cierta amiga habia baile, nos dimos todos por convidados, y yo el primero me dirigí con mas apresuramiento á aquel baile de candil, que si fuera *Soirée* ó *Rout* inglés.

» Pasamos desde luego á la calle de San Anton, y en una de sus casas, cuyos pisos eran dos, el de la calle y el del tejado, llamamos con estrépito, y salieron á recibirnos hasta dos docenas de personages parecidos á los que entrábamos: por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada, amenazas y voces, empujones y palos; pero en fin, asaltamos la plaza, y griegos y troyanos, olvidando resentimientos mútuos, improvisamos unas *manchegas* que hubieran llamado la atencion de toda la vecindad, si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales. Siguiéronlas en ingeniosa alternativa *boleras y fandango*, intermediados con los correspondientes refrescos trasegados del almacen de en frente, y á favor de la algazara que el mosto infundia en la concurrencia, creía yo poder formar con mi consabida pareja la conspiracion correspondiente; pero otra mas sorda, dirigida por el amostazado galan, se formaba á mis espaldas, no sin

Ayuntamiento de Madrid

grave peligro de ellas. Por último, para abreviar, el baile se fue acabando, cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacen de lo tinto á tiempo que éste empezaba ya á obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, para lo cual echamos el último fandango con capa y sombrero, cuando un fuerte palo, disparado por el furioso Otelo al candilon de tres mechas que pendia colgado de una viga del techo, hízole saltar en tierra, dejándonos á buenas noches. Aqui la consternacion se hizo general; las mugeres corrian á buscar la puerta, y encontrándola atrancada daban gritos furibundos; los hombres repartian palos al aire; rodaban las sillas, estrellábanse las mesas, y voces no estampadas en ningun diccionario completaban este cuadro general."

"*Si licet exemplis in parvo grandibus uti;*
Hœc facies trojæ cùm caperetur, erat."

"Pero el centro de la refriega éramos por desgracia el matrimonio y yo, en cuya direccion disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarle, dió lugar á que la puerta se abriese y todos se precipitasen á salir, quedando solamente el ya dicho tumbado en el suelo, sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérfida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huía alegremente con sus raptores. A mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que

Ayuntamiento de Madrid

estaba á mi lado bañado en sangre: ¡cielos! ¡está muerto! y yo sin mas pruebas que mi dicho disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza, y haciendo concebir sospechas de mí, soy conducido á la cárcel pública.

» ¡Qué noche, amigo mio! ¡qué noche de desengaños y de amargas reflecsiones! Entonces maldije mi indiscrecion, me horroricé de mi envilecimiento, conocí, aunque tarde, todo lo criminal de mí conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la divina Providencia quiso darme solo un fuerte aviso, pues el hombre á quien creíamos muerto solo estaba herido, y declaró mi inocencia, con lo cual logré al cabo de algunos dias recobrar mi libertad. Mas esta leccion, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre á aquel género de vida, volviéndome á la sociedad á que pertenecia; y tan fuerte es aun la impresion de aquel suceso, que no he podido disimularlo á la vista de este cómplice de mis estravíos, que rescato hoy para eterna vergüenza mia."

— Un trage grosero (repuse yo para aplicar la moraleja del cuento) suele inspirar ideas villanas. Usted, señor don Pascual, tiene hijos que no tardarán en ser mancebos: inspíreles usted la misma saludable aversion que usted ha cobrado; procure que su trage sea siempre correspondiente á su clase para que les haga apartarse de aquellos sitios en que teman comprometerla, y sobre todo, créame usted, no les permita en ningun tiempo usar una *capa vieja*.

Ayuntamiento de Madrid

Las niñas del dia.

«Las solteras no me prenden
porque se andan ya tan sueltas
que ellas se mueren por todos;
¿quién se ha de morir por ellas?»

D. F. de Leiva, comedia de
El Socorro de los mantos.

Paseábase Diógenes con una luz en medio del dia por la plaza de Atenas buscando un hombre. Si Diógenes hubiera vivido en Madrid quizás habria buscado una muger. ¿La hubiera encontrado? ¿O cansado de inútiles pesquisas tornaríase mohino á su tinaja? ¡Atencion, vosotros, celibatos de veinte á cuarenta, los que á manera de nube poblais calles y salones de esta heróica capital, y sin ser Diógenes, ni conocer el código de su filosofia, teneis la suficiente para no hallar una muger en el salon del Prado, con vosotros hablo, y vuestra causa es hoy la que defiendo! Daos prisa á aprovecharos de mis argumentos, pues quizás otro dia volviéndolos ingeniosamente en contra vuestra, á guisa de abogado veterano, defenderé con teson los derechos de vuestra parte contraria, presen-

Ayuntamiento de Madrid

tándoos por causadores de sus flaquezas. Entre tanto, oid y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable giro de mis discursos me conduce hoy al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprensible imágen; perdon os demando si mi tosca y desaliñada pluma se atreve á delinear algunos de vuestros rasgos característicos: ¿cómo remediarlo? Vuestra importancia en el orden social es tal, que un escritor célebre ha dicho con razon: "Los hombres hacen las leyes; las mugeres forman las costumbres;" por cuya consecuencia mal podria yo proseguir en la pintura de estas, sino colocándoos en primer término de mis cuadros. Empero si alguna punta de amargo se deslizase hoy en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arabesca goma y azúcar cristalizada; si mi anteojo escrutador acertase por desgracia á encontrar en vuestro cielo alguna nubecilla, sed tolerantes y no os enojeis, sino reid conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse á un lado, señoras viudas, alegres ó plañidoras, en flor ó en conserva, con tocas y lutos, ó con paletina y schall, háganse á un lado, digo, que por hoy no son el blanco de mi pensamiento; y ustedes tambien, señoras esposas, Lucrecias ó Helenas, ensanchen el pecho y sigan su camino, que tampoco á ustedes tocan hoy los puntos de mi sermon. Empero vosotras (no culpeis la llaneza del estilo) niñas en esperanza, fru-

Ayuntamiento de Madrid

ta temprana de 1833, las que salvando vuestro tercer lustro os meceis alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aqui todas y miradme frente á frente por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia original.

Mas privilegiadas que vosotras las que os precedieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y Calderon, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos los mas ciertos historiadores de ellas, no puede menos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas heróicas hasta en sus mismos estravíos, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradiccion de orgullo y rendimiento, aquella mezcla de flaqueza y de virtud, aquel amoroso desden, aquella generosa venganza, aquel sistema de amar sugerido por la unidad del sentimiento y por la mas natural filosofia para cautivar la admiracion y el entusiasmo del afortunado galan, son cosas que infunden asombro, y ponen en fuego al alma mas helada é indiferente. Pero (me direis) la temeridad de sus pasos, el olvido de sus mas sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la... Teneis razon, queridas mias, teneis razon; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del siglo XVII merecian tam-

Ayuntamiento de Madrid

bien mas amor, mas talento y menos egoismo que los insignificantes y ligeros mancebos que os rodean.

Un siglo despues diversas causas, que sería prolijo relatar, obraron notable diferencia en el sistema mugeril. Consideradas como demasiado peligrosas á la luz del dia delante de padres y tutores celosos que podrian muy bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas en las altas murallas de un convento, ó tapiadas en la casa paterna entre rejas y celosías: el *Desiderio* y *Electo*, y las *Soledades de la vida*, eran las únicas lecturas que se les permitian, la estameña y muselina sus galas, la costura y el bordado su única ocupacion: mas al través de estos obstáculos el incorregible amor hallaba medios de flechar aquellos incautos corazones, y cuando sus guardas vigilantes abrian los cerrojos para dar entrada al hombre á quien la autoridad paterna designaba por amante y por esposo, ya no era tiempo, pues el amor se habia adelantado, y "amor que entra por la ventana, dice Marmontel, es mas peligroso que el que entra por la puerta."

El inimitable Moratin, en sus dos mejores comedias, nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de esta educacion violenta y suspicaz, presentándonos en una la terrible obediencia, pronta á sacrificar su vida al capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y el fingimiento mas refinado para burlar su vigilancia. Pero ya doña

Ayuntamiento de Madrid

Paquita y doña Clara no son personages de esta época, y sus retratos deben ser considerados mas bien como modelos del arte y como documentos históricos, que no como traslado de nuestras niñas actuales, que asi se apartan de las aventureras damas de Calderon y de Tirso, como de las desventuradas y oprimidas de Moratin.

Escuchadme aqui todas, *Adelaidas*, *Carolinas*, *Julias* (que hasta los nombres habeis embellecido), escuchadme aqui todas, que con vosotras y de vosotras voy á tratar. Pero quisiera ante todo que me dijereis qué premio me señalais si llego á adivinar el sistema de cada una. ¿Mudarlo? no, hijas mias, no creais que es mi intento ser corrector vuestro: ¿pues qué premio ha de ser? Ea, daréme por contento con solo que me tolereis el que os conozca.

No estrañeis que empiece la rueda por la seductora *Amalia*, la de los ojos dormidos y el labio desdeñoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y fingidamente penosa, su mirar oblicuo y descendiente hacen descubrir en ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretension y de superioridad que la distingue, revelan la elevada sociedad á que pertenece, y harían la traicion si pretendiese ocultarla. Asi es la verdad; Amalia es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento que en ella domina, se comunica tambien á los que la miran. Desde

Ayuntamiento de Madrid

sus primeros años fue el objeto de la adulacion asalariada; separada casi constantemente por la etiqueta de la vista de sus padres, rodeada de gentes inferiores á ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirigida por maestros á quienes siempre miró como criados, para ella el genio no tiene ninguna superioridad; y estos por su parte, convencidos de la inutilidad de sus lecciones, solo la esplicaron lo suficiente para alargar su enseñanza, y para llenar su cabeza de palabras sin ideas, pero bastantes á deslumbrar á su papá. Primeras letras, gramática, geografia, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones, y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoy escribir un billete sin puntos ni comas; cantar una cabatina en italiano ó bailar una mazzourka en ruso, lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren. Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con menos altivez á sus suspiros, pero aun no es tiempo: fiel á su dorada cuna, tiene empeñada su mano antes de nacer á un cuarto primo, con cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata. Con tales antecedentes, preguntaréisme, ¿le hará feliz ó desgraciado? Lo ignoro, amigas; solo sé decir que le hará marqués.

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negareis que os hable de las festivas gracias

Ayuntamiento de Madrid

y del mirar maligno de la risueña *Flora*? Esa marcialidad y ese despejo que formaban mientras estuvo en el colegio la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron mas de una vez temer por los pobres amantes que algun dia habian de intentar rendir un corazon dispuesto á burlarse de todo. Mas ya se ve, ¡es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! sienta tan bien la risa á una cara infantil, que todos nos apresurábamos á hacerla mil lisonjas. Yo la vi en los solemnes ecsámenes del colegio llevar siempre los premios en la música y la danza, dejando desdeñosamente á sus compañeras los menos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la vi salir de la enseñanza, y poner en movimiento á toda la sociedad elegante de Madrid; yo la vi seducir por la ostentacion de sus gracias, por el primor de sus adornos, por las riquezas de sus galas, por el torrente amable de su conversacion. ¿Quién es el dueño de su corazon? pregunté: todos creían serlo, y ella no creía que lo fuese ninguno: mas de un alumno de Marte gimió arrestado una quincena por renovar *il posto abbandonato;* mas de un espediente quedó sin despachar por visitarla un jóven empleado; mas de un soneto hirió sus oidos, plañido por la musa de soporífero poeta; mas de una espada desnuda brilló á sus ojos. Gozosa desde su balcon recibia estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡oh venganza! los

Ayuntamiento de Madrid

jóvenes llegan por fin á conocerla y á entenderse: promesas falaces, prendas débiles de su cariño, sortijas y emblemas misteriosas, cartas novelescas, bucles ingeniosamente tejidos, todo depone su volubilidad y mala fé, todo lo recibe en un dia devuelto por sus desengañados amantes. Desde entonces su moda pasó, sus gracias quedaron eclipsadas, las mugeres sonrieron á su presencia, los hombres hablaron con ironía, y por colmo de su desgracia el desden ageno vino á castigarla del suyo, viéndose hoy despreciada de un hombre á quien ama con frenesí, y el cual es tambien el menos meritorio de sus amantes.

¡Qué diferencia de la sensible *Heloisa!* Un corazon hecho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar lánguido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante que parece decir al que la mira: "Amadme, y yo os amaré." ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla de amor; su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino, ó de la huérfana de Underlach. Se sienta al piano ó al harpa; ¡qué precision en los toques, qué afinacion en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué espresion tan sublime y animada! los suspiros quejosos de *Bellini* no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica á toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¿Quién no ha de amarla? ¿quién

Ayuntamiento de Madrid

no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea; pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazon, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que adorándola en secreto teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo:

"La cumplida en cualquier cosa
y acabada,
Menos que todas me agrada,
Porque segun mi pensar,
Tiene mucho que guardar
La de todos deseada."

Mas volved la vista á esotro lado, vereis venir crujiendo sedas, y descubriendo su beldad por entre el celage de finísima blonda, á la hermosa *Serafina:* ¿quién al ver su equipage no la tendrá por alguna marquesa? Pues nada menos que eso; tal como la veis es hija del empleado don Homobono Quiñones, mi vecino, cuya mesada no equivale á la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro? me preguntais. Hijas mias, sino teneis memoria, mirad el artículo de *El dia* 30 *del mes* (1). Serafina, seducida con la idea de un casamiento brillante, ecsagera el adorno de su persona como para alejar á los

(1) Veáse el tomo 1.°

Ayuntamiento de Madrid

que no esten en estado de sostener su esplendor; y en efecto, consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano; pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad solo espera que la hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras como la condesa que pinta Regnard:

"Je ne donne mon coeur que par-devant notaire."

que viene á significar en nuestro ramance español

Yo no doy mi corazon
Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la concurrencia de acreedores, sin que ninguno se dé por notificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que Serafina es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la ve aparecer en bailes y tertulias, pero en vano; y ya estaba casi determinada á entregar su mano á un jóven rico y amable que la pretendia, y á quien ella no podia perdonar el no tener un mal uniforme ni el menor sueldo por el gobierno, cuando ¡oh desgracia! el jóven, calculando por una proporcion matemática los quilates á que subiría la ostentacion de su elegante novia despues del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo.

Ayuntamiento de Madrid

Por último, se presentó cierto meritorio de oficina, el cual ha logrado enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

Pero qué es esto, ¿todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oracion, ó temeis que os llegue vuestra vez? No, queridas mias, nada temais, mudaré de conversacion por complaceros; hablaremos de revistas en el Prado; de injusticias en el reparto de galones y charreteras; os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del *Journal des modes;* no me aborrezcais; pediré prestado el estro á un amigo mio para componer una sátira contra la aguja y el dedal; haré una disertacion para probar que un moderado recogimiento y un trato reducido son antiguallas, y solamente propios de aquellas oscuras bellezas no destinadas á hacer el encanto de nuestra sociedad matritense; no me abandoneis, y os serviré para ayudaros á hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinion en cuanto á óperas y dramas; os leeré á Walter Scott y D'Arlincourt; os prestaré la *Revista Española* para que leais los artículos de costumbres, y riais á placer cuando no os toquen á vosotras; y en fin, os haré uno laudatorio, pintando una niña perfecta como yo la he soñado, y diré que todas sois asi, aunque vosotras os esforceis en desmentirme y dejarme mal.

Ayuntamiento de Madrid

El dominó.

« Oyente, si tú me ayudas
con tu malicia y tu risa,
verdades diré en camisa
poco menos que desnudas. »

Quevedo.

Sería en vano que yo pretendiera ocupar en los presentes dias la atencion de mis lectores con otro objeto que no sea el Carnaval y sus amables disipaciones. Ninguno querria escucharme; y mi discurso, por muy moral y filosófico que fuera, apareceria desabrido, y miraríase desdeñado por aquella mácsima del *non erat his locus.* Por el contrario, si vestido y engalanado á la moda del dia acierto á ofrecerle como el figurin moral de la semana, no me será dificil cautivar la atencion de mis leyentes, en gracia de la oportunidad, y hé aqui la razon que me decide á presentarle en *dominó.*

No se crea por ello que al tratar de máscaras sea mi intencion hablar de aquellas con que suelen cubrirse habitualmente los vicios y debilidades humanas para imitar el aspecto de la virtud, del patriotismo, de la amistad, del amor, de la mo-

Ayuntamiento de Madrid

destia y del desinteres. Semejantes máscaras, por comunes y contínuas, no llaman ya nuestra atencion, y entran en la línea de aquellas *conveniencias sociales* contra las cuales sería ocioso declamar. Yo por lo menos, huyendo de tan espinoso argumento, limito hoy mi narrativa á tratar de aquella diversion festiva, y en cierto modo filosófica, que igualando todas las edades, todas las clases y condiciones por medio de un pedazo de tela, presta al Carnaval su verdadero carácter de originalidad y de alegría.

Si deseoso de ostentar erudicion (lo cual es harto facil con una buena memoria y una regular voluntad) anduviese aqui á caza de autores para repetir lo que ellos hayan dicho relativo á esta diversion, haciéndola unos derivar de los romanos, y otros de la *muscara* (bufonada) de los moros cordobeses y granadinos, sería componer mi razonamiento de retazos, lo cual equivaldria á vestirle de arlenquin, siendo asi que ya he dicho el trage en que hoy le quiero. Con que no hay sino abandonar aquellos tiempos remotos, y dejarme caer en medio en medio de mi auditorio, quiero decir, en el Carnaval de 1833.

¡Oh quién fuera ahora Velez de Guevara ó Lesage para tener á mis órdenes un diablillo Asmodeo, aunque fuese cojo, que me ayudase á levantar los techos de las casas de Madrid para presentar su interior á los que aun se empeñan en caracterizarnos á su antojo! Verian si es como ellos

Ayuntamiento de Madrid

dicen sombrío y taciturno un pueblo que á la hora en que escribo olvida alegremente sus cuidados moviéndose á compas; dijéranme si es miserable este mismo pueblo que tan crecidas sumas gasta en magníficas funciones, ostentando en todas ellas la riqueza y el buen gusto; verian, en fin, si son tan zelosos nuestros maridos, tan altivas nuestras mugeres, tan intratables nuestros padres, tan rendidos nuestros amantes, tan espesas nuestras celosías, tan temibles nuestros puñales.

Semejantes reflecsiones se agolpaban á mi imaginacion, vivamente afectada por el interesante espectáculo que acababa de dejar en cierto café de esta capital. Era la hora en que suelen concurrir á este Llody danzomano todos los demandantes y cambiantes de billetes de las diversas sociedades de suscricion que se reparten en tales noches la concurrencia, y aunque al principio hube de estudiar aquel lenguaje mercantil viendo ofrecer dos *Sartenes* por una *Corona*, un *Solís* por un dos *Fontanas*, un *San Bernardino* por un *Santa Catalina*, una *Paz* por una *Alameda*, un *Leon* por dos *Jardines*, y otras á este tenor, no tardé en ponerme al corriente de aquel vocabulario, y aun pude graduar la importancia respectiva de tales documentos por el boletin de cotizacion que uno de los mozos me dijo al oido. Por último, animado con el ejemplo y favorecido por la buena suerte, acepté un billete (no diré para cuál baile por solo dar á mi narracion este aire de misterio), y marché á recorrer

Ayuntamiento de Madrid

prenderías y almacenes en que alquilar un trage á propósito para envolver mi catadura. Mas como no era mi intencion figurar, sino desfigurarme, parecióme conveniente abandonar mantos y bordados, y eclipsarme en un sencillo dominó cuyo agradable color, y no afectada modestia, llamó mi atencion entre un *Genghiskan* y un *Saladino* que alquilaron delante de mí un ropero de calle mayor y un barberito de Puerta Cerrada.

De vuelta á mi casa, queriendo aprovechar el calor de mi fantasía, me puse á escribir el principio de este discurso; mas disgustado de la pobreza de mi pensamiento, concluí por envidiar á Lesage su Asmodeo, y tirando la pluma cogí mi dominó con ánimo de pasarle y ceñirle en derredor de mi cuerpo. Cuando ¡oh sorpresa! al ir á poner el capuchon hállome en el fondo de él un papel; cójole, le desdoblo, y veo escrito en él... ¿qué creerán mis lectores que veria? pues era nada menos que la *historia de este dominó contada por él mismo.* Figúrense las almas piadosas cuál sería mi contento con este hallazgo; no hay cómo esplicarlo; solo sí que, enagenado por él, suspendí mi vestido, calé mis anteojos, espabilé la luz, y leí de esta manera:

"Amigo lector: cualquiera que tú seas á cuyas manos me haya deparado la suerte para encubrir por horas contadas tu triste ó alegre figura, suspende, te ruego, la operacion de tu disfraz, y tómate el trabajo de leer mi historia, si es que á trabajo tienes el saber aventuras de suyo peregri-

Ayuntamiento de Madrid

nas que podrán servirte de gran provecho. Y pues cuento desde luego con tu benevolencia, escucha por ahora, y préstame atencion.

»Yo nací en el Carnaval de 1822 en manos de una corista de la ópera, la cual con poco cariño maternal me arrojó entre otros trages *espósitos*, entregando las primicias de mi inocencia al primero que llegase á alquilarme. Era la noche del 3 de febrero de aquel año, y habia baile de máscaras en ambos teatros, con lo cual no tardó en cargar conmigo un criado que, conduciéndome á una elegante casa, me puso en las manos de un señor de edad y grave aspecto, cuya clase y circunstancias me dieron mucho que pensar.

»Al observar su seriedad y su entonamiento no pudo menos de asaltarme el temor de que iba á pasar una noche muy triste; pero me engañé completamente, pues envolviendo en mí su añeja persona, salió silenciosamente y se dirigió al teatro del Príncipe, donde ya á la sazon se habia empezado el baile; y asegurado por la libertad que yo y la careta le dábamos, verificó tan repentino descenso desde la mas alta prosopopeya á la mas cordial alegría, que no fue posible dejar de felicitarme por este mágico talisman, que al parecer se encerraba en mí, capaz de causar la felicidad momentánea de una persona á quien su clase ó sus deberes imponian tal vez una perpetua contraccion de espíritu.

»Mas entre tanto que yo hacía estas y otras re-

Ayuntamiento de Madrid

flecsiones, mi buen señor se agitaba corriendo tras una rapaza que acababa de arrojar una careta de ochentona, quedándose con la mas fresca y bien cortada de diez y nueve que imaginarse pueda; y si bien mi conductor y yo hubimos de notar que aquella estrella parecia ya completamente observada y reconocida por los jóvenes astrólogos, segun la seguridad y confianza con que la miraban, sin embargo, animado aquel con las benévolas respuestas de tan linda boca, endulzaba la suya lo mejor posible, procurando ocultar en sus conceptos el estilo escolar y argumentante, aunque mas de un *audi precor* vino á confirmarme en la idea que desde luego habia formado. La niña sin embargo, poniendo en limpio aquel borrador, leía corrientemente en el pecho de mi escondido, y deseosa de complacerle prestándole atento oido, habíase retirado con él á uno de los estremos del teatro, donde sentados mano á mano entregábanse mútuamente al sabor de tan peregrina plática; mas ¡oh suerte fatal! estando ambos en esta agradable situation huyendo los vaivenes de la multitud, los maderos que sostenian parte del tablado teatral sobrecargados enormemente crujen con estrépito, y abriendo un ancho boqueron húndese en él una buena parte de la concurrencia.

»¿Cómo pintar aquella escena viva é inesperada? Hágalo el filósofo espectador que mas feliz que los demas se encontró del otro lado del teatro, sin dignarse interrumpir su contradanza al mirar nues-

Ayuntamiento de Madrid

tro *mal paso;* en cuanto á mí, comprendido en la fatal desgracia, solo tuve serenidad para agarrarme de un clavo, donde permanecí un instante debilitando el ímpetu de la caida de mi dueño, la cual sin embargo se verificó, sacando él por resultado una fuerte contusion, y yo un giron de vara y media. Pero la vergüenza de aquel, y el temor de ser reconocido, pudo mas que su dolor, y rebujándose en mí mas fuertemente que nunca, salió conducido por los mozos sin osar destaparse hasta su casa, donde quedé prisionero en premio de mi servicio, como sucede de ordinario á los que tercian en las debilidades de los señores.

»Doce meses justos yací escondido en un armario en compañía de otros trages y ropas, al cabo de los cuales cierta sobrina del señor, mi compañero de desgracia, me hubo de hallar, y compadecida de mi triste situacion me compuso y arregló á su lindo cuerpo, tal que dí por bien empleado mi anterior desman. Era por entonces el Carnaval de 1823, y todo Madrid estaba ocupado de las máscaras; el amo de la casa, aun con un resto de cojera, oía con horror las conversaciones, y hablaba á su sobrina de aquella funcion con una acrimonia que ella atribuía á la elevacion de su alma, y yo á la caida de su cuerpo. La muchacha, que rayaba en los diez y seis, y era resueltilla y despierta como la que mas, oía con cuidado todas las asechanzas que segun el tio se tienden á la virtud en tales funciones, y rabiaba en deseos de esperi-

Ayuntamiento de Madrid

mentarlas, tanto mas cuanto que no faltaba cierto alferez, primo suyo, que siempre la estaba convidando. Por último, ¿para qué cansar? las prohibiciones del tio, las invitaciones del sobrino, y mi vista mas que todo, fueron causas suficientes á despertar la curiosidad de esta niña, la cual, cediendo á las instancias de su amante, cogióme silenciosamente cierta noche y se fue al teatro fiada en mi defensa; mas ¡ay! que... (Aqui el manuscrito estaba borrado, sin duda por las lágrimas del dominó, y luego proseguia) ¡muchachas, las que teneis primos amantes, ó amantes aunque no sean primos, no os dejeis conducir por ellos á las máscaras, y creed á un dominó esperimentado!

» Eran pasados cuatro años desde que saliendo de la casa de mis dueños por medio de una criada que se escapó conmigo, me hallaba arrinconado entre otros compañeros de desgracia en el desban de un prendero de la calle del Prado, y ocupabáme con ellos en la narracion de nuestras aventuras respectivas, cuando un nuevo Carnaval (1827) vino á procurarnos salida, si bien con mas precauciones que si fuéramos tabaco de la vuelta de abajo, ó moneda española acuñada en Gibraltar. Y era la razon cierta ley, no sé cuantas de la Novísima, que hace trescientos años prohibió segun parece las máscaras y disfraces (1). Mas como los

(1) «Es la ley 7. lib. 8. del título *de los levantamien-*
» *tos y asonadas de gente armada*, promulgada á peticion

Ayuntamiento de Madrid

hombres, siguiendo el ejemplo de nuestra primera madre, somos por desgracia tan inclinados á dar mas valor á las cosas prohibidas, de aqui nació la manía de enmascararse, en términos que á despecho de escribanos y corchetes inundábamos calles y salones.

» Entre las infinitas aventuras que me proporcionó la circunstancia de servir por mi cómoda hechura para damas y galanes, llamaré tu atencion sobre una que me aconteció cierta noche de aquel año, en la cual salí alquilado por un jóven que formaba parte de una comparsa mascaril. Figuraba en la misma cierta deidad á cuya mano aspiraba el mancebo, y lleno de amor y rendimiento al salir de la tertulia, incorporado con los de-

» de las Cortes de Valladolid de 1523; su época y su tí-
» tulo abren su interpretacion. La autoridad pública era
» entonces insultada por gentes asociadas para malos fines,
» que usaban alguna vez de máscaras y disfraces para lo-
» grarlos mas de seguro. No se trató, pues, de prohibir
» los inocentes disfraces de personas reunidas para diver-
» tirse en lugares cerrados señalados por el magistrado
» público, y protegidos y velados por él, sino de que los
» enmascarados vagasen dia y noche por calles y plazas,
» cosa que podia provocar á delito, cubriendo sus auto-
» res. » (*Jovellanos, Memoria sobre las diversiones públicas.*)

Despues de la opinion de tan respetable magistrado, solo se podrán traer en apoyo los hechos, los cuales demuestran que en los reinados posteriores al de los reyes católicos, en que se promulgó aquella ley, fueron permitidas y autorizadas las diversiones de máscaras, como lo acreditan las historias de aquellos tiempos, pudiéndose

Ayuntamiento de Madrid

mas para dirigirse á la casa del baile, íbase á precipitar á ofrecer su brazo á la niña, cuando la mamá (que ya empezaba á ejercer los rigores de suegra) le llamó para sostenerla, entre tanto que otro galan mas dichoso ocupó el lado de la amada.

Rabiando iba mi pobre mozo con tan desdichada ocurrencia, lo cual conocia yo por sus contorsiones y movimientos mal reprimidos, y agoviado ademas por el medio siglo que pesaba sobre su diestro brazo, dejábase arrastrar lentamente haciendo mas y mas sensible la distancia que la ligera pareja delantera les llevaba. Y ya iban á enfilar la calle angosta de Peligros, cuando el linternon de una ronda, haciendo reflejar las lantejuelas del turbante de sultana que cubria las ca-

citar entre otras varias ocasiones las que se celebraron en Madrid en 1637 con motivo de haber sido elevado al imperio el rey de Bohemia y Hungría, cuñado de Felipe IV. Ademas, léanse las comedias de Calderon, Moreto y otros, donde se habla siempre de las máscaras como cosa corriente.

Posteriormente en 26 de enero de 1716 dió S. M. Felipe V una ley (que es la segunda, tít. 13. del lib. 12. de la Nov. Recop.) prohibiendo las máscaras bajo severas penas, la cual reprodujo y agravó en otra de 27 de febrero de 1745. Mas á pesar de todo fueron permitidas pocos años despues, y puede verse sobre ello la *Instruccion para la concurrencia de los bailes de máscara dados en el teatro del Príncipe en el Carnaval de* 1767, que es un papel muy curioso por su minuciosidad. Tambien han sido permitidas en otras ocasiones y reinados en la corte, y casi constantemente en Barcelona y otras ciudades principales del reino.

Ayuntamiento de Madrid

nas de la mamá, vino á destruir nuestros planes. Fuimos, pues, descubiertos y detenidos con todas las parejas que venian detras, en tanto que los dichosos delanteros llegaban sin novedad á la sazon á la casa del baile. ¡Oh lector, sino eres duro pedernal, contempla y compadece la situacion de mi galan interior, viéndose conducir á la presencia judicial en compañía de una sultana vieja, un Henrique IV y una Raquel, Julio César y la Valiere, Marco Antonio y Cleopatra, Elisa y Claudio, y otras parejas mas ó menos dichosas! Pero sobre todo, lo que le sacaba de juicio era el sospechar que su abandonada Ariadna podria consolarse de la pérdida de su Teseo con el Baco que delante tenia, y este pensamiento no le abandonó en el menguado recinto adonde tuvo que pasar la noche. En cuanto á mí y los demas trages, como cuerpos del delito, corrimos unidos bajo una cuerda al proceso que se formó, y sacados en consecuencia á pública subasta, quedamos entregados al mejor postor, que lo fue por cierto otro prendero de la calle de Atocha.

»Varias y muy graves aventuras podria seguirte refiriendo de aquel tiempo en que fui contrabando; pero como todo debe tener sus límites, mi narracion tambien, y asi solo me permitirás que te hable del último lance que me ocurrió en la última salida verificada una de estas noches.

»Fue, pues, el caso que cierto marido jóven, previa la venia conyugal para ir á las máscaras, vino á alquilarme á poco de haberse llevado una dama

BIBLIOTECA MUNICIPAL - MADRID

Ayuntamiento de Madrid

á otro compañero mio que estaba á mi lado. Llegados al baile, divisé entre muchos á este compañero, y obligando ambos á nuestros dueños á llegar á hablarse (sin duda por la simpatía del trage) tuvimos ocasion de entablar tambien nuestra conversacion escuderil, y al comunicarnos las señas de la casa de donde habiamos salido, no pudimos menos de reirnos á duo. Entre tanto nuestros dueños habian comenzado una plática amorosa que nos tenia edificados, y ya la niña iba manifestando su corazon de algodon cardado, que no de agudo pedernal, cuando yo por un efecto de mi prevision, y deseoso de servirla de despertador, dejé caer mi capuchon y descubrí la cabeza del marido (que tal era el que me llevaba), con lo cual la discretísima criatura pudo conducir su conversacion en términos no tan solo de evitar un compromiso, sino tambien de quedar bien puesta para regañar despues al esposo, que se convenció mas que nunca del amor de su consorte...!"

Aqui acababa el manuscrito del dominó, sin que yo tenga necesidad de decir que durante su lectura la interrumpí varias veces con mi risa; y lleno de contento por poder figurar en adelante en tan curiosa crónica, me apresuré á cubrirme con él y á trasladarme al baile; pero aqui quiero hacer un punto y coma á mi narracion para tomar un ligero descanso antes de ofrecer á mis lectores un cuadro fantástico del tal baile.

Figúrense, pues, allá en el interior de su mente,

Ayuntamiento de Madrid

un gran salon capaz de quinientas personas ocupado por mil, que con sus anchos disfraces y ecsagerado movimiento habian menester el espacio correspondiente á mil y quinientas; fórmense una temperatura á treinta y seis sobre cero, ocasionada por el inmenso número de luces y de concurrentes. Añadan á esto para el sentido del olfato la mucha confusion de buenas y malas ecsalaciones naturales y artificiales; diviertan la vista con el deslumbrante reflejo de aderezos y bordados, gorras y turbantes, mantos y capacetes; amenicen el tímpano con el tiple contínuo de las voces disfrazadas, y con los rotundos compases de una *galope* ejecutada por dos docenas de músicos, y obligada de pandereta y látigo; encomienden al tacto la violenta ondulacion que por un principio físico obliga á la mitad de la concurrencia á marchar impelida por la otra mitad, y satisfagan por último el gusto con una perdiz petrificada y solicitada en pie por espacio de tres horas en la sala *de descanso*: con todos estos antecedentes podrán formarse una idea en miniatura de los goces que un baile semejante proporciona á los sentidos. ¡Felices los que pillando una silla podrian entregar á ella sus fatigados miembros! Mas ¿cómo lograrla? Las desdichadas mamás y las parejas dichosas las habian tomado por asalto al principio de la noche para no desocuparlas hasta el amanecer.

Envuelto en mi amigo dominó, y apoyado en el quicio de una puerta de paso, hallábame con-

Ayuntamiento de Madrid

templando aquel animado espectáculo con la comodidad que dejo pensar; mas si mis sentidos se daban por quejosos, menos satisfecho aun quedé del lado del espíritu, pues apuntando cuidadosamente en mi memoria todos los dichos, preguntas, respuestas, réplicas y argumentos que escuché, me convencian de una de dos cosas, ó que era falso el dicho de que "es menester tener muy poco talento para no tenerlo con la careta," ó que yo tenia orejas de Midas. Luego me ocupé en seguir las intrigas juveniles, sorprender combinaciones y armar peripecias, con lo cual mi dominó azul llegó á infundir tal pavura en aquel género volátil, que á mi llegada huían en grupos cual bandada de palomas á la vista del milano. Quién me tomaba por un marido zeloso, quién por un amante desdeñado, cuál me daba satisfacciones, cuál me pedia cuenta de agravios; y como la circunstancia de conocer las intrigas anteriores de mi dominó me ponia desde luego en el medio de las cuestiones, pasé alternativamente por amante, por padre y por marido de todas, y por último convinieron en que era brujo, hasta que arrancándome por fuerza la careta se encontraron mas admiradas viendo que no me conocian, y yo sí á ellas.

¡Que no pueda yo presentar aqui de lleno el fruto de aquella noche de observacion y movimiento! mas no me es lícito por tres causas: la primera porque ofrecí á mis amables descubridoras que no las descubriria: la segunda porque de hacerlo cor-

Ayuntamiento de Madrid

ria peligro de estar hablando de máscaras hasta el miércoles de ceniza; y la tercera y principal, por no tener permiso de mi dominó para continuar la narracion de sus aventuras, por aquella sabia regla de que "la historia no se ha de escribir al tiempo que se verifica."

Ayuntamiento de Madrid

La compra de la casa.

«No todo lo que es brillante
riqueza al avaro ofrece:
oro la alquimia parece,
vidrio hay que imita al diamante.»
Tirso de Molina.

Nada hay tan lisonjero para un honrado almacenista de esta villa, como la idea de invertir en una casita propia el resultado de sus cálculos y combinaciones sobre el queso de Rochefort y los barriles de Málaga. Mientras estos solo le produjeron el ahorro de un millar de pesos, limitó sus proyectos á enriquecer su almacen y dar mayor ensanche á sus negociaciones: lisonjeado por el écsito de éstas, alquiló una espaciosa tienda, y la embelleció con cristales y columnas, al paso que abandonó la singular manía de tener siempre el mejor género: los hombres son niños grandes, y pagan mas caro lo brillante que lo bueno.

Este cálculo se hizo nuestro almacenista, y una contínua lluvia de plata y cobre cayendo armoniosamente en el cajon del mostrador, fue transformada por él con el mayor sigilo en sendas onzas de Cárlos III, medias y ochentines de nuestro

Ayuntamiento de Madrid

monarca actual. ¡Qué plenitud de contento equivale al de aquel cuando cerrada la tienda y despachada la fámilia á una merienda en el Canal, se entregaba los domingos á sus anchuras al arqueo de su caja! ¡Qué invenciones tan peregrinas para ponerla á cubierto no tan solo de la vista de los estraños, sino de las sospechas de los propios! Porque á nuestro hombre no se le ocultaba que los enemigos domésticos son los mas temibles para el caudal, y que las necesidades ó ecsigencia de su esposa y de sus hijos podrian crecer al compas de sus talegos. Asi que, él se los cosía y recortaba, colocándolos luego en los sitios mas escusados; y hubiera deseado que ecsistiese moneda equivalente al valor de diez mil duros para llevarla siempre consigo con el mayor disimulo. Pero ya que esto no podia ser, las habia reducido al menor número posible de fracciones, todas de ley y peso conveniente, y de sonido mas grato á sus oidos que romance de Bellini cantado por la *Meric Lalande.*

Satisfecho, pues, con su incógnito monetario aparentaba con todos la mayor escasez, negando siempre tener el menor fondo de reserva, si bien por otro lado no dejaba de calcular que su dinero asi arrinconado nada le producia, y se hallaba ademas espuesto á un caso fortuito de incendio, robo ó cosa tal. Asi que, despues de muchas noches de desvelos, vino á resolver que sería lo mas conveniente emplear su capital en una casita *asegurada de incendios* en el casco de esta villa, con

Ayuntamiento de Madrid

lo cual se proporcionaria multitud de goces y privilegios, amen de un cinco ó seis por ciento líquido de su principal. Vivamente afectado por tan feliz idea se levantó una mañana, y su primera diligencia fue correr á suscribirse al Diario de Avisos con el objeto de ponerse al corriente de todas las ventas á pública subasta, ya *en virtud de providencia*, ya *á voluntad de sus dueños*. Embebido desde entonces en esta grata lectura, solia pasar los dos tercios de la mañana; luego se ponia su sombrero, y envuelto en su capa dirigíase á la casa en venta, y la miraba con disimulo desde el portal de en frente: despues subia la escalera y llamaba en todos los cuartos con cualquier pretesto para reconocer lo que podia del interior: en seguida iba á la escribanía por donde se verificaba la subasta á ver el espediente, y desde alli pasaba á la contaduría de aposento á reconocer los planos de Madrid, con cuyas noticias, malas ó buenas, no dejaba de consultar á un aprendiz de arquitecto, corredor de ventas, el cual siempre le daba las mejores ideas de la casa, aunque no fuese mas que por cobrar su tanto por ciento de comision; pero al tratarse de tocar á sus monedas faltábale á nuestro hombre la resolucion, y dilataba el plazo para ocasion mas oportuna.

Por último, llegó un dia en que el anuncio de una venta en la calle de la Palma alta vino á despertar sus ideas adquisidoras: la sola consideracion de poseer una casa en la calle en que habia

Ayuntamiento de Madrid

nacido bastaria á decidirle, si las seguridades de su arquitecto, las invitaciones del escribano, y los respetuosos homenages de los inquilinos, que desde el primer dia le saludaron como á su casero, no hubieran añadido á sus deseos una fuerza irresistible.

La casa se vendia en virtud de mandamiento judicial, y para pago de acreedores, los cuales en vano habian esperado postores que hiciesen subir su valor: si hubiera estado situada en la calle de Carretas, de Alcalá, ó cosa tal, millares de comerciantes ricos, americanos emigrados, ó compañías revendedoras, se hubieran apresurado á doblar su tasacion; pero como era en la calle de la Palma alta, todos la desdeñaban, y solamente nuestro tendero tenia empeño en poseerla. No dejó de conocerlo el escribano, el cual lo transmitió á los acreedores, manifestándoles el único medio de sacar partido del calor de nuestro comprador; y con efecto, llegado el dia de la subasta, verificada en el piso bajo de las Casas Consistoriales ante la presencia judicial, el honrado tendero, que creía hallarse solo, vió con sorpresa un banco entero de oposicion, cuyos individuos se empeñaban en pujarle siempre *mil reales mas;* y en los intermedios de los pregones hablaban entre sí ponderando las cualidades de la tal casa, y manifestando su empeño en llevarla; pero mi tendero, rascándose la frente y tentándose el garguero, pujaba mas, y ya la mayor parte de aquellos se iban re-

Ayuntamiento de Madrid

tirando fingiendo sentimiento por la derrota: solo quedaba uno mas obstinado que todos, el cual, fijo en sus mil reales mas, hizo desconfiar al pujante tendero de vencerle, y por fin con harto sentimiento se determinó á cederla; pero no bien habian salido de la subasta, cuando llamándole el nuevo dueño de la finca le hizo presente que él habia hecho la puja por encargo, pero que si tenia fuertes deseos de la casa, estaba resuelto á cedérsela aunque hubiera que dar algunos *guantes* á su principal, pues no podia ver padecer al prójimo: el buen hombre, que oyó que por un par de guantes tendria la casa, al momento iba á darle los suyos (que eran por cierto de punto de estambre azul); pero el otro le hizo ver lo que él llamaba guantes, y no hubo mas remedio que transigir con él en media docena de medallas de pelucon.

Despues de este vinieron los gastos de escritura, alcabala, hipotecas, arquitecto consultor, reconocimiento de títulos &c. &c., lo cual iba haciéndose sentir terriblemente en el archivo numismático del tendero. Pero todo lo dió por bien empleado cuando con toda la solemnidad legal se vió investido con la autoridad de propietario, dándosele á reconocer á los inquilinos como *único dueño de la finca, á quien debian acudir con el pago de sus alquileres;* y en seguida *abrió y cerró puertas, y paseó las habitaciones, echando fuera las gentes que dentro estaban, y haciendo otros actos de do-*

Ayuntamiento de Madrid

minio no turbado ni contradicho, con lo cual se le dió la posesion *en forma*.

Al siguiente dia abrió su tribunal en la trastienda de su almacen para oir y juzgar las reclamaciones de los inquilinos, las cuales estaban reducidas á pedir rebajas en los precios y varias obras de comodidad: sin embargo, el tendero por un sistema de compensacion tuvo por mas prudente desestimar las obras, y solo proveer la subida de precios con arreglo al presupuesto de productos que él se habia formado al comprar la casa. En vano los inquilinos intentaron reclamar aquella violacion de su derecho: la autoridad de un dueño nuevo es terrible, y nada pudieron lograr; pero deseosos de vengarse del todo, fueron tomando la determinacion de dejar la casa quedando á deber dos, tres ó mas meses de alquiler, con lo cual tuvo el propietario que entablar tantas demandas como inquilinos eran, y luego otras tantas como plazos les señalaron para pagar, con cuyos gastos vino á duplicar el importe de las deudas. Por otro lado los vecinos, esparcidos por aquellos barrios de Monserrate y el Hospicio, desacreditaron la casa *vieja* y el casero *nuevo*, en términos que en vano éste habia gastado ya cinco cuadernillos de papel para poner las señas del alquiler, y diez pesetas en anuncios de Diario, porque nadie parecia á pretenderla, con lo cual su autoridad dominal venia á quedar puramente nominal.

Nada de esto sabia bien el nuevo propietario,

Ayuntamiento de Madrid

tanto mas cuanto que el pago de la contribucion de frutos civiles, regalía de aposento, farol y sereno, censos y demas cargas, eran invariables, ya estuviese alquilada, ya no; y por otro lado los actuales inquilinos (que eran los ratones), ademas de habitarla gratis, minaban los cimientos y destruían el edificio; asi que, convencido por estas circunstancias, por el ejemplo general de refundicion, por las invitaciones de su esposa, y mas que todo por los cálculos moderadísimos de su arquitecto, determinó reformar su casa dándola el aspecto de la novedad y de la frescura. Dicho y hecho, plan de tintas de colores, licencia, cálculo de ganancia, presupuesto de gastos, todo se formó en un instante, y la obra empezó bajo la direccion del consabido; abajo el tejado, piso tercero, cuarto, boardillas... pero ¡qué desdicha! á los primeros golpes húndese una viga, y el pavimento del segundo se desploma detras: el principal, como si hubiese aguardado esta señal, verifica la misma operacion. Pues señor, ya nos encontramos en la tienda sin necesidad de bajar escaleras: ¿qué se hará, qué no se hará? y estando en esto, los cimientos flaquean, la fachada se inclina, y por mucha prisa que los obreros se daban para aligerar, una nube de polvo deshaciéndose en las nubes, dejó ver al segundo dia el ancho boqueron en que fue la casa, cubierto de vigas y de cascotes.

Ya tenemos á mi señor de obra en el caso de edificar una casa de nueva planta, cuando solo pen-

Ayuntamiento de Madrid

saba en reformar la antigua, para lo cual contaba con los fondos suficientes. Estos quedaron consumidos en sacar los nuevos cimientos; en vano acudió á la enagenacion de efectos y alhajas; todo ello bastó para elevar el primer piso: empeñado en su empresa recurre á los prestamistas, los cuales le adelantan lo suficiente para edificar el segundo, bajo la garantía ó hipoteca del principal; por último, una comunidad de monjas se le opone á la elevacion del tercero por sobreponerse á las paredes de su huerta. No le queda mas arbitrio al nuevo propietario que subdividir en muchas habitaciones los dos mil pies de terreno que posee, y siguiendo la regla del sastre de las monteras, asigna á cada una lo estrictamente necesario para poder vivir inquilinos *Liliputienses*, si bien gastando en puertas y ventanas mas de un año del alquiler.

Pero concluida que fue la casa, y colocada en el caballete del tejado la cruz de siete brazos y siete banderas, empezó á disfrutar los placeres consiguientes á la calidad de dueño que tanto habia deseado. Entonces observó la puntualidad y buenos modos de los vecinos para pagarle su alquiler; la tolerancia de las contribuciones; las multas improvisadas; la sencillez y la moderacion de las cuentas de albañiles y vidrieros, carpinteros y soladores; la entretenida historia de las demandas de despojo; las divertidas comparecencias judiciales; los términos por equidad, los mandamientos de amparo, y tantos otros incidentes como dan grata ocu-

Ayuntamiento de Madrid

pacion á los caseros y campo al ingenio de los inquilinos de Madrid.

Mas lo peor del caso fue que la señora tendera y las niñas luego que se vieron con casa propia dijeron con resolucion: "*No mas mostrador*;" y fue tal su energía, que consiguieron determinar al amo de casa á trasladarse á vivir al cuarto principal de la propia. Con todas estas bajas los empeños contraidos lejos de disminuirse fueron en aumento con los intereses anuales, en términos que, á vuelta de algunos años, el hipotecario, observando que su crédito ascendia ya al valor de toda la finca, la reclamó judicialmente y le fue adjudicada. De esta manera desapareció el tesoro del almacenista cual precioso monumento estraido sin precaucion de las ruinas de Herculano, que se deshace y evapora á la sola impresion del aire.

Ayuntamiento de Madrid

Los paletos en Madrid.

« Juan Labrador, ¿qué os parecen
los músicos? » – « Que son diestros;
pero mejor me parecen
de mi exido los gilgueros. »

Matos.

El aire de corte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que solo le perciben los que vienen de fuera. Esta fria atencion, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortés egoismo que llamamos *buen tono* y bien parecer, desconciertan sobremanera á los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros á aquellos mismos que si nos vieron fuera de Madrid quedaron prendados de nuestra amabilidad y cortesía. ¿Y por qué esta diferencia? Porque en la corte la fantasma del poder nos persigue constantemente, obligándonos á estudiar y medir nuestras palabras y acciones; congójanos con el temor de aparecer hombres vulgares, llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas, y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sólidos caminos de la fortuna por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la fami-

Ayuntamiento de Madrid

lia de *don Teodoro Sobrepuja*. Este caballero, á quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habian ocasionado una enfermedad de pecho que le redujo en poco tiempo á un estado lastimoso, viéndose precisado á buscar en los aires nativos el recobro de su salud, pasó á la villa de Olmedo, llevando consigo á sus dos hijos Cárlos y Luisita, jóven aquel de diez y ocho, y ésta de catorce años de edad. La amabilidad de don Teodoro y de sus hijos, y las muchas relaciones de familia que tenia en el pueblo, les sirvieron en términos que muy luego fueron el objeto de las atenciones y obsequios generales, pero mas particularmente de parte de la familia de *Patricio Mirabajo*, el mas rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de don Teodoro, y cuya amistad llegó al estremo, que no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevársele á vivir á su casa á fin de atender con mas cuidado al restablecimiento de su salud. La muger de Patricio, *Aldonza Cantueso*, muger de un escelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos Braulio y Feliciana, contribuyeron por su parte á hacer grata á los forasteros la estancia del lugar, de modo que, dilatándose esta mas de año y medio, recobró don Teodoro no tan solo su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades, y solo se encuentra bajo los techos de la aldea.

Los jóvenes por su parte, cuya tierna edad era la mas á propósito para recibir las primeras im-

Ayuntamiento de Madrid

presiones del amor, no pusieron cuidado en resistirlas, antes bien dejaron crecer á la vista de sus mismos padres una pasion inocente que estos se complacieron en fortificar, disponiendo en consecuencia los matrimonios de Cárlos con Feliciana, y de Luisita con Braulio; pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de alli á tres años, que deberian reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron don Teodoro y sus hijos á la capital.

Facil es de concebir la firmeza que resolucion semejante podria mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la corte no habia hecho mas que adormecer las ideas de orgullo y de elevacion, como tambien los vaivenes que durante tres años sufririan los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesanas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de dia en dia; pesábales ya el momento de escribir á sus amantes, y en el interior de sus corazones temian ver llegar el plazo de la entrevista. Don Teodoro por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apenas recordaba ya su compromiso, cuando una mañana la ronca voz de la señora Aldonza vino á sacar á todos de su distraccion, y vieron con asombro á aquella y sus dos hijos, que entraban por la sala con la algazara y contento propias de personas sencillas y satisfechas.

Ayuntamiento de Madrid

Tan inesperada invasion no pudo menos de sorprender á don Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luego al primer movimiento de estrañeza, recordó aquel los inmensos favores que debia á sus huéspedes, y haciendo una violencia á su fisonomía y á su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Las parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aun largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido á la vista de aquellas facciones, en otro tiempo adoradas, les obligó por entonces á hacer abstraccion de trages y modales, y solo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse á las demostraciones de su contento; demostraciones que se prolongaron todo aquel dia.

A la mañana siguiente fue preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron estos muy de mañana á destapar cofres y maletas, y sacar de ellos los trages de *dia del Corpus* para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Carlitos, á quien toda la noche habia traido desvelado la consideracion de lo mucho que iba á padecer su vanidad, no perdia de vista aquella operacion: asustado con los tales preparativos corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla, ¡ay Luisita mia, esclamaba, tristes de nosotros acompañando á los lugareños! ¡si vieras qué vestidos, qué telas, qué pei-

Ayuntamiento de Madrid

nados! sin duda que vamos á ser la burla de todo el Prado. ¿Qué dirán tus amiguitas las de *Yerba-vana*, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor á una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recogida á la garganta, bucles cortitos y peineta de una tercia, zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú por tu parte, ¿cómo has de sufrir la risa del alferez de la Guardia mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalon de punto ajustado, y botas de campana *á la bombé?* — Sin duda, Carlitos (esclamaba Luisita sollozando), sin duda que haremos con ellos un buen contraste, tú con tu levita *de fantasía*, y yo con mi *cachemir ternó.* — Y papá, ¿qué papel va á hacer con sus dos veneras acompañando á la señora Aldonza de vestido de estameña y moño de calabaza? — ¡Oh! eso es insufrible, y yo voy á fingirme mala. — Y yo tambien, decia Carlitos; pero al llegar aqui abren con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo mas disonante en aquel primoroso *tocador-Psiché.*

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su estrañeza; pero no asi los paletos, los cuales rieron á carcajadas al mirar el ajustado talle de Cárlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando á estos con sus preguntas y algazara, no menos que al padre, que se presentó despues; pero no hubo mas remedio que hacerse

Ayuntamiento de Madrid

una fuerte violencia, y acompañarlos á paseo.

Pongo en consideracion de mis lectores la estravagante caricatura que ofrecerian las tres parejas, asi como tambien dejo considerar el efecto que en los recien venidos produciria la vista de tantos objetos estraños. Este á la verdad era singular é incomprensible; v. gr., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiracion la fuente de la Puerta del Sol: vieron sin entusiasmo el salon del Prado, y en las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno, lo que mas les admiraba era la anchura del pilon: cada coche que pasaba era para ellos un suceso: las mugeres, madre é hija, agarraban á sus parejas respectivas temiendo que las atropellasen, aunque fuesen á treinta varas de distancia, y el mancebo se quitaba cortesmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran personas reales: á cada lugareño que pasaba iban á hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producia risas convulsivas y dichos nada corteses: su marcha en la confusion del Prado era oblicua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente á las caras de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo, y á cada objeto que les chocaba llamaban la atencion de los demas señalándole con el dedo. Mas en fin, cansados á la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin grave alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

Ayuntamiento de Madrid

De vuelta de paseo manifestaron deseos de beber, y don Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo entrar en un café, donde pidieron limon y leche, y luego chocolate con bollos, y habiendo querido obsequiar Carlitos á Feliciana con un queso helado, ésta pidió al mozo un cuchillo para partirle. Pasaron despues al teatro á ocupar un palco, tomado de antemano: allí se echaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer un anteojo perpendicular encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atencion de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes, que se escondian lo mejor posible. La desgracia hizo que aquella noche acertasen á hacer la ópera de *L'ultimo giorno di Pompei*, y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenia agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar á bostezar, y al caer el telon al final del primer acto cayeron tambien sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado hasta que la erupcion del vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándosela verdadera corrieron á la puerta, temiendo ser víctimas de aquella catástrofe.

Sería nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecia la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta á la afectacion de los cortesanos; por mi parte tuve motivo de ser testigo de algunas de ellas, por haberles acompañado, en calidad de amigo de la casa, á ver las cu-

Ayuntamiento de Madrid

riosidades de Madrid; y preguntándoles despues qué era lo que mas les habia gustado de ellas, me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo el cuadro del hambre de Madrid; la bajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia natural; en el Retiro el ídolo igipcio de la fuente del estanque, y en la Armería el espejo para curar la ictericia: en punto á paseos dieron la preferencia á la Ronda, y de funciones teatrales ninguna les agradó como la *Pata de Cabra*; lo demas todo lo hallaron mediano, y de ningun modo preferible á las bellezas de Olmedo.

No hay necesidad de decir que la ilusion de nuestros jóvenes madrileños habia ido desapareciendo á medida que observaban estas cosas; pero dudosos sobre su futura suerte, y aun confiados en que la permanencia en la corte obligaria á los otros á mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas; inútil intento: la sencillez de las naturales venia á descomponer todos sus planes: en vano los sastres y modistas acomodaron á sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos: la cabeza erguida, y los brazos caidos, dábanles el aspecto de un manequí sin animacion: en vano les enseñaban á pronunciar bien las palabras: su lengua no sujeta les hacía traicion á cada momento.

Por último, un dia en que todos manifestaban su mútuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta á su mal reprimido disgusto:—"No os canseis,

Ayuntamiento de Madrid

chicos (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mismos pecaos que trujisteis, eso me da que igais aches como que igais erres, y Dios en mis adrentos, que lo demas son sotilezas: con que no hay sino dejallo y no andarme con aqui te la puse, que lo mejor solo Dios lo sabe, y como esas cosas podria yo contarles á los de Madril cacaso no entienden... ¡no sino urguenme un tantico, y verán como todos tenemos nuestro aquel...! Y dígolo porque yastoy cansáa de tanto pedricarles de la pulítica, y dale con las cortisías, y torna con los filis, que asi Dios me perdone como parecen saltarines de los cantaño bajaron á mi puebro. ¿Sus parece, chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mis mochachos pa casarse nesecitan deprender toas esas estilaciones de la corte? Pues náa menos queso; porque ellos mientras Dios dé vida y salú á Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no, que pa eso les himos parío y criao á nuestros pechos pa que tengan cuidiao de mosotros desque lleguemos á viejos, y si lo contrario hicieren, para esta (y besó la cruz) que no habian de llevar un chavo, casí es nuestra última y pestrimera veluntá. Y esto mismo cuento de icirle á vuestro padre, y que ó herrar ó quitar el banco, y vosotros ya sabeis el camino de Olmedo, con que alli aguardamos la rempuesta." —

Corridos y confusos quedaron los dos jóvenes con aquella inesperada *proclama*, y luego que que-

Ayuntamiento de Madrid

daron solos empezaron á reflecsionar sobre su suerte; vieron cuán ilusorios eran sus proyectos de enseñar á sus amantes el aire de corte, cuando ellos mismos se verian precisados á olvidarle si habian de casarse y vivir en Olmedo: preguntáronse mútuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraido; y por último, llamaron en su ausilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alferez de la Guardia, que acertaron á entrar en aquel momento. Don Teodoro por su parte, acalorado por las reconvenciones de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contrato, y los jóvenes renunciaron con gusto á una renta de diez mil ducados por no verse precisados á salir de Madrid, asi como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponia en peligro de tener que alejarse de Olmedo.

Ayuntamiento de Madrid

La filarmonía.

« La dulzura de la música es el único hechizo permitido que hay en el mundo. »

Feijóo.

« *La música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu.* »

Cervantes.

El entusiasmo melomano producido á principios de este siglo por la fecunda lira del Cisne de Pésaro halagaba las imaginaciones europeas, harto fatigadas por las combinaciones de la política y los desastres de la guerra. Las artes encantadoras, que solo crecen á la sombra de la paz, tornaban á ejercer su influencia en los corazones generosos, y el privilegiado *Rossini*, aun no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atencion general presentando en la escena Veneciana en el Carnaval de 1813 su famoso *Tancredi*. A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones: "desde el dux hasta el último gondolero repetian involuntariamente su armonía, y las orillas del Adriático resonaban á todas horas *mi rivedrai, ti rivedró.*" "Ni paró aqui (añadian los periódicos de aquella

Ayuntamiento de Madrid

época) el triunfo del compositor boloñés: en menos de un año su magnífica produccion dió la vuelta á Europa; sus cantos se hicieron populares, y admirados en todas partes, asi se oían en la capilla Sixtina como en las revistas de Hide-park, en los conciertos de Petersbourgo como en los bailes de París."

Desde entonces los teatros líricos de Europa quedaron como avasallados al sublime genio que incesantemente les alimentaba con nuevas producciones, llenas de riqueza y de armonía; y si bien el nuestro, aun no restablecido de los efectos de una guerra devastadora, no pudo ofrecernos tan pronto una produccion del compositor del dia, no por eso su música era desconocida en esta capital, en cuyos salones resonaba con el merecido aplauso.

El ajuste de las señoras *Moreno* y de otros artistas españoles para los teatros de Madrid vino á ofrecer la posibilidad del espectáculo de la ópera, y aun de la ópera rossiniana, siendo *La Italiana en Argel* la primera de estas que oyó el público madrileño en la noche del domingo 29 de setiembre de 1816 con motivo del augusto enlace de nuestro soberano con la reina doña María Isabel. El entusiasmo inesplicable que aquella brillante produccion causó en esta capital fue un anuncio de los gratos momentos que el público matritense podia esperar del autor del Barbero de Sevilla; mas por entonces hubo de contentarse con algunas óperas de otros maestros, porque la escasez de la com-

Ayuntamiento de Madrid

pañía lírica no permitia funciones de gran desempeño. Esta misma razon sin duda fue la que motivó que la señora *Lorenza Correa*, que acababa de contribuir en los teatros estrangeros á la gloria de Rossini, no se determinase á dar en Madrid ninguna de sus óperas, contentándose con hacernos conocer el *Di tanti palpiti*, y *Una voce poco fá*, que colocó en *Los pretendientes* y *No se compra amor con oro.*

Sin embargo de la escasez del espectáculo, no fue perdido para un público naturalmente filarmónico, y á medida que aquel iba adquiriendo vigor, veíase desterrar entre los aficionados el estilo monótono y amanerado de la antigua escuela para dar lugar al sentimiento y vida de la nueva. La aficion del público iba creciendo al compas que sus conocimientos, y era menester complacerle si se queria dar calor á aquel movimiento. La empresa teatral de 1821 hubo de pensar sin duda de este modo, decidiéndose á volver á presentar á los madrileños el espectáculo de la ópera italiana, de que aun conservaban reminiscencia, aunque remota. Para ello contrató una compañía, compuesta de profesores distinguidos de los teatros de Italia, y á esta fue á quien debió Madrid el conocimiento de las obras mas escogidas de Rossini y demas célebres compositores modernos, cuyas bellezas acabaron de fijar su natural predileccion por la música, y le fueron un manantial de placeres. Muchos años pasarán sin que olvide el delirio que le infundia

Ayuntamiento de Madrid

Tancredo en la peregrina voz de la señora *Adelaida Sala*, ó *García de Paredes* en el *Barbero de Sevilla.*

Siguió asi la ópera, mas ó menos voyante, hasta que en 1825 se ajustó la compañía *Montresor*, desde cuya época no fue una aficion la del público, sino un furor filarmónico. El mérito de los cantantes, la nueva pompa con que se adornó el espectáculo, lo escogido de las funciones que se presentaron, fueron cosas de trastornar todas las cabezas, y llegó á tal punto el entusiasmo, que no solamente se les imitaba en el canto, sino en gestos y modales; se vestia *á la Montresor*, se peinaba *á la Cortessi*, y las mugeres varoniles *á la Fabrica* causaron furor todo aquel año. Tan poderoso es el prestigio de la novedad, y tan dominantes los preceptos de la moda.

La ecsigencia del público, creciendo desproporcionadamente, no se contentaba ya con artistas medianos. Fue preciso presentarle los de primer orden, y las célebres *Corri*, *Césari*, *Albini*, *Lorenzani*, *Tossi* y *Meric Lalande*, y los señores *Maggioroti*, *Piermarini*, *Galli*, *Inchindi*, *Passini* y *Trezzini*, con tantos otros como siempre ascendiendo hemos visto despues, han necesitado toda la estension de sus talentos, y la perfecta ejecucion de las obras mas clásicas de *Rossini*, *Pacini*, *Mayerbeer*, *Mercadante*, *Morlachi*, *Carnicer*, *Donizzeti* y *Bellini* para sostener la aficion del público, y escitar su entusiasmo hasta el punto que al concluirse el

Ayuntamiento de Madrid

año cómico de 1831 con la despedida de la señora Adelaida Tossi, faltó poco para que los partidos encontrados de *Tossistas* y *Lalandistas* consiguiesen sembrar una eterna discordia en nuestra sociedad madrileña.

Tan imposible era ya hacer subir de punto aquella ecsageracion que necesariamente tenia que empezar á declinar, y asi es que en el año último puede decirse que ha entrado la ópera en el período de su decadencia, de que solo han podido retraerla algunos instantes los estraordinarios recursos artísticos de la señora Lalande. En vano los entusiastas ó intolerantes esclaman que los artistas no son nuevos, y las óperas no bien escogidas: en vano buscan á su tibieza causas interiores; el mal está en su imaginacion. Satisfecha ésta con el continuado alimento musical, y pasado tambien el influjo de la moda, ha llegado á mirar con indiferencia lo mismo que en otro tiempo la entusiasmaba, y por otro lado despues de escuchar *Semiramide*, *Mosé*, *L'ultimo giorno di Pompei*, *il Crociatto*, *il Pirata* y *la Straniera*, ¿qué otras composiciones podrian buscarse para escitar su admiracion? Por esta sencilla razon sería de desear que la ecsigencia filarmónica hiciese un alto para mecerse agradablemente, y sin un furor imposible de perpetuarse, en el ameno campo que le ofrecen la rica fantasía de los compositores y la estraordinaria habilidad de los cantantes del dia.

Esta dilatada educacion musical, unida á la

Ayuntamiento de Madrid

particular disposicion de los órganos españoles para la ciencia de la armonía, han producido entre nosotros tan notables aficionados que pueden hacerse oir con placer aun despues de los célebres profesores que hemos visto en el teatro. Reconocida generalmente la superioridad de la música italiana, sobre la insulsa pesadez de los romances franceses que antes ocuparan nuestros salones de buen tono, vióse en ellos campear la verdadera escuela del canto, si bien modificada cada año á la manera del modelo que se ostentaba en las tablas; asi que alternativamente hemos observado reproducidas con una admirable fidelidad la arrogante determinacion de la Albini, la tranquila correccion de la Lorenzani, la espresion romántica de la Tossi, y hasta la voz ahogada de Montresor, las prolongadas *fioriture* de Vaccani, y la tal vez nasal entonacion de Galli.

Ocasion era esta (si yo pretendiera tener vinculada la risa de mis lectores) para trazar un cuadro, si bien fantástico, si bien ecsacto, de nuestros filarmónicos de salon, poniendo de manifiesto las intriguillas que parecen anejas al ejercicio del arte, los desentonos de la *armonía*, las disputas de los *acordes*, las encontradas vociferaciones de los *unísonos*, y las intenciones menguadas de algunos *virtuosos*: ¡qué festivos matices no podrian suministrar á mi bosquejo las ronqueras improvisadas, las pérdidas de voz y las recuperaciones repentinas; los descuidos con cuidado en mas de un duo con el

Ayuntamiento de Madrid

piadoso fin de perder al compañero; las espresivas miradas y suspiros en otro; las gratas palabras de *cara immaggine*, *mio dolce bene*; *tenero oggetto*; *bel' idol' mio*; *abbi pieta di mé*, tan dulcísimamente deslizadas de ciertos labios como benévolamente acogidas por ciertos oidos; las imprecaciones á un padre tirano, prodigadas tal vez en su presencia con notable entusiasmo suyo; ó bien la letra de *l' inutil precautione*, fuertemente aplaudida por un bondadoso marido, ó emitida con inteligencia por una vírgen de diez y seis.

En segundo término, y como formando el coro de mi festiva composicion, osaría presentar á aquella cohorte parásita de aficionados *orechianti*, que sin haber saludado los principios del arte, elevan ó rebajan á su antojo las reputaciones filarmónicas formándose en *comision de aplausos*, y para los cuales las únicas bases del saber suelen ser la pujanza de la voz ó los atractivos de una hermosa figura; en este número colocaria á aquellos que se sientan entre los cantantes, y estan siempre solícitos, ya á volver las hojas del papel, ya á espabilar las luces del piano, ó repartiendo programas por la sala, ó transmitiendo mas ó menos desfiguradas las espresiones del maestro; los notificadores del *hoy no está en voz*, *no es de su cuerda*, *está cortada*, y otras muletillas con que suele disimularse el haber cantado mal; los que tararean *sotto voce* la misma pieza que se canta; los que dan la señal de los *bravo*, *soberbio*, *admirable*, *encantadora*, y otras espresio-

Ayuntamiento de Madrid

nes á este tenor; los que arrojan á la cara de nuestras actrices coronas de papel, ó rompen en su obsequio los asientos del teatro; los que conducen del piano á la silla á la amable cantatriz, envaneciéndose con los elogios que al paso recogen para ella; y tantos otros *indispensables* como forman el claro-oscuro de nuestras reuniones filarmónicas. Pero tales observaciones, dando un aire satírico á mi discurso, me harian aparecer dominado por el deseo de encontrar ridículos, y no es esta mi intencion, tratándose de un arte que ha llegado entre nosotros á una altura regular.

El estado en fin de la música en esta capital es lisonjero, y solo faltaba que asi como se forman aficionados para el encanto de los salones, se formasen artistas que ocupando algun dia los teatros, libren á nuestra nacion del crecido tributo que pagamos á los estrangeros. Nuestra benéfica Soberana ha provisto á este deseo creando un Real Conservatorio de Música, en que reunidos los profesores mas distinguidos, y bajo un escelente método de enseñanza, se ofrece la lisonjera perspectiva de llenar en breves años aquel vacío, y que la nacion que produjo los Garcías, Colbran, Correa y tantos otros, vuelva á presentar á Europa fenómenos de habilidad que acrediten mas y mas su esclarecido renombre en la historia de las artes.

Ayuntamiento de Madrid

Policía Urbana. (1)

«Si por la laguna Estigia
juró el Tonante hasta aqui,
hoy jura por la marea
de las calles de Madrid.»

D. Juan de Iriarte.

Uno de aquellos dias felices en que el perfecto equilibrio de nuestros humores, ocasionado quizás por una buena digestion, suele inclinarnos á la satisfaccion y al contento, haciéndonos mirar todos los objetos por el lado favorable, salí yo de mi casa sin destino fijo, y con la sola intencion de ponerme en movimiento, dando al mismo tiempo ocupacion á mi tranquila mente con la variedad de cuadros animados que ofrecen las calles de Madrid. Y como aquel dia por fortuna todo me parecia bien, no es facil formarse una idea de las sensaciones agradables que á cada paso esperimentaba. El cielo sereno y despejado, el sol brillante, el ambiente apacible, me trasladaban en imaginacion al clima delicioso de las orillas del Betis; el

(1) Este artículo carece ya afortunadamente de una parte de su ecsactitud por haberse remediado muchos de los defectos que se critican en él.

Ayuntamiento de Madrid

bullicio y animacion de las calles divertia mi fantasía; todos los hombres me parecian contentos, alegres y corteses; todas las mugeres bellas, amables y satisfechas; sobre todo llamaban mi atencion por su picante fisonomía los jóvenes desde veinte hasta veinte y cinco, y ajustando las fechas, hube de observar que todos ellos debian haber nacido desde 1808 al 13, lo cual me condujo á sacar la consecuencia de que la guerra de invasion en nada perjudicó á las fisonomías.

Llamó luego mi atencion la multitud y belleza de las casas nuevas ó reformadas, sino con la mejor voluntad de los caseros, por lo menos con notable complacencia de los inquilinos: consideraba despues la garantía que á estas mismas casas presta la filantrópica sociedad de seguros, causa principal del embellecimiento de la poblacion: miré con complacencia los edificios públicos destinados á establecimientos útiles y de nueva creacion: recorrí los paseos que por todos lados adornan diariamente nuestra capital: vi sus plazas mas públicas despejadas de la insaluble suciedad que ocasionaba la venta de comestibles: observé mejoras en la limpieza, buena arquitectura en las fuentes y puertas modernas, gusto y elegancia en la innumerable multitud de tiendas y cafés, admirable provision de comestibles en los varios mercados, comodidad incalculable proporcionada por la multitud de mercaderes ambulantes que bajo distinto diapason entonan sus géneros por las calles, be-

Ayuntamiento de Madrid

lleza y baratura en los objetos artísticos espuestos en los almacenes, prueba incontestable de que hay literatura en la multitud de carteles con letras de á medio pie que adornan las esquinas, decencia y lujo en los vestidos, coches y habitaciones, y mil proyectos útiles, en fin, para en lo sucesivo, tales como el de alumbrado, conduccion de aguas, magnífico teatro y otros semejantes, de los cuales espera esta capital su futuro engrandecimiento. Y animado por la contemplacion de tantas bellezas, no pude menos de rendir en el interior de mi pecho el mas sincero tributo de admiracion y gratitud á nuestro augusto soberano y á las autoridades matritenses, que tanto se desvelan por la prosperidad de este pueblo.

El entusiasmo que aquel paseo habia infundido en mí fue suficiente á hacerme tomar la pluma, y llamando en mi ausilio la musa de Chateaubriand tracé las siguientes líneas: "Levanta la cabeza, villa de los dos mundos, levanta la cabeza, y sal del abatimiento á que una mano estraña te redujo: desecha los tristes lutos hijos de una guerra desastrosa, para vestirte de nuevas galas y primores: tú eres la joya de la España, tú eres la palma del desierto, la fuente del arenal y la estrella de la noche: como el fenix renace de sus cenizas, asi tú mas hermosa y brillante te presentas despues de tus escenas lastimosas; viuda desconsolada que se adorna con preciosas galas para obsequiar al nuevo esposo; tu conquistada belleza y los nue-

Ayuntamiento de Madrid

vos encantos que ostentas forman la dicha de tu enamorado ausente que vuelve á sus lares, y se admira de encontrarte mas jóven y mas bella que á su partida: permite, ¡oh Mantua! permite que mi débil voz entone tus loores: permite que enagenado con el suave ambiente de tu eterna primavera..." Pero al llegar aqui el espantoso ruido de un aguacero y granizo improvisados súbitamente, no sin grave riesgo de mis cristales, vino á distraer mi atencion, y aun á arrancarme de mi amable écstasis. Viendo, pues, que por entonces no me era tan facil volver á él, y conociendo por otro lado que mi estómago pedia á toda prisa el calor que habia subido al cerebro, me puse á cenar al ruido del chaparron, que no hay cosa como cenar tranquilamente mientras silba por fuera la furia del Aquilon y el bramido del Noto.

Consecuencia inmediata de la cena fue el quedar rendido al sueño, del que no volví hasta bien entrada la mañana siguiente: el frio intenso que sentia me hizo mirar el termómetro, y vi que por una de aquellas bruscas transiciones tan frecuentes en nuestra atmósfera, habiamos pasado en pocas horas desde doce grados sobre cero á tres por bajo, con lo cual no estrañé la fuerte tos que me molestaba, y que sin duda fue presagio de las malas aventuras que me esperaban todo el dia. Mas halagado con el recuerdo del anterior, y á pesar del aguacero que habia durado toda la noche, y amenazaba volver á empezar, púseme en la calle con

Ayuntamiento de Madrid

la idea de continuar mi paseo á fin de concluir mi empezado discurso.

Lo primero que desconcertó mi intencion fue el inmundo lodazal de las calles, que no sabia como evitar, pues si buscaba las estrechas y remendadas losas iba haciendo pasos vascos, impelido por la suavidad del lodo reposado sobre ellas; y si me salia al empedrado, siempre encontraba el medio de poner el pie en las frecuentes hondonadas y charcos. Leía los bandos fijos en las esquinas, y alababa las disposiciones que previenen á los vecinos barrer los frentes de sus casas; pero al mismo tiempo observaba la indolencia general en este punto, y no podia menos de irritarme al considerar este descuido en cosa de interes comun, cuya ejecucion debia ser voluntaria; y estando en estas consideraciones vi desfilar delante de mí una multitud de mendigos, los cualen venian de recoger el segundo desayuno á la puerta de un convento ó de una fonda, sin que á ninguno le ocurriese ofrecer su servicio á los vecinos para dar cumplimiento al barrido de las calles.

El cielo entre tanto se iba cubriendo de nuevo, y no tardó en romper en otro turbion que á todos nos hizo aligerar el paso, pero en vano; á la lluvia por igual y goteada sucedieron muy pronto los asombrosos surtidores de los canalones de los tejados, los cuales describiendo una curva perfecta cruzaban sus aguas en las calles estrechas, y en vano el mísero transeunte intentaba evitar su gol-

Ayuntamiento de Madrid

pe, pues al menor descuido veíase aplanado, y oía resonar sobre su sombrero la cascada de Aranjuez. Muy luego arroyos, mas rios que el Manzanares, se formaron en las calles, y si bien algunos puentes improvisados ofrecian su socorro, mediante una corta y aun voluntaria retribucion, eran de suyo tan débiles y vacilantes, que habia una probabilidad mas que mediana de caer en el arroyo, lo cual no dejaba de divertir sobremanera á los grupos de mozos de cordel repartidos por las esquinas, que cargarian con media casa si alguno se lo mandase, y formaban escrúpulo de alargar su mano ni ofrecer el menor ausilio á los pasageros.

Yo buscaba el número 4 en la calle de... para tomar puerto en casa de un amigo; y no bien le hube hallado cuando sin reparar apenas en lo inmundo del portal, infestado por los vapores que exhalaban los dos depósitos que hasta la presente parecen indispensables en la mayor parte de los portales de esta corte, y sin mirar tampoco lo empinado, estrecho y oscuro de la escalera, subí á tientas y llamé en el cuarto que me figuré ser el del amigo, pero se me dijo que no era alli, y que tal vez sería otro número 4 que habia en frente. Atravesé corriendo la calle, subí á la otra casa (cuyo número por cierto estaba cubierto con una enorme muestra que decia: *Halmazen de ace-yte-vinagre, belas de sevoy demas comestibles*), pero tampoco era alli, y solo pude sacar en limpio que aun habia otros dos números 4 en la calle.

Ayuntamiento de Madrid

Mohino y enojado contra la numeracion de las casas por manzanas, que tanta molestia me ocasionaba, continué la calle abajo y me entré por el primer portal que encontré con aquel número: seguí largo rato su estrecha lobreguez, y ni él se acababa, ni yo encontraba la escalera: en esto siento pasos precipitados detras de mí; redoblo yo los mios, acábase el callejon, y me encuentro en otra calle distinta, con lo que vine en conocimiento de que aquello era un pasadizo, formado como la mayor parte de los de Madrid por la union de dos portales accesorios, aunque sin adornos de cristales y primorosas tiendas como los *passages* de París.

Desesperado con mis azares y con la lluvia, que aun proseguia, no sé qué hubiera dado por hallar un coche que me volviese á mi casa; mas para encontrarle hubiera necesitado ir á la calle de Alcalá ó la de Toledo, y alquilarlo lo menos por medio dia mediante la cómoda retribucion de cuarenta reales, lo cual era peor que aguardar á que pasase la lluvia. Tuve, en fin, que tomar esta última determinacion, mas por fortuna no tardó en despejarse el dia, y por una estravagancia del temporal muy conforme con las anteriores, ostentar el sol su brillo natural.

Volvió la animacion de las calles; pero no volvió mi alegría, pues mis desdichas no desaparecieron con las nubes: distraido con las cavilaciones á que ellas me conducian, iba á torcer una esquina, cuando me miré rodeado de una docena de li-

Ayuntamiento de Madrid

geros jumentillos que, recien aliviados de la carga de los costales de yeso, y animados por la flecsible vara del mancebo que los presidia montado en el último término del mas provecto, no me dió lugar á defenderme en regla, sino grotescamente con manos y pies, recordando de paso al mozo con palabras harto duras la benéfica orden que les previene conducir su ganado sujeto á fila; pero aun estaba yo dirigiendo mi filípica, cuando blandiendo de nuevo la vara sobre los lomos de los pollinos formó una densísima nube de yeso y desapareció con ellos, dejándome entregado al corage y á una violenta tos, que muy pronto conjuró contra mí á todos los perros que han sobrevivido á la persecucion judicial del verano pasado. Salvéme lo mejor que pude de aquellos peligros; pero fue para tropezar en otro, enredándome en una cuerda atada á un palo que habia delante de una obra, y por pronto que quise salir sufrí gran parte de la lluvia de cascote arrojada desde el tejado; aparténme de alli, y fui á dar cerca de una docena de picapedreros que estaban labrando las piedras para la obra, los cuales acertaron á asestarme un guijarro á un ojo, en términos que hube de permanecer tuerto por todo el dia.

Tantos y tan graves contratiempos irritaron mi bilis en términos que todo me incomodaba; los gritos de los vendedores agudos y disonantes; el descoco de las naranjeras; las ropas nada limpias puestas á secar en balcones y ventanas; los toca-

Ayuntamiento de Madrid

dores al sol en calles no muy retiradas; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático, impreso á propósito en las paredes del portal; las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos; las riñas de los aguadores en las fuentes por tomar vez para llenar; las carretadas de bueyes cargadas de carbon; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos ecuestres; los muchachos que venden candela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, ó convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones; la silenciosa embestida de los bombés *facultativos*, y la vacilante direccion de los calesines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo á la vista en calles y paseos durante todo el dia acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña; y al volver á mi casa á la luz de los faroles, que solo sirven para hacer visibles las tinieblas, iba buscando las calles mas acompañadas por hallarse ya cerradas todas las tiendas; mi desgracia iba como siempre delante de mí: cuándo me hacía tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados procedentes de alguna obra,

Ayuntamiento de Madrid

y colocados á tres cuartas de la pared, entre la cual dejaban un estrecho callejon apenas suficiente para el paso de una persona; cuándo me lanzaba de pies en un monton de cal recien apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo con ocho horas de anticipacion al acto de recogerlas; ora me ponia delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo solo aspecto y repugnante desvergüenza ofenden al pudor y la moral pública; por aqui me salia al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oía aproc-simarse el ruidoso tren encargado de aquella parte mas sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acogia á la otra acera á tiempo cabalmente de recibir el rocío con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcon; por último, un sereno que venia detras entonó á este tiempo su agudísima y prolongada cancion, en términos que por miedo de que volviese á repetirla le invité á acompañarme á mi casa, y fue lo mejor que hice bien en todo el dia, pues al aparecer su farolillo á la entrada de cierta callejuela que teniamos que atravesar, vimos echar á correr dos hombres que sin duda no eran amigos del chuzo.

Libre ya en fin de los pasados sustos, y procurando hacerme superior á las encontradas impresiones, reflecsioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años: reconocí que ellas son la causa de la ecsigencia ac-

Ayuntamiento de Madrid

tual sobre los inconvenientes que aun observamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisonjera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta, trabajando en hacerlos desaparecer de dia en dia.

Ayuntamiento de Madrid

La casa á la antigua.

« Ne genez pas, je vous en donne avis
tant vos enfans, ó vous, peres et meres,
tant vos moitiés, vous epoux et maris,
c'est ou l'amour fait le mieux ses affaires. »

La Fontaine.

Muy distinto era el asunto que me proponia tratar en mi artículo de esta semana; pero al prepararme á ello hallé sobre mi bufete una carta que me hizo variar de idea. Firmábala *don Perpetuo Antañon*, sugeto para mí desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables, que desde luego me propuse ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavilando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto, no hay que decir que corté varias plumas, tracé algunas líneas, las borré luego, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no pocas las orejas y la frente; pero todo en vano, pues nada de lo que escribia llenaba mis deseos; hasta que volviendo á leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano intentaria yo prestar á mi pintura aquel colorido fiel y sencillo que la da el pincel del propio interesado, y en su consecuencia nada po-

Ayuntamiento de Madrid

drian agradecerme tanto mis lectores como recibir de mis manos el mismo bosquejo original. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros sin otro trabajo que el de trasladar literalmente dicha carta, y héla aqui punto por coma.

"Señor curioso: usted es el mismísimo diablo cojuelo, y aun mas, pues sin el ingenioso espediente de alzar los techos de las casas, ni hacernos volar por los aires, como aquel al licenciado don Cleofás, nos pone usted de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observacion se escapa á la mayor parte de los testigos. Esta pintura desdeñada por el historiador, y ecsagerada en pro ú en contra por viajeros y poetas satíricos, es tanto mas importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nuestros placeres, y tambien nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luego convengo con usted en que los crímenes no entran en su benévola inspeccion), y puede ofrecernos mas modelos que seguir y mas escollos que evitar que la misma historia, por aquella razon de que hay mas Juanes ó Mengas que Titos y Dioclecianos, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutarco parecerian ridículos en un mercader de calle de Postas.

» Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna mágica, y supuesta tambien la dificultad de iluminarla de modo que todos la veamos, no

Ayuntamiento de Madrid

puede menos de asaltarme la duda de que usted tenga á sus órdenes algun espíritu folelo para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si á un mismo tiempo fuera jóven, viejo, elegante, pelucon, padre, amante, galan, cortejo ó pretendiente. Esta consideracion, que me ha ocupado tres noches de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malandrin al comunicarle la noticia de mi desman, la tuerza y desfigure tal vez en menos pro de mi buena fama, y por si asi sucediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describírsela á usted, á fin de que haga despues el uso que crea conveniente.

» Para mayor inteligencia de mi discurso empezaré por decir á usted que aqui donde no me ve soy un antiguo comerciante, que habiendo debido á la divina Providencia y á cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto no de quiebras fraudulentas ni especulaciones ilícitas, sino de una honradez y buena fé nunca desmentidas, resolví habrá cinco años retirarme de los negocios, y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura á que me inclinaba ya el conocimiento del mundo. No le negaré á usted que la causa principal de mi retiro fue sin duda la continuada reflecsion sobre los vicios que la miseria parece haber puesto á la moda; observé la mala fé de los diestros estafadores; vi la hipocresía de los falsos amigos; adiviné el interes de los bajos aduladores; y conocí, en fin, la delicada po-

Ayuntamiento de Madrid

sicion de un hombre de bien en medio de las asechanzas que le rodean; y sea esta conviccion, ó mi natural deseo del descanso, ello fue que desde entonces me cerré herméticamente en mi casa con la sola compañía de mi esposa, una hija niña y dos antiguos criados de conciencia esperimentada.

» Confesaré á usted que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los mas antiguos de Madrid, y que su aspecto sombrío, sus balcones de gran vuelo, la enorme ala del tejado, y toda su esterioridad, estan denunciando á los transeuntes su fecha de tres siglos: convengo tambien en que el interior no es de mas moderna invencion, que no reina en él la economía presente, que las pinturas son antiguas, los techos envigados y de una altura desmesurada; las puertas colosales, los vidrios pequeños y verdinegros, las baldosas cortadas y desiguales; pero en cambio es casa propia, tengo en ella salones inmensos, corredores interminables, escaleras interiores, habitaciones independientes, bohardillas y sótanos para guardar un almacen. Por otro lado, la prodigiosa multitud de muebles que poseo no solamente encuentran cabida en este inmenso caseron, sino que juegan muy bien por su fecha y por su forma con lo material del edificio; y sino, dígame usted, ¿en cuál de los del dia podria yo colocar las costosas arañas de doce brazos que llenan ellas solas una sala, los cuadros de tres ó cuatro varas, las mesas macizas

Ayuntamiento de Madrid

de nogal, los sillones de baqueta de Moscovia, las camas imperiales, los bufetes de cuatro registros, las alhacenas y las cómodas de doce cajones? ¿Ni qué bien irian en una casita de muñecas las floreadas cornucopias, las estampas del Hijo pródigo, los ricos escaparates del nacimiento, los sitiales encarnados, los bancos de respaldo, las colgaduras de damasco, los tapices de Ciro, los tiestos de tinaja, los relojes de flautas clavados en la pared, las rinconeras de dos pies, los mapas de media caña, los biombos chinescos, los velones de cuatro pávilos, ó de bomba de cristal, los armarios enrejados, las figuras de talla, y tantos enseres á este tenor como forman el adorno de mi habitacion? Y por último, ¿qué figura habia de hacer yo mismo, vestido á la 1805 con mis zapatos en punta, hevilla de plata, media negra, calzon corto, chaleco cumplido, corbata blanca sin lazo, baston de tres altos, empolvado tupé y sombrero en facha?

» Sin querer, señor curioso, le he hecho á usted la descripcion de mi habitacion y de mi persona; ¿quiere usted saber mi método de vida? pues oígale usted. Yo me levanto al salir el sol, y mi primera diligencia es salir á oir misa á la parroquia, donde todos los concurrentes nos conocemos ya de vista cuotidiana: satisfecho este primer deber, me suelo dirigir á cualquiera de las plazuelas de San Ildefonso ó de Santo Domingo; alli, al mismo tiempo que tengo un rato agradable con la ani-

Ayuntamiento de Madrid

macion y bullicio del mercado, ajusto de paso algunas provisiones, y sé mejor que sus amos lo que cuestan las que llevan los criados de mi vecindad. De vuelta á mi casa me entretengo agradablemente con mi jicaron de dos onzas de chocolate, eclipsado entre cuatro baluartes de tostadas y bollos, cuya sustancia restauradora me presta fuerzas para la lectura del diario (único papel á que conservo aficion, por ser á mi entender el que mas ideas contiene), y como vea en él el anuncio de alguna almoneda ó pública subasta, no dejo de anotarlas en mi registro para darme una vuelta por ellas, último resto que conservo de mi inclinacion mercantil. Cuido despues de mis tiestos y mis canarios, y salgo á las diez á visitar á algun amigo de mi humor y de mi edad, con el cual me entretengo en ensalzar lo pasado á costa de lo presente; entro luego en una librería, donde suelo escuchar cosas que no estan escritas en ningun libro; recorro despues plazas y prenderías buscando preciosidades parecidas á las que yo conservo en mi casa, lo cual suele darme cierto aspecto de anticuario; ecsamino despues el estado de las obras públicas, calculando su duracion, en cuyo cálculo suelo equivocarme en algunos años; y por último, vengo á parar en mi antiguo almacen, recordando en él los vaivenes de mi juventud, cual el viejo marinero sentado en la playa contempla como en sueños sus pasados sustos y alegrías.

» Alli permanezco hasta que suena la una del

Ayuntamiento de Madrid

reloj del *Buen-Suceso*, á cuya hora vuelvo á mi casa, en la que percibo ya el olor de mis compras de la mañana; mas como no hay cosa que se envidie mas que un sentido á otro, no tardo en confiar al gusto los placeres del olfato, y sentado entre mis dos femeninas compañeras empiezo la comida, que entre trabajo y descanso suele prolongarse hasta las tres. Alzados los manteles, me retiro á dormir una horita de siesta, y despues salgo á paseo con algun amigo (que por lo regular suele ser un religioso), dirigiéndonos despacito al camino de Chamberí ó á las ventas de Alcorcon. Sentámonos donde nos parece, al sol ó á la sombra, parámonos de vez en cuando á tomar un polvo, y departiendo nuestros sentimientos en sabrosa é inocente plática, aguardamos á que el sol empiece á esconderse para volver á la capital, y dirigirnos, ya juntos, ya separados, á restaurar nuestras fuerzas con la segunda toma de chocolate, precedida por un vaso de limon ó de agraz. Reuno despues la familia, rezamos nuestro rosario, y acabado éste suelo retirarme á mi despacho á leer un par de horas, ó bien acontece bajar el vecino don Segundo con su esposa, que forman con la mia y con migo dos parejas homogéneas para jugar una manita de mediator ó de malilla hasta las nueve, hora en que indispensablemente he de cenar, á fin de poder oir entre sábanas la campana de las diez. Tal es mi método de vida, que solo se interrumpe dos dias en el año, cuales son el del santo de mi

Ayuntamiento de Madrid

esposa y el mio: en ellos, ademas del convite á los vecinos á mesa y refresco, es de ordenanza el tomar un palco para ver la funcion del coliseo, sea cual fuere, y sin cuidarnos de si pertenece á la familia clásica ó á la romántica, aunque siento mucho cuando toca en el género fastidioso.

» Pero es el caso, señor curioso de mi alma (y aqui entra la parte mas sensible de mi narracion), que asi como no siempre llueve á gusto de todos, tampoco esta serenidad complacía á mi hija desde que dió asomos de querer cumplir los quince, y desde aquel instante cesó la tranquilidad de mi ecsistencia: hecho un argos vigilante de sus pasos, con el fin de que no llegase á conocer las seducciones del mundo, me oponia á todo aquello que consideraba propio á despertar sus pasiones; evité cuidadosamente que ninguna persona humana mas que mis vecinos visitase nuestra casa; cerré puertas y balcones; prohibí amiguitas y parientas; desterré lecturas, músicas y baile; y en los ratos que me ostentaba mas amable de vuelta á casa despues de un paseo con ella á la fuente *del pajarito*, ó á nuestra Señora del Puerto, en vez de mi ordinaria cancion contra las costumbres del dia, la daba á leer algunos de los artículos de usted en las Cartas Españolas ó la Revista, tales como *Las visitas de dias*, *El Prado*, *Las tertulias*, *Las niñas del dia* &c., con lo cual creía haberla convencido sobre los inconvenientes del gran mundo para la juventud; pero si estos y los demas medios

Ayuntamiento de Madrid

de mi defensa surtieron el efecto que me propuse, va usted á juzgarlo por sí mismo.

» Ya he dicho á usted que mi casa era inaccesible á los pretendientes que la belleza y buena dote de mi hija podrian suscitar; sin embargo, el amor y el interes fueron bastante móvil para hacer que algunos (y por cierto no despreciables) me hicieran proposiciones por medio de mis amigos; pero mi contestacion se reducia siempre á decir que mi hija era muy niña y no perdia tiempo (y á la verdad que esto último era demasiado cierto); con lo cual todos quedaban despedidos, y yo satisfecho de mi precaucion. El cielo, sin embargo, me reservaba el castigo de mi confianza, y aun no sé si diga de mi manía.

» Yo tenia por mis pecados un pleito pendiente, de cuyo estado venia á darme parte alguna vez mi procurador *don Simon Papirolario*, el cual solia traer consigo para llevar los autos á su escribiente *Frasquito*, mozo despierto y hablador: éste con toda intencion encontraba siempre el medio de empeñarme en disputas con su principal, mientras iba él á la cocina ó á la pieza de labor á beber agua ó á encender el cigarro, y... ¿lo creerá usted, señor observador? Pues tal ha sido el disfraz que tomó el amor para rendir el corazon de mi hija; con este trastornó su cabeza inspirándola una pasion frenética, y este, en fin, es el que á consecuencia de una larga serie de disgustos, de males y contiendas, tengo que consentir como yerno mio des-

Ayuntamiento de Madrid

pues de haber despreciado tan ventajosos partidos. ¡Un escribiente de procurador!

»Ahora dígame usted si debí esperar tan desgraciado suceso de mi sistema de vida, ó si cree mas bien que haya sido un resultado forzoso de él, en cuyo caso debe desengañar á los que le sigan aconsejándoles que se engolfen en el gran mundo, y que escarmienten en cabeza del inconsolable=*Perpetuo Antañon.*

Hasta aqui la carta del aflijido corresponsal, y no habrá un solo lector que no haya observado en este caballero á uno de aquellos espíritus ecsagerados que tienen la desgracia de no ver mas que los estremos de las cosas: huyendo de las seducciones del gran mundo vino á caer en el ridículo opuesto, convirtiendo su casa en un castillo; cerró las puertas al amor, y se le entró por la ventana: lástima grande que no hubiera tenido un amigo sincero que á tiempo le hubiera aconsejado lo conveniente. "Vigile usted en buen hora (le hubiera dicho) sobre la conservacion de las buenas costumbres en su familia; pero no las revista de una austeridad insoportable: huya tal vez de las tertulias y sociedades, en donde la seduccion se halla sistematizada; mas no cierre su casa á un pequeño número de personas escogidas y dignas de frecuentarla; dirija en vez de romper las inclinaciones de su hija, y no dude que estas serán racionales cuando cese de mirar en el techo paterno una prision, y en el primer miserable atrevido que se la presente su libertador y paladin."

Ayuntamiento de Madrid

El dia de fiesta.

« Sin que pase la tarde
decir no puedes
¡qué dia tan hermoso!
muchos como este. »

* * *

¿Muchacho? — Señor. — ¿Son campanas? — Sí señor. — Temprano la han tomado; ¡si apenas es de dia! — Es verdad; pero como hoy es una fiesta solemne, ya usted ve. — Y qué, ¿es á fiesta ese tañido? — Mire usted, de todo hay: esas que se sienten á lo lejos son las de San Ginés, donde se celebra el santo del dia, y por eso tocan á vuelo, y las de mas cerca son las de Santa Cruz, y tocan á muerto, sin duda por aquel droguero gordo de la calle de Postas, cuyo entierro se verifica hoy. — Cierra, cierra bien los balcones, que voy á escribir. — ¿A escribir, señor? no verá usted. — Tanto mejor, con eso no sabré lo que me escribo, y entraré en la moda del dia.

Ahora, pues, leamos despacio mis notas, y escojamos materia conveniente... pero han llamado. Muchacho. — Señor. — Mira quién llama. — Es el vecino de arriba que va á caza, y viene por us-

Ayuntamiento de Madrid

ted. — ¿A cazarme á mí? — Quiero decir, á que usted le acompañe. — Buenos dias, señor *Postas*. — Buenos dias, vecino: ¿qué tal, he cumplido la palabra? — Sí; pero hombre, salir asi, tan de mañana... — Pues mire usted, por mucha prisa que nos demos, ya llevaremos por delante cien escopetas que habrán estado esperando á que abrieran las puertas. — ¿Con que es decir que habré de vestirme? — De cualquier modo; míreme usted á mí, ¡qué sencillo! zapato blanco, botines de estezado, pantalon gris, chaqueta corta, sombrero de calaña, mi morral, mi frasco, y... nada mas; lo que importa es ir ligero para poder andar mucho. — ¡Ah! ¿con que en eso consiste la diversion? Pero... calle, ¿otro convidado mas? — No señor, es el vecino de la tienda, el señor *Liga*, que viene armado con su caña y demas arreos de pesca para ver si me cogia la delantera en llevarse á usted; pero amigo, por esta vez chasco se lleva. — Ya escucha usted, señor Liga, mi compromiso; el señor Postas es mas madrugador que usted. — No consiste en eso, señor vecino, sino en mi maldita caña, que he tenido que prepararla con todo cuidado por si acaso pica alguna pieza grande. — Una ballena tal vez, ¿no es verdad, señor Liga? — Vaya, señor vecino, no hay que venirse con pullas, que á las veces donde menos se piensa salta la liebre. — Eso de liebre (replicó vivamente el señor Postas) me toca á mí, y salte ella una vez, que asi se me escape á mí como por los cerros de

Ayuntamiento de Madrid

Ubeda. — Pues señores, ya estoy vestido, y á la orden de ustedes. — Ahora falta que usted escoja entre los dos elementos. — El caso es que yo creo que los cuatro son á cual mejor, y si pudieran reunirse no encuentro motivo para separarlos. — Dice muy bien el vecino; ¿hay mas que marchar juntos, y alli donde atravesare el aire algun bulto lucir usted su habilidad, señor Postas, y donde topáremos agua sacar yo partido de la mia? — Vamos, señores, vamos, pues, á nuestra anfibia espedicion.

Esto diciendo, nos dimos á luz por las pacíficas calles, donde solo encontrábamos á tales horas cual ó cual lechero ó buñolera que preparaban con sus espeditos manjares el camino de la tienda de la esquina que acababa de abrirse, y cuyo amo enjuagaba ya las copas del aguardiente. La campana de una iglesia inmediata nos recordó que la primera obligacion era la de oir misa; entramos, pues, en el templo; su inmensidad y silencio inspiraban recogimiento y devocion; el sonido de la campanilla, los trémulos pasos de algun anciano, la tos de algun otro escondido en las capillas, los fuertes golpes de pecho de un mozo arrodillado, ó el silbado rezo de una anciana sentada en el suelo, eran los únicos objetos que alteraban tal vez aquella sublime tranquilidad; y penetrado por ella, no pude menos de comparar tal espectáculo con el que algunas horas despues ofreceria el mismo templo henchido de gentes de todos secsos y condiciones,

Ayuntamiento de Madrid

mezclados sin distincion, y mas ocupados en ostentar sus gracias y sus adornos que en la contemplacion del acto religioso.

Cuando salimos de la iglesia ya las plazuelas iban llenándose de géneros y de compradores, siendo los encargados de las fondas los primeros que acudieron á hacer enormes provisiones, prueba no pequeña de la solemnidad del dia; y en tanto que mis acompañantes empleaban algunos maravedises en pan y en frutas, compré yo disimuladamente unas perdices y unos peces, dando encargo á un mozo que nos siguiera con ellos á lo lejos.

Saliendo despues por la puerta de Toledo nos dirigimos al Canal, con el objeto de realizar nuestra alternativa diversion; el señor Liga en cuanto vió el agua tomó su posicion académica enarbolando su caña, y el señor Postas echó á correr por los vericuetos con la escopeta al hombro; yo tomé asiento al lado del primero con el objeto de ser testigo de sus triunfos; pero en los tres cuartos de hora que permanecí con él solo obtuvo por resultado una rana, un zapato y un pez, que me produjeron tres movimientos convulsivos de risa. Queriendo disimularla en lo posible me alejé del vecino, fui á encontrar al lejano mozo, y le envié cerca del pescador, con encargo de pregonar sus peces, entretanto que me dirigia á buscar á Postas, cuyos repetidos tiros me daban la esperanza de una abundante caza.

El resultado, sin embargo, no correspondia á

Ayuntamiento de Madrid

aquella salva, pues todo ello se redujo á un gorrion que, tasado por peritos, podria valer hasta ocho maravedís, á trueque de cinco reales muy cumplidos de municiones que iban ya consumidas. El héroe, sin embargo, no se desanimó, y viéndome venir redobló sus esfuerzos, sosteniendo con guardas y pastores tantas disputas como descargas hacía; pero observando yo lo inútil de su eficacia resolví acudir al consabido espediente de llamar al de las perdices para que diese una vuelta al rededor del cazador. Situéme despues en un puesto distante, y segun la señal convenida llamé con la bocina á mis dos corsarios; no tardaron en llegar cantando victoria, ostentando con aire triunfal sus presas, y contándome el pormenor de su captura; yo les felicité como debia; pero al preparar el almuerzo con ellas no pude resistir á la tentacion de hacer presente al señor Postas que aquellas perdices habian sido cogidas con lazo, y aquellos peces eran de otra clase que los que se dan en el Canal; replicáronme fuertemente; aparenté convencerme; mas volviendo á sonar el cuerno se presentó mi montero mayor con el resto de las provisiones. Dejo pensar el efecto grotesco que produciria su vista en ambos adalides, y solo diré que, deseosos de recobrar su honor en el segundo ojeo, corrieron de nuevo á las armas, y me dejaron en disposicion de volverme pacíficamente á Madrid.

Las nueve poco mas serian cuando atravesé la villa de uno á otro estremo, y mientras lo hacía

Ayuntamiento de Madrid

con todo despacio saboreando las diversas escenas que se presentaban á mi vista, sentíme llamar por un amigo que me seguia de cerca, el cual, tomando la palabra, ¿qué es eso, señor curioso (me dijo), va usted recogiendo materiales para sus escenas matritenses? Pues algunos podria yo darle á usted, que tambien yo hago mis observaciones, y aun me precio de inteligente en el arte de Lavater. Y sino, ¿quiere usted que le diga el estado y las circunstancias de todos los que van pasando á nuestra vista? pues óigale usted. ¿Ve usted aquel caballero tan bien portado que corre diligente con un lio debajo del brazo cubierto con su pañuelo? Pues ese caballero es un sastre que va á llevar la ropa á los parroquianos; diez y seis de ellos estan esperándole sin salir de sus casas, y él no lleva recado mas que para cuatro, con que los otros doce irán á reconvenirle al taller; pero él ha provisto ya á este inconveniente cerrándole y marchándose á pasar el dia al Soto de Migas Calientes.

Ahora repare usted á estotro lado, y observe esa pareja que cruza delante de nosotros: media hora hace que salió la jóven (que en su guardapies de primavera, delantal negro, pañuelo amarillo y mantilla de sarga, muestra ser diosa de cocina) de una casa en la calle de la Magdalena, y al despedirse del ama, que la encargó que volviera pronto, respondió muy satisfecha: "Descuide usted, señora, en cuanto oiga misa;" pero al volver la esquina de la calle tropezó con aquel mancebo que

Ayuntamiento de Madrid

la esperaba, y aunque en todo este tiempo que van juntos han pasado por diferentes iglesias, en ninguna han dado muestras de entrar; y no es lo peor eso, sino que por el rato que va transcurrido tendrá ya la muchacha que volver á su casa.

— ¿Y á usted qué le importa, le repliqué yo á este punto, esa intriguilla escuderil? Eleve usted un poco su pensamiento, y repare, si es que ya no lo hizo, en esa mamá noble que acaba de salir de su casa, llevando delantero un pimpollo de muchacha; observe aquel cuidadoso descuido de su trage matutino, y como no ha temido su belleza á la peligrosa esperiencia de la papalina rizada y pegadita á la cara: vea usted como ese pañuelito corto y recogido al cuello nos deja contemplar su talle delicado, y la botita de color su pie de cinco puntos: mire usted con qué gracia nos hace conocer que va á misa, ostentando en las manos su devocionario lindamente encuadernado á la *Gauffré* por Alegría ó por Ginesta; pero sobre todo, ¿á que no adivina usted por qué vuelve la cabeza tan repetidas veces hácia nosotros? Pues no se esponje y envanezca, que no repican por él, y sino torne usted su vista hácia ese jóven militar con capote de barragan azul forrado de encarnado que viene detras de nosotros acortando sus pasos, y como midiéndolos á un compas conocido, rizándose los bigotes, y oblicuando sus miradas á la acera izquierda por donde va la niña. — ¿Y cómo ha sorprendido usted su pensamiento? — Muy facilmente,

Ayuntamiento de Madrid

observando que él salió de un portal de en frente al mismo tiempo que ella de su casa, espiando despues sus miradas de inteligencia y... pero ¿á qué cansar? Sígalas usted si quiere, y por mí la cuenta sino les viere oir una misma misa; mas no, déjeles usted, y repare en ese jóven que se adelanta hácia nosotros con su trage deslumbrante, como que conserva aun todo el brillo de la fábrica; contemple usted su atusado sombrero, todavía caliente de la plancha, su elevado corbatin, su lazo tan enigmático, sus botones de piedras de color, los sellos de similor purísimo; pues es un honrado ropero de calle de Toledo que va derechamente á hacer su visita matutina y *en gran tren* á su futura la hija de madama *Bobiné*, modista de Orleans; pero antes reflecsiona que será bien comprar unos guantes amarillos para mayor autorizacion de su blanca mano, y con efecto, entra en aquella mal cerrada guantería; mas ¡ay! que ese que ha entrado detras de él es un alguacil; mucho me temo que al guantero le ha de costar diez ducados de multa el vender guantes el dia de fiesta: verdad es que el dia de trabajo nadie se los compra.

—No pierda usted, por Dios (me dijo á este tiempo mi amigo), el espectáculo de ese coche simon, nuevo caballo troyano, en cuyo seno han encontrado cabida hasta once cabezas entre chicas y grandes, formando un grupo piramidal en forma de caricatura, á cuyo pie podria escribirse: *Una boda del Barquillo*; la novia es una tabernera de

Ayuntamiento de Madrid

la calle de San Anton, y el novio un alojero de la de San Márcos; el padrino, que es un tocinero rico de la Costanilla, ha tomado el coche para todo el dia con el objeto de pasear la boda por las calles y saludar á todo el mundo; pero como las mulas son algo flacas y la carga demasiado gruesa, y como por otro lado han tomado la precaucion de emborrachar al cochero, de aqui viene esa marcha oblicua y desigual que usted observa, y que concluye por dar con la boda en el suelo, no sin grave contento de curiosos y muchachos que acompañan con sus silbidos los lamentos de los contusos.

Con estos y otros espectáculos eran las once cuando llegué á mi casa, y al pasar por delante de la tienda del señor Liga observé á un mancebo muy agraciado que estaba á la puerta haciendo sonreir á la esposa de aquel, con lo cual no pude menos de esclamar: ¡cosas del mundo! ¡su marido acaso no habrá sacado aun un pez, y á ella sin buscarlos se le vienen á la mano! Subí diciendo esto á mi cuarto, cuando sentí abrir la puerta de mi vecino el señor *don Magnífico Pabon*, cuyo criado, cuadrándose en la escalera, preguntó: "¿Es el peluquero de su señoría?"— No, amigo, le contesté; pero segun el tufo de esencias que me ha dado al pasar, juraré que le dejo á la puerta de la tienda componiendo una receta de mil flores; y asi era la verdad, pues á este tiempo subia ya el mancebo preparando los peines al son del romance francés de *Le Trouvadour*.

Ayuntamiento de Madrid

Encerrado por fin en mi cuarto, me proponia aprovechar el resto de la mañana en disponer mi artículo; mas no bien lo empezaba á hacer, cuando entró por la puerta el señor don Magnífico en persona, radiante como un reverbero, que iba á la corte con su uniforme nuevo; propúsome acompañarle para hacer despues juntos varias visitas; acepté el ofrecimiento, y hénos aqui caminando á palacio por entre una multitud de carruages de todas edades y condiciones, y de otra aun mas numerosa de pedestres en canillas, cuya vista fija en los pies se hallaba ocupada en defender las nacaradas medias de la inmunda profanacion del lodo.

Llegados á palacio subió mi compañero, y yo marché á esperarle á casa de un amigo, donde no tardó en llegar, con lo cual empezamos nuestras visitas de buen tono; pero tuvimos la suerte de despacharlas pronto, porque las señoras habian salido, cuál á la misa de la tropa, cuál á la *de las dos* en el Buen Suceso, cuál á la revista en el Prado, y cuál, en fin, á otras visitas, y esto me convenció de la ventaja de hacerlas en dia de fiesta. A todo esto eran ya las tres, y por indicacion de don Magnífico, y aunque no teniamos necesidad de ello, atravesamos á lo largo la calle de la Montera, en cuya acera izquierda se hallaba reunida á aquella hora entre sol y sombra la flor y la nata de la andante caballería, y al pasar por aquellos grupos no pudo dejar mi vecino de bajar el cristal y sacar la manga de su uniforme, con la cual

Ayuntamiento de Madrid

quedó satisfecho de haber fijado la conversacion general por cinco minutos.

La tarde de un dia de fiesta necesitaria por sí una prolija descripcion en que podria lucir el pintor el efecto de los contrastes. Pintaria de un lado á una buena parte de la multitud, piadosa y recogida, poblando las iglesias para asistir al jubileo ó al sermon, en tanto que otra gran parte del pueblo corre bulliciosa á los circos á presenciar las gracias de un novillo ó las desgracias de un volatin; opondria la variedad y alegría de los retirados paseos, como la pradera del Canal, la Vírgen del Puerto, la fuente Castellana y otros asi, en que las meriendas improvisadas, las danzas provinciales y los juegos bulliciosos ofrecen una animacion ecsagerada, y aun peligrosa algunas veces, á la prosopopeya uniforme de los paseos de buen tono, como el Prado y el Retiro, las ruidosas disputas de las tabernas, y las acaloradas discusiones de los cafés: la complacencia estraordinaria de los espectadores de la escena muda del descuartizado, ejecutada por *el primer fantasmagórico español*, ó de los azares de don Simplicio Bobadilla, y la fria indiferencia de la sociedad altisonante escuchando pocas horas despues el Cid de Corneille ó el Pirata de Bellini. Esto me hizo repetir la observacion que alguno ha hecho antes que yo, á saber: "que las fiestas son variedad en el aburrimiento del rico, consuelo y verdadero placer del pobre."

Tarareando aun el rondó final de la ópera re-

Ayuntamiento de Madrid

gresé á mi casa para descansar de una vez; pero me hallé con un nuevo suceso que vino á distraer mi atencion, y fue que al entrar en mi cuarto me hallé tendido al señor Postas llorando su desventura. — ¿Qué hay, señor Postas, qué llanto es ese? — Pobre de mí, señor vecino, pobre de mí, que he ido por lana y vuelvo trasquilado, quiero decir, que yo salí de mi casa á cazar sin haberlo conseguido, mientras que otro ha cazado en mi casa todo lo que habia en ella. — ¡Qué desgracia! — Verdad es que no habia nada, pero menos he hallado yo fuera, como no sea este fogonazo que me ha abrasado media cara. — Vaya, consuélese usted, podrá ser que... pero ¿qué voces son estas que se sienten arriba, *¡que me mata! ¡vecinos!* qué es esto? — Nada, señor vecino, no se asuste usted, será el tio *Curro Cariñena*, el oficial de zapatero que vive en la bohardilla de la esquina, que vendrá con el refuerzo acostumbrado en tales dias, y tratará de disculparse con su muger dándola de palos. — ¡Infeliz! vamos á socorrerla. Hicímoslo en efecto, no sin grave trabajo, y dejando al señor Postas en su habitacion, tomé yo á la mia para acostarme, como lo hice, procurando desechar penas y enojos; pero el ruido del baile que aquella noche daba don Magnífico, pared por medio de mi alcoba, no me dejaba sosegar un momento, haciéndome renegar de mi vecindad y del dia de fiesta, cuando de repente siento una agitacion universal en toda la casa, y entre carreras y gemidos

Ayuntamiento de Madrid

llegan á mí las voces de *fuego*, *fuego*. Salto precipitado de mi lecho, corro al peligro, y encuentro que era el fogon del señor Liga, que habiéndole abandonado sin precaucion por todo el dia, el marido ausente en la pesca, y la muger en los novillos, salia ahora con la ocurrencia de que se estaba quemando desde las seis de la tarde. La consternacion entonces se hizo general, toda la vecindad acudió á apagar el incendio, y aunque felizmente lo conseguimos muy pronto, tardamos aun el resto de la noche en recoger las reliquias de muchos efectos que algunos amigos oficiosos para librarles de todo peligro habian arrojado violentamente por el balcon.

Ayuntamiento de Madrid

La casa de Cervantes.

« Los sitios habitados en otro tiempo por los hombres ilustres escitan grandes y generoros recuerdos, y no sin razon se ha comparado la fama que les sigue á aquellas preciosas esencias que llenan el espacio y se evaporan dificilmente. »

Jouy.

El antiguo Madrid no ecsiste ya. Si por ventura lució bajo el nombre de *Mantua* en tiempo de los griegos, ningun vestigio, ningun testimonio sólido nos queda para probar tan remota antigüedad. ¿Pretendemos buscar el *Maioritum* ó la *Ursaria* de los romanos? ¿Dónde estan, pues, los templos, los circos, los caminos, los acueductos con que aquellos enriquecieran su recinto? Ni una sola piedra nos demuestra su ecsistencia en aquella época. Los godos, que arrancaron á los romanos el imperio de España, gobernándola por siglos hasta la invasion de los sarracenos, ¿qué monumentos de su poder dejaron á esta villa? ningunos: ni las historias de aquellos reinados la nombran aun.

¿Qué prueba tenemos de la prosperidad del *Magerit* de los mahometanos? Un estrecho recinto

Ayuntamiento de Madrid

contenido desde el sitio donde estuvo el alcázar al de Puerta de Moros, y en él muchas calles revueltas y costaneras; uno ó dos templos de mezquinas proporciones, y los nombres de algunos sitios; tales son los únicos restos de la villa avanzada de Toledo, de la conquista de Alfonso el VI. El soberbio alcázar de Madrid, que resistió á las tropas del emperador de Marruecos, y posteriormente jugó un papel de importancia en las civiles guerras de don Pedro y don Enrique, doña Isabel y doña Juana, las poderosas murallas, las torres y puertas que aun se conservaban en el reinado del emperador, todo fue desapareciendo con el tiempo, pudiéndose hoy apenas encontrar algun otro edificio cuya fecha sea anterior al establecimiento de la corte en Madrid por el señor don Felipe II. Empero aquella real determinacion, atrayendo á esta villa el poder y la riqueza de dos mundos, hizo nacer como por encanto una poblacion, cuya estension y suntuosidad oscureció casi del todo las glorias de la antigua, y hé aqui la razon por qué los recuerdos matritenses apenas penetran mas allá de aquella época.

La imaginacion se sorprende con el brillante espectáculo de la corte del poderoso Felipe II y de sus dos sucesores. Capital de la monarquía mas estendida del orbe, llave de la política europea, teatro de los mas importantes acontecimientos, centro de los hombres mas distinguidos, Madrid se identifica entonces con los recuerdos mas gloriosos, y

Ayuntamiento de Madrid

su historia es desde aquella época la historia de la monarquía. Eternos por lo tanto deberian ser los monumentos de tal grandeza; mas por desgracia el transcurso de los tiempos, los desastres de las guerras y el lujo y comodidad de los moradores de esta villa, han ido destruyendo continuamente aquellos históricos documentos, en términos que solo algun otro edificio público nos queda para idea de la corte de los siglos XVI y XVII.

Verdad es que la munificencia de los augustos soberanos de la casa de Borbon, dirigida por el buen gusto de la época presente, han hecho olvidar la falta de aquellas antigüedades con magníficas obras que prestan á la villa su actual suntuosidad. El palacio de Felipe IV pereció; pero en su lugar se eleva uno de los mas elegantes de Europa. El sitio del Buen-Retiro, obra del poderoso conde-duque, apenas conserva vestigios de su primera faz, si bien ostenta en el dia nuevos y singulares primores. Los templos fundados durante los reinados de la casa de Austria, destruidos por la mayor parte en la invasion francesa, aparecen hoy despojados de su carácter de antigüedad, y revestidos del gusto moderno. Los paseos, teatro de las galantes aventuras de aquella época, presentan hoy un aspecto y una importancia diferentes; el ingenioso Calderon desconoceria el florido *Parque de Palacio* en el inculto término que hoy conocemos con aquel nombre, al paso que sentiria admiracion al contemplar el magnífico paseo que ha sus-

Ayuntamiento de Madrid

tituido al desigual y escabroso *Prado de san Hierónimo*. Los palacios de los magnates, los edificios públicos, las magníficas puertas, y el aspecto, en fin, de novedad y elegancia que adornan á la corte de Cárlos III y Fernando VII, la harian desconocida á los mismos que en otro tiempo la pintaran, al inmortal Cervantes, al sublime Calderon, al fecundo Lope, al festivo Quevedo, y á tantos otros como en aquellos siglos formaron las delicias de Madrid, cautivando la admiracion de Europa.

Mas si nuestra ecsigencia y nuestro lujo pueden tal vez hallarse satisfechos con la moderna belleza de los objetos que nos rodean, no asi lo quedarian nuestro entendimiento y nuestra memoria si tal vez pretendieran saborear la magia de los recuerdos; despojados ora de los restos de la antigüedad, en vano intentariamos respirar el aura de la gloria en los sitios habitados por los hombres ilustres; en vano pretendiéramos identificarnos con ellos, uniendo su memoria á los objetos materiales que les rodearon en vida; la simple vista de aquellos monumentos nos sacaria al instante de nuestro error, ofreciéndonos solamente la mano del moderno artista donde buscábamos la sombra del antiguo genio.

No era un mero capricho el que habia determinado en mí estas reflecsiones, sino la escena que acababa de presenciar, y en la que habia yo sido uno de los interlocutores. Parado una de estas últimas mañanas en la calle del Leon viendo derri-

Ayuntamiento de Madrid

bar la casa número 20 de la manzana 228, que hace esquina y vuelve á la de Francos, habia largo rato que permanecia abismado en aquellas ó semejantes consideraciones, cuando llamó mi atencion viniendo á sacarme de mi éestasis el caballero Roberto Welford, jóven inglés de ilustre nacimiento, y uno de los poquísimos estrangeros que visitan nuestra España con solo el objeto de verla.—¿Qué hace usted ahí, me dijo, tan absorto y entretenido?—Veo derribar una casa.—Por cierto que es un filosófico espectáculo.—Acaso mas que lo que usted cree.—Conforme: si la casa es de usted, desde luego le doy la razon.—No, no es mia, ni un sentimiento material y mezquino es lo que me ocupa en este momento: mas sublime es la idea que me hacen nacer esas ruinas, y usted sin duda participará mi sensacion cuando le diga que en esa casa que desaparece ante nuestra vista vivió y murió pobremente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1). ¡La casa de Cervantes...! (un golpe eléctrico no hubiera hecho impresion tan repentina en

(1) Léanse en prueba de esta asercion las noticias prolijas de los señores Rios, Pellicer, Mayans, Navarrete y otros; solamente no fijan el cuarto que ocupó, aunque hay razones para creer que fuera el entresuelo, y acaso podrian añadir á ellas fundamento los siguientes versos con que concluye el viaje al Parnaso:

« Fuíme con esto, y lleno de despecho
busqué *mi antigua y lóbrega posada*
y arrojéme molido sobre el lecho,
que cansa, cuando es larga, una jornada. »

Ayuntamiento de Madrid

el semblante del inglés como la que produjo el solo nombre del autor inmortal). ¡Es posible! esclamó con resolucion; ¿y quién se atreve á profanar la morada del *escritor alegre*, *del regocijo de las musas*? — El interes, mister, el interes sin duda será el que justamente incline á su dueño á sacar mas partido de su propiedad, sin cuidarse de glorias que nada le producen. — ¿Y por qué no le producen? ¿Por qué los magnates, los cuerpos literarios, los particulares amantes de su pais, no se apresuraron á adquirir á toda costa el único resto de tan ilustre autor, para evitar cuidadosamente su aniquilamiento? — (Y esto diciendo, sacó su Album, y empezó á dibujar la fachada de la casa, accion sencilla, pero espresiva, que hizo correr mis lágrimas.)

Los ilustrados historiadores y anotadores de Cervantes (decíale yo mientras continuaba su dibujo) han averiguado con efecto, á no poderlo dudar, que habitando esta casa arrebató la muerte al hombre célebre cuya sangre, derramada en los combates, cuyo ánimo esforzado en las prisiones, y el sublime mérito, en fin, de sus obras en la paz y en el retiro, no pudieron despertar la atencion de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos pobre y necesitado, y muriendo oscura y miserablemente el dia 23 de abril de 1616. — ¡Cómo, esclamó vivamente el inglés, en el mismo dia que nuestro *Shakespeare*! Pero el poeta britano yace en el soberbio mausoleo de Westminster, al lado de

Ayuntamiento de Madrid

nuestros monarcas, mientras que el español... ¡qué contraste! — Su cuerpo fue depositado por disposicion suya en el convento de las monjas trinitarias; pero el injusto desden que le persiguió durante su vida privó á sus cenizas del homenage merecido, llegándose á ignorar el lugar de su sepultura, culpa imperdonable en sus ingratos contemporáneos.

Los mas eruditos españoles que vinieron despues, ocupados cuidadosamente en recoger los mas pequeños datos de la vida del autor del QUIJOTE, los sabios de todas las naciones, formando una sola voz para encomiar aquella obra inmortal, las prensas y buriles, continuamente ocupados en reproducir sus bellezas con todo el lujo artístico, no eran aun completo desagravio á la ultrajada memoria de Cervantes; estaba, pues, reservada esta gloria á nuestro monarca actual, consagrando á aquel el monumento mas noble y desconocido entre nosotros: sí, amigo mio, á la voz del soberano, y bajo la direccion de un ilustrado magnate, cuyo nombre se enlaza naturalmente con los estímulos dados á las letras y á las artes, ya el cincel del español Solá reproduce las facciones del *manco de Lepanto*, para que colocada su estátua en una de las plazas públicas de esta capital sirva de eterno tributo consagrado á la memoria del escritor que forma el orgullo de la nacion y las delicias del género humano. — Cuando el gobierno da el ejemplo (replicó el inglés), el público no

Ayuntamiento de Madrid

debia mostrarse indiferente, y una suscricion voluntaria debería no solo haber libertado esta casa de su ruina, sino haberla consagrado esclusivamente á la mansion de un cuerpo literario ú otro objeto adecuado á la memoria del ilustre escritor. — ¿Qué quiere usted? Esos testimonios prodigados al genio en otros paises, no escitan entre nosotros emulacion ni entusiasmo. Vea usted desde aqui, sin ir mas lejos, aquella casa baja señalada con el número 11 en la misma calle de Francos; pues esa fue propiedad del famoso LOPE DE VEGA, el cual colocó sobre su puerta esta filosófica inscripcion, que tampoco ecsiste hoy: *Parva propia magna, magna alliena parva.* En ella vivió y murió; y aunque por una escepcion estraña entre nosotros reunió durante su vida á una decente medianía la gloria que sus numerosas obras le produjeron (1), y mereció á su muerte el duelo general de

(1) Los que ecsageran las riquezas de Lope de Vega pueden leer los siguientes trozos de su testamento, que original he visto casualmente, y cuya copia conservo. Este testamento está otorgado en 26 de agosto de 1635, víspera de su muerte, ante don Francisco Morales, escribano del número de esta villa, y entre otras cosas dice lo siguiente: — «Declaro que antes de ser sacerdote y »religioso fui casado, segun orden de la Santa Madre »Iglesia, con doña Juana de Guardo, hija de Antonio de »Guardo y doña María de Collantes, su muger, difun»tos, vecinos que fueron de esta villa, y la dicha mi mu»ger trajo por dote suyo á mi poder 22.382 rs. de plata »doble, é yo la hice de arras 500 ducados, de que otor»gué escritura ante Juan de Pina, *y de ellos soy deudor*

Ayuntamiento de Madrid

todo un pueblo que acompañó sus restos hasta la bóveda de San Sebastian, muy luego fue olvidado en ella, y á pesar de los propósitos del duque de Sesa, su testamentario, de levantarle un mausoleo correspondiente, es lo cierto que no llegó á ve-

»*á doña Feliciana Felix del Carpio, mi hija única*, y »de la dicha mi muger, á quien mando se paguen y res»tituyan de lo mejor de mi hacienda con las ganancias »que le tocare. -- Declaro que la dicha doña Feliciana, »mi hija, está casada con Luis Usategui, vecino de esta »villa, y al tiempo que se trató el dicho casamiento le »ofrecí 5000 ducados de dote, comprendiéndose en »ellos lo que á dicha mi hija le toca de su abuelo ma»terno... *y respecto de haber estado yo alcanzado* no he »pagado ni satisfecho por cuenta de la dicha dote ma»ravedís ni otra cosa alguna, aunque he cobrado de la »herencia del dicho mi suegro algunas cantidades... mando »se les paguen los dichos 5000 ducados. -- Declaro que el »rey nuestro señor (Dios le guarde), usando de su »benignidad y largueza, ha muchos años que en remu»neracion del mucho afecto y voluntad con que le he »servido, me ofreció dar un oficio para la persona que »casase con la dicha mi hija, conforme á la calidad de »dicha persona, y porque con esta esperanza tuvo efecto »el dicho matrimonio, y el dicho Luis de Usategui, mi »yerno, es hombre principal y noble, y está muy alcan»zado; suplico á S. M. con toda humildad, y al Excmo. »Sr. Conde-duque, en atencion de lo referido, honre al »dicho mi yerno haciéndole merced, como lo fio de su »grandeza.» Este testamento concluye nombrando por heredera universal á doña Feliciana, su hija única, y á la Sagrada Religion de San Juan, por lo que la perteneciere, segun los estatutos, y por testamentarios nombró al Excmo. Sr. duque de Sesa, don Luis Fernandez de Córdoba, y á su yerno Luis de Usategui.

Ayuntamiento de Madrid

rificarse, y que sus cenizas fueron confundidas con las de la multitud.

Vuelva usted la vista á esa calle que tenemos en frente (que es la llamada del Niño); en ella y su número 4 vivió el ingeniosísimo *Quevedo*, aunque de resultas de las graves persecuciones que sufrió, murió pobremente en la Torre de Juan Abad, siendo enterrado en Villanueva de los Infantes, á pesar de haber ordenado que su cuerpo se tragese á Santo Domingo de Madrid. El mas privilegiado en este punto de nuestros antiguos escritores es *Calderon*, quien habiendo legado sus bienes á la piadosa congregacion de presbíteros naturales de esta corte, de que fue hermano mayor, mereció de esta un sencillo cenotafio en el sitio de su sepultura á los pies de la iglesia de San Salvador, que aun ecsiste con el retrato del poeta, pintado por su amigo don Juan de Alfaro. Este es el único monumento que recuerdo ecsistente hoy en Madrid elevado á las cenizas de un particular sabio, al paso que observará usted muchos prodigados á nombres solo conocidos por sus títulos y riquezas. *Mariana*, *Solís*, *Saavedra*, *Moreto*, *Tirso*, *Juan de Herrera*, *Velazquez* y tantos otros, cuyos sublimes genios formaron otro tiempo el encanto de la corte y de la nacion entera, yacen ignorados, sin que nadie se duela de ellos: los modernos *Jovellanos*, *Isla*, *Melendez*, *Moratin*, *Cienfuegos*, *Maiquez* y otros muchos, víctimas de su desgraciada suerte, fueron por lo general cubier-

Ayuntamiento de Madrid

tos con estraña tierra; y si bien la ilustracion del monarca ha levantado monumentos duraderos á la memoria de varios de ellos en la edicion magnífica de sus obras, la indiferencia del público es la misma, y en prueba de ella me contentaré con citar á usted un hecho solo.

Aun no hace tres años que la real junta de damas de de honor y mérito de la piadosa casa inclusa de esta corte determinó rifar la casa y huerta de Moratin, en la villa de Pastrana, de que aquel habia hecho generosa cesion á dicho establecimiento. Dejo á usted considerar el resultado de una rifa abierta en Londres á la casa de Shakespeare, ó en París á la de Moliere; pues bien, en Madrid fueron tan pocos los billetes despachados á la de Moratin, que volvió á quedar por el mismo establecimiento; bien es la verdad, que ni en los anuncios ni billetes se espresó haber pertenecido al Terencio español, pero esto mismo prueba la persuasion en que se estuvo de que semejante título no añadiria mayor estímulo á los jugadores.

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando un gran trozo de pared viniendo al suelo, y envolviéndonos en una nube de polvo, nos obligó á retirarnos de aquel sitio, si bien lentamente, y volviendo á cada paso los ojos á la casa de Cervantes.

NOTA.

La lectura de este artículo, publicado por el *Curioso Parlante* en la Revista Española el dia 23 de abril de 1832

Ayuntamiento de Madrid

(aniversario de la muerte de Cervantes), escitó de tal manera el celo patriótico del difunto comisario de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, que inmediatamente empezó á dar activos pasos, que produjeron á los diez dias la real orden que se copia á continuacion. El autor de esta obrita se lisonjea en recordar aqui la parte que pudo caberle en tan patriótica resolucion.

REAL ORDEN.

«Ministerio del fomento general del reino. - Cuando llegó á noticia del rey nuestro señor que se estaba demoliendo por hallarse ruinosa la casa número 20 de la calle de Francos de esta Corte, en que tuvo su modesta habitacion el célebre Miguel de Cervantes Saavedra, que tanto honor y lustre ha dado á su patria, se sirvió S. M. prevenirme que por medio de V. S. se hiciesen proposiciones al dueño de ella, para que adquiriéndola el gobierno se reedificase y destinase á algun establecimiento literario. Pero habiendo manifestado V. S. que aquel tenia repugnancia á enagenarla, y queriendo S. M. por una parte que sea respetada la propiedad particular, y por otra que quede á lo menos en dicha casa y á la vista del público un recuerdo permanente de haber sido la morada de aquel grande hombre; ha tenido por conveniente resolver que en la fachada de la referida casa, y en el parage que parezca mas á propósito, se coloque el busto de Miguel de Cervantes, de que está encargado don Esteban de Agreda, director de la real academia de San Fernando, con una lápida de mármol y la correspondiente inscripcion en letras de bronce. El comisario general de Cruzada, vice-protector de la misma academia, don Manuel Fernandez Varela, animado de su celo por el fomento de las artes, y por las glorias de su patria, se ha apresurado á proponer á S. M. que de los fondos que se hallan bajo su direccion, y de la parte de ellos que está destinada á ausiliar á los artistas, se haga el gasto necesario para llevar á efecto este pensamiento, lo que S. M. se ha dignado aprobar. Y de su real orden lo

Ayuntamiento de Madrid

»comunico á V. S. para que tenga su debido cumplimien-»to, poniéndose V. S. de acuerdo con el espresado comi-»sario general vice-protector de la academia, á quien lo tras-»lado en esta fecha, y con el dueño de la casa que ha dado »para ello su consentimiento. Dios guarde á V. S. muchos »años. Madrid 4 de mayo de 1833. = Señor corregidor de es-»ta villa. »

En consecuencia de esta real orden, y verificada la reedificacion de la casa, se colocó sobre la puerta principal de ella que da á la antigua calle de Francos un medallon de mármol de Carrara que representa la imágen de Cervantes en alto relieve sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripcion en letras de oro.

Aqui vivió y murió
Miguel de Cervantes Saavedra,
cuyo ingenio admira el mundo.
Falleció en MDCXVI.

La manifestacion al público de este monumento tuvo lugar el dia 13 de junio de 1834; y posteriormente en la reforma de los nombres de muchas calles de Madrid, verificada por su celoso corregidor actual el marqués viudo de Pontejos, se ha dado á la ya dicha de Francos el nombre de *calle de Cervantes.*

Ultimamente, y para colmo de los honores tributados á la memoria de aquel insigne español, se acaba de colocar en la plaza del Estamento de Procuradores la bella estátua en bronce de nueve pies de altura, ejecutada en Roma por el acreditado escultor español don Antonio Solá, que ha sabido representar fielmente las facciones y el continente marcial del heróico *manco de Lepanto.*

Ayuntamiento de Madrid

(aniversario de la muerte de Cervantes), escitó de tal manera el celo patriótico del difunto comisario de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, que inmediatamente empezó á dar activos pasos, que produjeron á los diez dias la real orden que se copia á continuacion. El autor de esta obrita se lisonjea en recordar aqui la parte que pudo caberle en tan patriótica resolucion.

REAL ORDEN.

«Ministerio del fomento general del reino. - Cuando llegó á noticia del rey nuestro señor que se estaba demoliendo por hallarse ruinosa la casa número 20 de la calle de Francos de esta Corte, en que tuvo su modesta habitacion el célebre Miguel de Cervantes Saavedra, que tanto honor y lustre ha dado á su patria, se sirvió S. M. prevenirme que por medio de V. S. se hiciesen proposiciones al dueño de ella, para que adquiriéndola el gobierno se reedificase y destinase á algun establecimiento literario. Pero habiendo manifestado V. S. que aquel tenia repugnancia á enagenarla, y queriendo S. M. por una parte que sea respetada la propiedad particular, y por otra que quede á lo menos en dicha casa y á la vista del público un recuerdo permanente de haber sido la morada de aquel grande hombre; ha tenido por conveniente resolver que en la fachada de la referida casa, y en el parage que parezca mas á propósito, se coloque el busto de Miguel de Cervantes, de que está encargado don Esteban de Agreda, director de la real academia de San Fernando, con una lápida de mármol y la correspondiente inscripcion en letras de bronce. El comisario general de Cruzada, vice-protector de la misma academia, don Manuel Fernandez Varela, animado de su celo por el fomento de las artes, y por las glorias de su patria, se ha apresurado á proponer á S. M. que de los fondos que se hallan bajo su direccion, y de la parte de ellos que está destinada á ausiliar á los artistas, se haga el gasto necesario para llevar á efecto este pensamiento, lo que S. M. se ha dignado aprobar. Y de su real orden lo

Ayuntamiento de Madrid

»comunico á V. S. para que tenga su debido cumplimien-»to, poniéndose V. S. de acuerdo con el espresado comi-»sario general vice-protector de la academia, á quien lo tras-»lado en esta fecha, y con el dueño de la casa que ha dado »para ello su consentimiento. Dios guarde á V. S. muchos »años. Madrid 4 de mayo de 1833. = Señor corregidor de es-»ta villa. »

En consecuencia de esta real orden, y verificada la reedificacion de la casa, se colocó sobre la puerta principal de ella que da á la antigua calle de Francos un medallon de mármol de Carrara que representa la imágen de Cervantes en alto relieve sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripcion en letras de oro.

Aqui vivió y murió
Miguel de Cervantes Saavedra,
cuyo ingenio admira el mundo.
Falleció en MDCXVI.

La manifestacion al público de este monumento tuvo lugar el dia 13 de junio de 1834; y posteriormente en la reforma de los nombres de muchas calles de Madrid, verificada por su celoso corregidor actual el marqués viudo de Pontejos, se ha dado á la ya dicha de Francos el nombre de *calle de Cervantes.*

Ultimamente, y para colmo de los honores tributados á la memoria de aquel insigne español, se acaba de colocar en la plaza del Estamento de Procuradores la bella estátua en bronce de nueve pies de altura, ejecutada en Roma por el acreditado escultor español don Antonio Solá, que ha sabido representar fielmente las facciones y el continente marcial del heróico *manco de Lepanto.*

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

ADVERTENCIA.

El artículo de la Casa de Cervantes *fue el último de la primera serie de cuadros en que el* Curioso Parlante *se propuso pintar las costumbres de Madrid. Dicha primera serie, que empezó á comunicar á las Cartas Españolas el 12 de enero de 1832, continuó hasta 23 de abril de 1833. Despues de dos años de silencio, volvió el mismo autor á emprender su tarea en el* Boletin del Diario de Avisos, *encargándose al mismo tiempo de la redaccion de los artículos de policía urbana, teatros, economía industrial, y todos los demas que constituyen dicho Boletin; pero en esta coleccion solo se insertan los de costumbres, que forman con los anteriores de la misma clase el* Panorama Matritense.

La escasez del espacio que le permite el Diario le obliga á contraer sus artículos á mas estrechos límites que desearia, y para obviar en parte á este inconveniente ha adoptado el medio de dividir algunos de ellos en dos cuadros. Igualmente no habrá de estrañarse el que por el carácter de redactor de aquel periódico siga algunas veces la costum-

Ayuntamiento de Madrid

bre periodística (que tiene esto de comun con la de los prelados eclesiásticos) de hablar en plural aunque sea uno el que habla.

Es la intencion del autor el continuar este Panorama hasta haber pasado en revista todos aquellos objetos que crea convenientes para formar una obra por donde puedan darse á conocer la generalidad de los usos y costumbres de esta capital, trabajo que vuelve á confesar superior á sus débiles fuerzas, y mas en una época de transicion en que las costumbres sociales toman cada dia matices tan diferentes; pero empresa á que le determinan la favorable acogida que hasta ahora ha tenido la fortuna de merecer. Se ve por lo dicho que los límites de esta obra apenas pueden fijarse; hay sin embargo dos casos de posible conclusion, á saber, ó que el público se fastidie de leerla, ó que el autor se canse de escribir.

Ayuntamiento de Madrid

El Diario de Madrid.

I.

Por real privilegio firmado en el sitio de Buen-Retiro por el rey don Fernando VI en 17 de enero de 1758 se concedió permiso á don Manuel Ruiz de Urive y Compañía para publicar en esta corte un *Diario curioso, erudito, comercial y económico.* Dicho Urive dió principio á su publicacion en 1.º de febrero del mismo año, dándole la forma de medio pliego español, y componiéndole de discursos eruditos, y una segunda parte dedicada á las noticias comerciales de ventas, alquileres &c., y hé aqui el principio del Diario de Madrid, de cuyas primeras y mezquinas bases se ha ido apartando tan lentamente, á pesar del transcurso del tiempo y de los adelantos de la perfeccion social.

Desde luego llamó mucho la atencion del público por la importancia y utilidad de su objeto, y el gobierno por su parte no dejó de sacar partido de su publicacion, haciendo insertar en él aquellas noticias y advertencias que juzgaba oportunas. Entre otras, y como muestra de la época, citaremos únicamente la disposicion del juez de imprentas,

Ayuntamiento de Madrid

que al mes de la publicacion, y con fecha de 9 de marzo del mismo año de 1758, dispuso que la primera página del Diario la ocupase la vida del santo del dia, y asi se empezó á verificar desde el siguiente 10 de marzo, con notable entretenimiento sin duda y edificacion de los lectores. Sin embargo, no debieron ser estos tan completos, cuando vemos que esta piadosa costumbre no se observó sino el resto de aquel año, dejando de poner dicho capítulo en 1.º de enero del siguiente de 1759.

Desde entonces empezó á insertar en su primera parte discursos eruditos y científicos sobre historia, artes, geografía, viajes, astronomía y otras ciencias, que si bien no decian nada nuevo, ni eran otra cosa que copias miserables de obras conocidas, no dejaban de tener un objeto laudable. Por este tiempo fue cuando apoderándose el editor de la Historia general de los viajes, tuvo la entretenida ocurrencia de ir copiando en un Diario de medio pliego algunos tomos de ella, lo cual no deja de ser una prueba mas de la candidez de aquella época bienaventurada. Sin embargo, sea que el público no correspondiese con su gratitud á aquel torrente de ilustracion, sea por cualquiera otra causa, es lo cierto que el Diario por entonces no llevó una marcha tan firme que no hubiera de sufrir sus intercadencias, y asi le vemos eclipsarse de vez en cuando, y dejar de salir, por ejemplo, todo el año de 1775, volviendo á aparecer en 1.º de enero de 1776, tornando á suspenderse en 1.º de julio

Ayuntamiento de Madrid

de dicho año y durante todo el de 1777, y cesando, en fin, de todo punto en 31 de diciembre de 1781.

Apagóse por fin aquella luminosa antorcha matritense, y puesto que seamos historiadores de ella, no nos atreveremos á asegurar si el público de la capital la olvidó pronto, ó si bien una vez conocida su utilidad se condolió de su desaparicion; pero hablando con la buena fé que nos caracteriza, como que nos inclinamos á creer esto último, y sin duda hubo de pensar asi el estrangero don Santiago Thewin, que considerando el partido que podia sacarse de esta publicacion, solicitó y obtuvo el permiso para continuarla, y en su consecuencia empezó á salir á luz el *Diario curioso, erudito y comercial*, en 1.º de julio de 1786. De esta época, pues, data la verdadera ecsistencia del Diario de Madrid, pues no solamente no ha vuelto ya á interrumpirse, sino que desde luego por su redaccion y por su forma empezó á tener mas analogía con el verdadero objeto de su publicacion.

Un observador que cotejase el primer Diario de Urive con el de Thewin por las materias contenidas en la primera parte, no dejaria de reconocer el progreso que los conocimientos y el gusto iban adquiriendo, asi como tambien el mayor movimiento mercantil é industrial de la capital, por el número de anuncios que ya contenia. Bajo todos conceptos, pues, no se puede negar á don Santiago Thewin la gloria de verdadero fundador de esta empresa, y no queremos desaprovechar la oca-

Ayuntamiento de Madrid

sion de hacer observar al público una coincidencia singular que un poeta romántico no hubiera dudado atribuir á *la fuerza del sino*. Consiste, pues, en que habiéndose hecho la verdadera fundacion de este Diario por dicho Thewin, puso su imprenta y redaccion en 1786 en la Puerta del Sol, número 7, frente al Buen Suceso, y vemos que despues de medio siglo por una combinacion casual de circunstancias ha vuelto á situarse en la misma *Puerta del Sol*, *número* 7, si bien no en la misma casa, y sí tres ó cuatro puertas mas arriba; pero la nueva numeracion de Madrid ha venido á suplir esta circunstancia, dando el número 7 al actual despacho de este periódico.

Desde dicha época siguió tranquilo el Diario de Madrid en la posesion de entretener al público con anécdotas mas ó menos curiosas, secretos raros de artes y oficios, documentos históricos y observaciones sobre todas las cosas observables. El famoso *don Santiago Salanova*, que le dirigió por algun tiempo, amenizaba los mas de los números con acrósticos y ovillejos que debian ser un pasmo en aquella época: *Guerrero* y *Cacea*, dos famosos ingenios de entonces, cuyos nombres ha denunciado á la posteridad el gran Moratin (1), terciaban

(1) El diablo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
A don Alvaro Guerrero
Y don Antonio Cacea.
Moratin. Romance.

Ayuntamiento de Madrid

en tan agradable tarea, ya ofreciendo al público tiernas endechas y lastimosas elegías "á la muerte del perro de Filis," ya retozando en burlescas letrillas de estrambote y pie quebrado sobre las faltas de las mugeres ó las sobras de los maridos; y finalmente, el inagotable *don Lucas Aleman*, el Nestor de los poetas españoles, cerraba la funcion con sus relaciones y curiosos romances, que han sabido escitar la sonrisa de tres generaciones. ¡Felices tiempos en que tan facil era entretener á un público tranquilo, y de cuyas mas fuertes sensaciones eran dueños Romero y Costillares, la Rita y García Parra! Entonces faltaban á los periodistas los asuntos de que ocuparse, y debia ser tal esta carencia, que vemos en un Diario de 1790 el ofrecimiento que hacía la redaccion de la cantidad de diez reales á todo el que le comunicase un artículo ó discurso sobre asuntos eruditos ó curiosos, lo cual no deja de deponer en favor de la fecundidad de los redactores ya citados.

Mas en fin, con un grado de interes mayor ó menor, arribó tranquilamente nuestro Diario al famoso siglo XIX, y aun consiguió alcanzar sin interrupcion hasta 10 de mayo de 1808, en que á consecuencia de los notorios sucesos del 2 del mismo mes fue envuelto en el trastorno general, y se empezó á publicar con carácter oficial por el gobierno francés en un pliego comun y conteniendo noticias políticas. En estos términos siguió hasta 17 de junio del mismo año, en que se suprimió

Ayuntamiento de Madrid

por aquel gobierno, sustituyéndole por la Gaceta diaria: en 8 de agosto del mismo año, libre ya la capital de franceses, volvió á publicarse el Diario en la antigua forma de medio pliego, si bien conteniendo las noticias políticas que por entonces absorbian la atencion, y habiendo perdido su carácter primitivo; mas aunque despues volvieron los franceses á ocupar la capital, no recibió el Diario nueva alteracion, antes bien siguió tranquilamente durante la época de su dominacion, y pudo en 1814 recibir en sus páginas las apasionadas coplas del romántico *don Diego Rabadan*, las de la musa *sombrerera* de *Abrial*, y otras de varios ingenios de esta corte, de cuyos nombres no queremos acordarnos. Pasó aquella época, vino la de Constitucion, y nuestro Diario siguió tranquilo en medio de los vaivenes políticos, que le respetaron constantemente.

Sea por prudencia, sea por falta de direccion, fue escaseando los razonamientos y aun las coplas, y limitándose mas bien á la insercion de avisos oficiales y particulares, que daban ya suficiente alimento para llenar el medio pliego, hasta que en la Gaceta de 29 de marzo de 1825 apareció el prospecto del *Diario de Avisos de Madrid*, y se notició al público que S. M. habia concedido el privilegio de su publicacion por diez años á don Pedro Jimenez de Haro, mediante una retribucion anual para los establecimientos de beneficencia. En dicho prospecto se anunciaba al público

Ayuntamiento de Madrid

que el Diario en adelante no contendria ninguna especie de artículos razonados, sino simplemente los avisos del gobierno y los anuncios de los particulares, y ha sido tan fiel á este propósito, que desafiamos al mas lince á que en dicha serie de los diez años nos encuentre, no digamos un solo artículo razonado, pero ni una línea, una palabra sola que indicase que hubiera redaccion, si bien el desarreglo notorio de los anuncios particulares da á conocer en cada una de sus líneas que no ecsistia aquella. De aqui nacian aquellos chistosos despropósitos que hacian reir diariamente al público ilustrado de esta capital: en unas ocasiones se vendian "*sombreros para niños de paja;* en otras *medias para clérigos de lana; hábitos y cajas para difuntos completos y de medio herrage; zapatos para hombres rusos hechos en Madrid; cama de matrimonio con su cópula correspondiente,*" y otras á este tenor, de que cada uno de los lectores tiene en su memoria suficiente acopio sin necesidad de mas citas de nuestra parte. Cumplióse, en fin, aquella década, y en 1.º de abril del presente año de gracia de 1835, á virtud del nuevo permiso concedido á don Tomás Jordan, salió á relucir nuestro *Diario*, doblando de un golpe sus dimensiones; y puesto que el hablar en causa propia no sea siempre lo mas acertado, habrásenos, sin embargo, de permitir el que despues de trazar la historia de esta publicacion entretengamos otro dia la paciencia de nuestros lectores sobre el

Ayuntamiento de Madrid

objeto y utilidad de ella y las mejoras de que á nuestro corto entender ha recibido.

II.

Hemos hecho en nuestro anterior artículo una historia fiel del orígen y progresos de este periódico: réstanos, pues, en el presente discurrir sobrer su estado actual, y las utilidades que promete al vecindario de esta capital. Ellas son tales que le hacen indispensable á toda persona regular residente en Madrid; y si bien limitado al recinto de sus muros, viene á ser dentro de ellos la *orden del dia* para el movimiento económico de la poblacion. ¿Quién es, con efecto, el que no acude á este depósito central á adquirir las noticias respectivas que su curiosidad ó su interes le hacen desear? La vieja devota, el hombre timorato buscan el santo del dia ó las funciones religiosas; los que desean saber á punto fijo el grado de calor ó de frio que han sentido el dia anterior, no quedan persuadidos de él hasta que lo ven confirmado en el Diario; el militar busca la orden de la plaza, y el paisano las de las autoridades civiles; el tendero ó la viuda rica ecsaminan los anuncios de casas, ya *en pública subasta*, ya *á voluntad de sus dueños*, todo con el objeto de encontrar una en que poder colocar su arrinconado monetario que

Ayuntamiento de Madrid

el corto movimiento de nuestra industria les impide emplear mas útilmente; los acreedores se consuelan con ver el señalamiento para las juntas de concurso en que tendrán la facultad de poder nombrar un síndico que parta con el escribano el resto del caudal del deudor; los aficionados á la lotería tienen la satisfaccion de saber que tal ó cual premio ha caido en Madrid, y aun el nombre de una patriota conecsionada con las víctimas del 2 de mayo; los que tuvieren alhajas que empeñar saben que hay monte de piedad; el público todo conoce á cómo pagan el trigo los tahoneros, y los que fiaron en el crédito del Estado para comprar una renta que les produjese un 5 por 100 al año, tienen la satisfaccion de saber que en el mismo espacio de tiempo han perdido un 15 en el capital.

Esto en cuanto á la primera parte de *anuncios oficiales*, que si de ahí nos deslizamos en la segunda, que comprende los *particulares* de comercio é industria, ¿quién es el ser tan completamente independiente que no tenga que ver con algunas de estas líneas? Si consideramos al hombre en general, debemos suponer que este hombre ha sido niño y ha necesitado vacunacion, á menos que haya transigido con las viruelas; ha necesitado nodriza (siempre que su madre no haya pertenecido á la plebe); ha sido mancebo, y se ha visto obligado á tener bigotes ó patillas, ó bien le ha sido preciso quitarse uno y otro, segun la aplicion que haya dado al género romántico ó al clá-

Ayuntamiento de Madrid

sico, y en cualquiera de los dos casos ha tenido que acudir á los *cosméticos* para hacerlas crecer, ó á las navajas para rasurarlas; ha sido dama y ha necesitado ser hermosa, y si la naturaleza ingrata la ha negado una fina tez ó un agradable color, se ha visto obligada á adoptar *el agua de madama Má*, ó la *balsámica de la Meca que usan las damas de Borneo;* ha sido libertino y siente los dolores osteocopos ó sifilíticos: en este caso nadie mejor que los empíricos pueden sacarle del apuro con bálsamos y redomitas; ha sido gastrónomo, y es probable que le hayan gustado los jamones de Caldelas, ó las truchas del Barco de Avila; ha sido viejo, y ha tenido pelo, ha tenido dientes, y ahora tiene callos, tiene gota, tiene... los ungüentos, los calefactores, los bragueros vienen á su socorro; por último, se ha muerto, no tiene que pasar cuidado, que no ha de faltarle caja y mortaja á precios cómodos y á gusto del consumidor.

Todas estas y otras mas ventajas ofrece la lectura del Diario al hombre considerado en su estado natural; mas si le concretamos al social en que vivimos, este hombre por fuerza se ha visto precisado á vestirse segun su clase, y ha debido acudir á los almacenes cuyos curiosos inventarios publica diariamente este periódico; si ha obtenido un empleo puede encontrar á poca costa el uniforme, tal vez de su antecesor, y con él comprar la ciencia infusa que los bordados llevan consigo; si ha de tomar casa ó poner tienda, se le presentan al-

Ayuntamiento de Madrid

quileres y traspasos de enseres y reputacion; si es aficionado á la literatura, verá por los copiosos anuncios el estado floreciente de la nuestra; si necesita criados que le sirvan, podrá escogerlos en la dilatada escala que media desde los sugetos decentes que se ofrecen á administrarle las fincas ó llevarle sus libros, hasta el mozo de mulas que se compromete á cuidárselas, si las tiene; si necesita dinero, encontrará quien se lo preste, siempre que medie el correspondiente interes y una hipoteca bastante á juicio de usurero; mas si por el contrario le sobrase y no supiera en qué emplearlo, podrá escoger cualquiera de las ocasiones que se presentan todos los dias de casas que se reedifican, hipotecándose el piso principal para la construccion del segundo.

Sobre la tercera parte del *Diario*, de cuya oportunidad nos felicitamos, se ha hablado bastante, y hasta el nombre de *Agenda* que la impusimos dió lugar á los chistes de algun periódico. Unos se irritaron porque estaba en *latin*, para otros estuvo en *griego*, y hubo quien sostenia que era una palabra demasiado *francesa*. Nosotros confesamos nuestro pecado, pero tratándose de indicar movimiento *ó cosas que han de hacerse*, encontramos algo pobre en este punto nuestro diccionario, sin duda porque acaso sea la moda del pais el no hacer nada, y hé aqui la razon por qué acudimos á nuestra madre la lengua de los romanos, entre quienes no debia ser esta palabra vacía de senti-

Ayuntamiento de Madrid

do. Esto en cuanto á la cuestion del nombre; por lo que hace á la esencia de aquel artículo diario, nos hizo concebirle el convencimiento de que en nuestra España todo el mundo es pretendiente ó litigante, pues el que quiera moverse en cualquier sentido, ha de acudir á solicitar permiso para ello; el propietario que paga sus contribuciones constantemente tiene que dar sendos pasos para obtener las cartas de pago; el que presta su dinero ha de sostener un pleito para cobrarle; y el que adquiere cualquier derecho le ha de costar *derechos* el conocerle. Esto prescindiendo de las demas noticias curiosas que ofrece dicha *Agenda* sobre correos y diligencias, museos y espectáculos. Este artículo faltaba sin duda á nuestro Diario para hacerle general á toda la poblacion, y puede asegurarse que en las dos primeras capitales de Europa no ecsiste ni puede ecsistir esta comodidad de un depósito central de noticias locales, lo cual es natural atendida la inmensa poblacion de aquellas ciudades que da suficiente alimento de anuncios á considerable número de periódicos; pero esto sin embargo no es tan cómodo para el público como poder encontrarlos reunidos en uno solo.

Réstanos hablar del *Boletin*, y aqui es donde real y verdaderamente tratamos de causa propia, como que es la parte razonada y peculiar de la redaccion. El alabar nuestro desempeño de ella, si bien no sería moda nueva en los miserables tiempos que alcanzamos, no estaria de modo alguno de

Ayuntamiento de Madrid

acuerdo con nuestro carácter, y por otro lado de nada serviria para alterar el juicio que el público pueda haber formado. Unicamente diremos que este Boletin, tal como le hemos concebido, limitado á tratar los intereses peculiares del pueblo de Madrid, viene á ser un intérprete de sus necesidades para escitar á la autoridad á su remedio, asi como esta puede servirse de él para preparar la opinion pública sobre disposiciones de mejoras adoptadas ó en proyecto. A propósito de esto, y sin que sea visto tomar esta por una *profesion de fé*, aprovechamos la ocasion para protestar que por carácter, por sistema, y por las ventajas que nos proporciona nuestra situacion particular, tenemos la fortuna de no estar sujetos á influencias estrañas; escribimos por gusto, pero sin la pretension de literatos ni la de acertar en nuestros juicios: los emitimos únicamente con el deseo del acierto por la parte de interes que nos cabe como vecinos de este pueblo, y con la misma franqueza hemos alabado y alabaremos las disposiciones que creamos conducentes al objeto, como combatiremos las que á nuestro juicio no sean oportunas. Finalmente, responderemos de paso á los pretendidos críticos que rian acaso de la importancia que damos á este periódico, diciéndoles que para nosotros el mas importante es el que tiene mayor número de lectores, y mas que estos sean tenderos de comestibles ó maestros de obra prima; que por esta sola razon de mayor popularidad preferimos ocuparnos en este Diario mas bien

Ayuntamiento de Madrid

que en los políticos, sin negarles por eso nuestra estimacion y respeto; y por último, estamos persuadidos de que si bien es un servicio patriótico el difundir las ideas políticas y literarias entre las clases preferentes de la sociedad, no es menos importante el conducir el discurso de la multitud hácia sus intereses materiales y locales; y en comprobacion de esta verdad podriamos citar nombres eminentes en otros paises ocupados en redactar periódicos populares que se venden á *penique* y á *dos sueldos* (unos cuatro cuartos), cartillas y manuales económicos y científicos, y otras publicaciones á este tenor, lo cual (sea dicho entre paréntesis) no ofrece menor dificultad que llenar enormes columnas con metafísicas discusiones de teología política, que suele ser griego para la mayor parte del auditorio.

Concluiremos, en fin, la reseña del actual Diario de Madrid advirtiendo que sobre todas sus ventajas ofrece la mayor en la baratura del precio. En efecto, todas aquellas se pueden obtener con poco mas de dos cuartos diarios. ¿Y quién es, repetimos, el que no saca de la lectura del Diario mayor utilidad? ¿Quién el que no pone á usura aquella módica suma? El conocimiento de un bando que liberta de una multa, el de un género mas barato, el ahorro de un paseo inútil para acudir á una audiencia, y demas circunstancias que dejamos enumeradas, ¿no valen dos cuartos al dia? Y si se calculan numéricamente todos estos conocimientos,

Ayuntamiento de Madrid

¿no habrán de tasarse mas que en ocho reales al mes? Hemos respetado y conservado este precio por su antigüedad de casi un siglo, y por la estremada comodidad que ofrece, y si bien nos hubiera sido grato el dar al Diario matritense aquella latitud, perfeccion y buen gusto conforme con nuestras ideas, y que vemos realizado en pueblos mas prósperos, no hemos querido desentendernos del estado infeliz del nuestro, y hemos adoptado y seguiremos adoptando todas aquellas mejoras compatibles con tan limitado precio y la escasez de nuestros recursos artísticos.

Despues de todo lo dicho solo nos permitiremos una observacion que prueba el adelanto de los tiempos, á saber: que este periódico, que tan limitado principio tuvo, y aun en sus mezquinas bases no podia sostenerse, no solo se basta en el dia á sí mismo, aun despues de sus notables mejoras, sino que puede rendir y rinde efectivamente al Estado, y con aplicacion á los establecimientos de beneficencia, la crecida suma anual de ciento veinte mil reales.

Ayuntamiento de Madrid

Una procesion del Corpus.

I.

1623.

Era el dia 15 de junio del año de 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad habia sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flandes, por los años de 1240, á consecuencia de la revelacion de unas virtuosas mugeres que la confesaron á Roberto su obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleon, despues Urbano IV, espidió bula en 1272 para su celebracion. Desde entonces se verificó ésta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíase siempre en ella por su ostentacion la corte de los reyes católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico, haciendo alarde de su religiosidad y grandeza.

Quisiéramos presentar á nuestros lectores un ligero dibujo de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarles en imaginacion á aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

La Caballeria llega despejando la carrera.

(La Procesion del Corpus)

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

aqui algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre este y otros usos de pasadas épocas.

Fijamos particularmente para ello nuestra atencion en el dicho dia 15 de junio de 1623, en que la corte de Felipe IV, ostentosa y y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne funcion del Señor. Concurria para ello una circunstancia muy notable. Cárlos Stuard, príncipe de Gales, hijo primogénito y heredero del rey de la Gran Bretaña (despues Cárlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), habia llegado á Madrid el 7 de marzo de aquel año con el intento de entablar su casamiento, que no llegó á tener efecto, con la infanta doña María de España. El rey, los príncipes, el poderoso valido Conde-duque de Olivares, y toda la corte, en fin, se esmeraban á porfia en obsequiar y halagar á tan distinguido huésped con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heróica villa que dispone el modo y forma de arreglarse la procesion en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M. si asiste á la procesion, ó por el presidente del consejo en caso contrario, se reunan todos en dicha iglesia, y los consejos divi-

Ayuntamiento de Madrid

didos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con canceles: asi, hácia la pila del bautismo estaba el consejo de Cruzada: á los pies de la iglesia, Madrid: en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias: en la capilla antigua, frente á la puerta de las gradas, el consejo real de Castilla: en la del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisicion: en la de Santa Ana, el de Hacienda: en el cuerpo de la iglesia á mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y á la izquierda los grandes. El sitial del rey y príncipe, junto á la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio: al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se le sirve al rey y al príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes é iguales, una acheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de á libra y otra de á media; y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias las entregan al capellan de honor que está de asistencia, y éste al sumiller de cortina, primero para el rey, y despues al príncipe. Despues que se empieza la misa se da principio á ordenar la procesion por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose las cuatro varas y ocho borlones de él por antigüedad.

Ayuntamiento de Madrid

Aquel año se verificó asi, y el príncipe de Gales desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó, que fue en el entresuelo de la torre primera del alcázar, la vió pasar, permaneciendo en pie durante toda ella, asi como el marqués de Boukingham y demas caballeros de su corte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo se arrodillaron todos.

El orden que llevaba la procesion era el siguiente. Abrian la marcha los atabales y clarines— seguian los niños desamparados y los de la doctrina — luego los pendones y las cruces de las parroquias — los hermanos del hospital general — los de Anton Martin y las comunidades religiosas por este orden — mercenarios descalzos — capuchinos — trinitarios descalzos — agustinos descalzos — carmelitas descalzos — clérigos menores — padres de la compañía de Jesus — mínimos de la Victoria— gerónimos — mercenarios calzados — trinitarios — carmelitas — agustinos — franciscos — dominicos — basilios — premostratenses — bernardos — y benitos — la cruz de Santa María de la Almudena — la del hospital general de corte — la clerecía en medio de las órdenes militares Alcántara, Calatrava y Santiago con mantos capitulares. — Al lado derecho el consejo de Indias — el de Aragon — el de Portugal— el supremo de Castilla.— Al izquierdo el de Hacienda — el de Ordenes — el de la Inquisicion — el de Italia — el cabildo de la clerecía — veinte y cuatro sacerdotes revestidos con in-

Ayuntamiento de Madrid

censarios — la capilla real con su guion — tres caperos, el de en medio llevaba el báculo — el arzobispo de Santiago de pontifical — los pages del rey con hachas — las andas del Santísimo (1) — la villa con el palio — el rey — el príncipe al lado izquierdo — un poco detras el cardenal Zapata al derecho — el cardenal Espínola al otro lado — el nuncio en medio de los dos — el obispo de Pamplona detras. — El inquisidor general — el embajador de Polonia — el patriarca de las Indias — el embajador de Francia — el de Venecia — el de Inglaterra — el de Alemania — el Conde-duque de

(1) «Una de las mejores alhajas que hay en Madrid es la custodia que se guarda en la casa del ayuntamiento, y solo sirve el dia del Corpus para la procesion que sale de Santa María. Consiste en un primer cuerpo de ocho columnas pareadas en los ángulos sobre pedestales, y son de orden corintio con labores en los tercios inferiores y en los superiores, los cuales se reducen á festones, niños, figuritas y otras cosas ejecutadas con suma diligencia. Forma un arco por cada lado, y tienen en su vuelta y en las enjutas semejantes adornos. Sobre el cornisamento hay en el medio de cada fachada uno de los cuatro doctores, á los lados un jarroncito, y en el espacio intermedio un angel sentado. La bóveda que forma este primer cuerpo hace un artesonado con florones de esquisito gusto. El segundo cuerpo es un templecito redondo, en medio del cual se representa la Ascension; tiene ocho columnas de dos en dos, y sobre el cornisamento hay cuatro niños. Remata en un globo formado de los círculos celestes, sobre el cual hay puesta una cruz. Las columnas tienen labores á manera de las de abajo. Dentro de esta custodia grande hay otra mas pequeña, que tambien consta de primero y segundo cuerpo, y de ocho columnas cada uno. Las del primero son pareadas y de orden compuesto. En los tableros del basamento se representan de bajo relieve la ce-

Ayuntamiento de Madrid

Olivares — los grandes cerca de la persona del rey — los títulos y señores á tropas en medio de la procesion — las dos guardias española y tudesca á los lados de la procesion — y detras toda la de arcberos.

Era costumbre en aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este dia empezase la representacion pública de los Autos sacramentales, que seguia durante toda la octava del Corpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de come-

na del Señor, el lavatorio, la oracion del huerto y el prendimiento, y á mas de esto los apóstoles en los pedestales, asi como en los de la custodia grande estan espresados los profetas, las armas reales y las de la villa. En los cuatro ángulos de la custodia interior hay en cada uno un pedestal con un angel de rodillas mirando al lado donde se coloca el viril, y tienen targetas en que está escrito: *caro mea verè est cibus, et sanguis mea verè est potus.* El segundo cuerpo es un templecito redondo con columnas salomónicas, y dentro se representa el Señor resucitado. Tienen otros ornatos las referidas custodias, y todos estan hechos con mucho gusto é inteligencia, como tambien la hay en el viril, en cuyo pie se figuran historias sagradas y varios ángeles al rededor del cerco con porcion de diamantes donde se coloca la hostia. Asi el viril como las custodias son de plata, con la diferencia de que aquel es dorado. Se ve la firma de quien hizo la obra, y es: *Francisco Alvarez, platero de la reina: año de* 1560; sugeto no menos digno de perpetuar su memoria que lo fueron Becerril, los Arfes y otros que hicieron custodias con escelencia. »

Esta preciosa alhaja se conserva en el dia segun la describe el erudito don Antonio Ponz.

Ayuntamiento de Madrid

diantes: principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del rey el mismo dia del Corpus á las cuatro de la tarde, y acabado aquel empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero á la plaza de la Villa á representarle al consejo de Castilla, y despues la misma noche al de Aragon: seguia el segundo auto en la forma referida, y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al consejo de Inquisicion, y por la tarde á Madrid, desde donde por el orden que queda espresado del dia antecedente, se seguian representando á los consejos de Italia, Flandes, Ordenes, y el sábado á los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los dias de la octava, dando principio luego en los corrales el viernes siguiente á ella. Asi pasó hasta el año de 1676, en que por escusarse algunos consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas é inconvenientes, y habiéndose consultado á S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Despues, por lo molesto que era para los reyes la representacion de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el jueves y otro el viernes, y este dia se hiciesen los dos al consejo, dando principio la compañía que el dia antecedente representó en Palacio, y el mismo dia al consejo de Aragon, y que si el consejo de Inquisicion quisiese autos se los representasen por la mañana,

Ayuntamiento de Madrid

y por la tarde á la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que por escusar gastos se hacían estos festejos á SS. MM., al consejo y Madrid, en los dias jueves, viernes y sábado. Por último, en 1705 S. M. don Felipe V se sirvió aplicar á las urgencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron á verificarse mas que en los corrales. Es bien sabido que en la composicion de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta corte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderon de la Barca solo escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento á la villa de Madrid, que se los habia pagado, y á fin de que se conservasen en su archivo; pero fueron estraidos y sustituidos por copias, y en 1716 se imprimieron por don Pedro Prado y Mier, pagando á la villa 16,500 reales por su propiedad.

II.

1835.

Despues del transcurso de los tiempos se conserva en el dia como la mas solemne entre nosotros la festividad del Corpus, y la procesion con que la villa de Madrid la celebra sigue el mismo orden de magestad y decoro que en el siglo XVII en que la hemos descrito, si bien con menos acompañamiento de comunidades y personages, habiéndosela

Ayuntamiento de Madrid

purgado tambien de los ridículos emblemas que bajo los nombres de *la tarasca*, *los gigantones* y otros, se conservan aun en algunos pueblos de España, y hasta antes de la guerra de los franceses se usaban en el mismo Madrid (1).

Queda ya dicho que el orden de la procesion es en el dia el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personages asistentes, no en la calidad de ellos, que es siempre la mas elevada, empezando por el mismo monarca cuando se halla en la corte, los grandes, los supremos consejos y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento &c., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

(1) *La tarasca* era una figura de sierpe que iba delante de la procesion, y representaba místicamente el vencimiento glorioso de nuestro Señor Jesucristo sobre el demonio. Es voz tomada del verbo griego *theracca*, que significa amedrentar, porque espantaba y amedrentaba á los muchachos. En *Tarascon*, villa de Francia, en la Provenza, sobre la orilla izquierda del Ródano, ecsiste una tradicion que dice que habiendo llegado Santa Marta á aquellas riberas, logró vencer y encadenar á un monstruo carnívoro llamado *la tarasca*, que afligia y desolaba aquel pais. La villa agradecida eligió á la santa por su patrona, y conservó la memoria de aquel beneficio en un cuadro que hemos tenido ocasion de ver en su iglesia. Ademas en la procesion que se hace anualmente con gran solemnidad se pasea por las calles una imágen colosal del monstruo vencido y arrastrado por una muchacha. Finalmente, en el archivo de Madrid leemos en un antiguo libro de cuentas una partida que dice: « *Por gastos en la tarasca para la procesion del Corpus*, 1400 *reales.* »

Ayuntamiento de Madrid

Pero en lo que sin duda alguna debe esceder el Madrid actual al antiguo en semejante dia, es en el suntuoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesion, el bullicio y animacion del numeroso pueblo, la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonía, en fin, de un conjunto tan vario y caprichoso.

Dificilmente una persona que no haya estado en esta corte podrá formarse una idea ni aproc-simada de todo ello. Si es estrangero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbre del sol que nos ilumina, la diafanidad de nuestra atmósfera, ¿cómo podrá imaginarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blancos que cubren toda la carrera; un piso blando que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, é interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas; un pueblo inmenso, bullicioso, espresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas, bellas, y tiradas á cordel que dejan contemplar una larga serie de casas, adornadas esquisita ó caprichosamente con vistosas colgaduras, y tan henchidos de gente los balcones que parecen imprimir movimiento á los edificios: tal es el bellísimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, Plaza Real y Puerta del Sol.

Ayuntamiento de Madrid

Los detalles son aun mas interesantes. No bien apunta la aurora, que á la verdad es bien pronto en un hermoso dia de junio, empiezan á circular las bombas que riegan la carrera; apodéranse en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume: los vecinos, madrugadores aquel dia, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que, como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y mancebos, que si ceden á la posterior concurrencia en elegancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresion ascendente, y mientras la tropa va formándose, llegan ostentando sus respectivos atavíos y personas la desenvuelta manola del Barquillo con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapies, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos: síguela en pos el honrado artesano, vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de calle Mayor, y guantes amarillos: el mancebo de comercio con su corbatin de á cuarta, sus cadenas de similor y su camisa plegada: la alegre modista con una espresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino: el mercader de calle de Postas envuelto en su casacon Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de ore-

Ayuntamiento de Madrid

ja: el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo á la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenil de 15 á 16 (cosecha de 1835), que sale por primera vez al gran mundo, y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes: mas allá vienen los almibarados y flecsibles mozalbetes con sus ajustadas levitas, sombrerito á los ojos, perilla romántica: ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdeñosas elegantes que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recortados por las mas hábiles manos de la calle de la Montera, ó muestran su mal disimulado enojo porque madama tal dejó de llevarlas á tiempo el trage *punzó* ó el sombrerito *hortensia*. Guarda descuidadamente aquel género volátil la formidable marquesa, que cree hacer olvidar su fé de bautismo entre el fino encaje, las hiperbólicas guarniciones, los ingeniosos artificios de cintas y gasas; y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel dia relucientes charreteras: uno de ellos se apresura á darla el brazo; otro á ponerla la sombrilla; cuál á hacerla observar lo mas notable de la carrera; cuál, en fin, á apartar la gente para dejarla paso; pero una dulce mirada de alguna de las niñas que van delante recompensa tanto afan á aquellos mártires, hasta que llegando al balcon deseado, pue-

Ayuntamiento de Madrid

den dejar descansar al siglo XVIII, y trasladar su atencion al de la juventud y de la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto la concurrencia se agita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad: suena, en fin, el redoble del tambor, óyense las voces de atencion y de mando, la procesion se acerca, es preciso acomodarse entre filas, y dejar el centro despejado: ¡qué momento de confusion y de agradable desorden! ¡qué combinaciones tan inesperadas y estravagantes! la jóven inocente que gira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales que se apresuran á hacerla sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdidamente sobre la izquierda, la echan menos, la buscan, la ven en frente, quieren reunirse á ella, pero en vano; los batidores de la procesion se interponen é impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer á la niña gestos espresivos, y jurar no volver á sacarla al público hasta el Corpus del año siguiente. Aqui es una muger que chilla porque la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea á una espantable vieja que se ha sabido colocar en *correcta formacion:* ¡qué movimiento en los balcones! ¡qué estrechar las distancias! ¡qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡qué abrir de quitasoles! ¡qué mover de abanicos! ¡qué enarbolar de anteojos!

Ayuntamiento de Madrid

La caballería llega, en fin, despejando la carrera, y entre el son de las campanillas y de los cánticos empieza la larga fila de niños espósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personages de la corte, hasta que llega el Santísimo: las músicas militares y religiosas se mezclan á este punto en sonora armonía: la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que queman los sacerdotes: la tropa rinde las armas é hinca la rodilla á la presencia del Omnipotente: los espectadores todos siguen el ejemplo; y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusion han desaparecido, y un pueblo entero silencioso y postrado rinde á la Divinidad el homenage de su adoracion.

No bien ha pasado la guardia de la procesion, los balcones quedan despoblados; la gente del pueblo abandona la fiesta para retirarse á sus casas; pero la concurrencia elegante prolonga aun el paseo durante una hora, en que con mas desahogo puede lucir las gracias de su persona ó la riqueza de su vestido: los funcionarios que asistieron á la procesion en gran uniforme recobran sus esposas y las pasean con cortés condescendencia: los jóvenes agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas ven desfilar las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas; y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que

Ayuntamiento de Madrid

cesa del todo. Una hora despues los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando mas tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas calles para dirigirse al Prado, ya no encuentra en ellas la mas mínima señal de la festividad de la mañana.

Ayuntamiento de Madrid

Las calles.

I.

Nada hay mas natural en un forastero que la curiosidad de conocer el aspecto general del pueblo que por primera vez visita, y nada tambien suele ser tan frecuente como el decidir por esta primera impresion de la belleza ó mezquindez del tal pueblo.

Aventurado por cierto sería aquel juicio aplicable á nuestro Madrid, pues que variaría absolutamente segun el lado de donde viniese el forastero, y por donde pudiera observar su primera vista. El gallego y castellano mirando la poblacion por su parte mas antigua y escabrosa, atravesando su escaso rio sobre el magnífico puente á que Juan de Herrera imprimió la severidad de su escuela, y entrando por una mezquina puerta, solitaria y empinada calle, cuyos tejados forman una dilatada escalera, apenas encontraria diferencia notable de sus tétricas ciudades si la presencia del palacio real á su izquierda no le hubiera dado de antemano á conocer la capital del reino.

Ayuntamiento de Madrid

Muy diferente idea formará el andaluz que viene de la parte del Mediodia, abrazando con su vista toda la poblacion por su parte mas vital y variada. Los suntuosos edificios del seminario, cuartel de guardias y palacio á la izquierda; la fábrica de tabacos, el hospital general y el observatorio á su derecha; el puente, paseo y nueva puerta de Toledo al frente, intermediado todo por variados edificios, caprichosas torres, numerosos grupos de casas de distintas formas, y revelando, por decirlo asi, la ecsistencia de un pueblo grande y vivificado con la presencia del gobierno, prestan por este lado á Madrid su vista mas completa é interesante. Los catalanes, aragoneses y valencianos, arribando á la capital por la soberbia puerta de Alcalá y la de Atocha, formarán una idea aun mas risueña y magnífica por los elegantes paseos de las Delicias y el Prado, los pintorescos sitios del Retiro y Botánico, y las suntuosas calles de Atocha y Alcalá; y finalmente, los procedentes de las provincias del Norte juzgarán á nuestra villa árida y solitaria al entrar por las puertas de San Fernando ó de Santo Domingo.

Si deseando modificar estas primeras impresiones, y conocer á un golpe de vista el conjunto del pueblo que los recibe, solicitasen subir á una altura céntrica y de la elevacion correspondiente para medir y conocer *á vista de pájaro* todo el plano de la capital y sus distintas fases, sería aun mas dificil el indicársela, careciendo, como care-

Ayuntamiento de Madrid

cemos, de un gran templo central, que suele ser en otros pueblos el sitio adonde los forasteros acuden para satisfacer este deseo. La torre de la parroquia de Santa Cruz es la única que puede suplir en Madrid aquella falta, aunque ni su elevacion ni su situacion son suficientes para abrazar distintamente todo el plano, y conocer á un golpe de vista las varias fisonomías de los cuarteles de esta villa. Sin embargo, colocados en aquella altura puede observarse el corte de la poblacion, uno de los mas cómodos y ventajosos que conocemos, pues que partiendo sus calles principales de un centro comun, que es la Puerta del Sol, se prolongan en forma de estrella hasta los últimos confines de la villa. Asi que, conocidas una vez la direccion al E. de las calles de Alcalá y San Gerónimo, de la Montera, Hortaleza y Fuencarral al N., de la Mayor al O., y de las Carretas, Concepcion Gerónima y Toledo al S., llega á ser facil evitar la confusion que un pueblo nuevo infunde. La frecuentacion de sus calles hará conocer al forastero que todas ellas le llevan como por la mano á estos puntos capitales, que en la mayor estension del radio se modifican y cruzan por otros mas subalternos y parciales, como las calles de Atocha, ancha de San Bernardo, Jacometrezo y otras. Por lo demas, en cuanto á la belleza del aspecto general, menguada idea podrá formar desde aquel punto no divisando desde él sino la desigualdad, tristeza y mezquina forma de los tejados de nuestras casas.

Ayuntamiento de Madrid

Esta desfavorable impresion será sin embargo modificada cuando descendiendo á las calles hiera la vista del observador la espaciosidad y desahogo de estas, la regularidad bastante general de su alineacion, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas, y sus distintas formas y dimensiones, que si bien puede condenarlas un ojo artístico por su falta de orden y simetría, llevan la ventaja de entretener agradablemente la vista, alterando á cada paso la insoportable monotonía de las ciudades edificadas bajo seguro plan y severas condiciones.

Las calles de Londres y de París, por lo general planas y sin notables desniveles, sujetas sus casas á una perfecta alineacion, y presentando en su forma esterior un aspecto casi uniforme, son aun mas fatigantes, mas tristes y enfadosas que las de Madrid con sus cuestas y la irregularidad de sus casas. Añádese á esto las inmensas ventajas que nuestro clima nos proporciona de la sequedad constante del piso, la perfecta conservacion de los colores en las fachadas, y la animacion que produce la costumbre de los balcones; compárese todo ello á la densidad de una atmósfera nebulosa, la casi perpetua humedad del piso, el ennegrecido moho de las fachadas, la severidad de aspecto de la línea de ventanas, y la metódica uniformidad, en fin, de los edificios en aquellas capitales, y habrá muy pocos que dejen de preferir un paseo por nuestra villa (haciendo para ello abstraccion del

Ayuntamiento de Madrid

mayor movimiento y vida de aquellas poblaciones) al cansancio y fatiga de cuerpo y de espíritu que puedan proporcionarle otras ciudades mas importantes.

No es esto decir que nuestro Madrid actual no pueda y deba recibir graves modificaciones para imprimirle mayor regularidad y agrado, y las numerosas y contínuas que hace veinte años esperimenta, revelan, por decirlo asi, el grado de belleza á que aun puede llegar. Cuando se haya reformado del todo el empedrado de las calles, cuando en la forma y revoque de las casas se haga general el gusto que se observa en las nuevamente edificadas imitando á las de Cádiz, cuando se modifique la forma de los tejados y buhardillas, y desaparezcan del todo los canalones, cuando, en fin, se vean generalizadas aquellas variaciones que observamos ya parcialmente, entonces será cuando Madrid llegará al punto de belleza que su situacion local y el hermoso sol meridional le proporcionan, y merecerá con mas justicia los dictados que aun los mismos estrangeros la prodigan de la *villa blanca*, la *villa jóven del Mediodia*.

Mas si prescindiendo ya del aspecto material de sus calles y casas intentáramos dibujar, aunque ligeramente, su vitalidad y movimiento; si dejáramos las piedras por los hombres, los órdenes arquitectónicos por el orden de la sociedad, el Madrid físico, en fin, por el Madrid moral, ¡qué escena tan vária! ¡qué espectáculo tan animado no podríamos presentar á nuestros lectores! Tosco y

Ayuntamiento de Madrid

desaliñado es nuestro pincel para tamaño intento, pero no podemos resistir á la situacion de emprenderlo. No nos propondremos seguir metódicamente para ello las distintas fases de tan variado teatro segun las diversas horas del dia, las estaciones y demas circunstancias que alteran y modifican los usos populares. Escogeremos cualquier dia del año; por ejemplo, el dia en que nos hallamos: procederemos libremente y como al acaso; dejaremos vagar á nuestro discurso, y pues que el moderno romanticismo nos autoriza, renunciaremos á todas las unidades conocidas; y tanto mas románticos seremos cuanto menos pensemos en lo que vamos á hacer.

II.

Ningun momento del dia nos parece mas oportuno para sorprender á los madrileños en el espectáculo de su vida esterior, que aquellas apacibles horas que aprocsimando el dia á la noche, libertan del trabajo para acercarnos al descanso y al placer; aquellas horas que en la estacion ardorosa en que nos hallamos vienen á mitigar los rigores de nuestro sol meridional, y en que la poblacion, ansiosa de disfrutar la apetecida brisa de la noche, abandona el interior de las casas, y se muestra generalmente en las calles y plazas, en las puertas y balcones. No haya miedo el cojuelo Astarot, ni su

Ayuntamiento de Madrid

licenciado don Cleofás, que para tal momento solicitemos sus ausilios con el objeto de levantar los tejados de las casas, y reconocer lo que pasa en el interior: por la ocasion presente dejémosle á los ladrones y enamorados, que tambien suelen aprovecharse á tales horas de aquel abandono, y pues que todo el pueblo se halla en la calle, bueno será mezclarnos y confundirnos con todo el pueblo.

El reloj de nuestra Señora del Buen Suceso ha dado las seis: la animacion y el movimiento interrumpidos durante la siesta han vuelto á renacer en las calles; los vecinos de las tiendas, descorriendo las cortinas que las cubren, hacen regar el frente de sus puertas, asoman al cancel de ellas, y llaman, escupiendo, al ligero valenciano, que con sus enagüetas blancas, su pañuelo á la cabeza y su garrafa á la espalda, cruza pregonando el *güa é sebá fria;* otros escogen en el cesto de aquella desenfadada manola tres ó cuatro naranjas para remojar la palabra, dirigiéndola de paso algunas medianamente disimuladas, si bien mejor recibidas; y otros, en fin, se contentan con un vaso de agua pura que les ofrece en eco lastimero el asturiano, por cuatro maravedís. En tanto los muchachos, que á la primer campanada de las seis ha lanzado aquella escuela, improvisan en medio de la calle una corrida de toros, ó atan disimuladamente á la rueda de un calesin alguna canasta de fruta, que al echar á andar el carruage rueda por el suelo con notable provecho de la alegre comparsa, ó bien tratan de engañar á un

Ayuntamiento de Madrid

barquillero, distrayéndole para que no mire el juego, ó ya disparan sendas carretillas de pólvora á los perros y á los que no lo son.

A semejantes horas todavía no se sienten circular mas carruages que los del riego ó los bombés *facultativos*, y sin embargo en todas las cocheras se disponen y preparan ya los que de allí á un rato han de conducir al Prado á la flor y nata de la aristocracia. Los cafés, oscuros aun y abiertos de par en par, no reciben todavía mas que uno ú otro provinciano que saborea el primero un gran cuartillo de leche helada, algun militar que fuma un cigarro mientras ojea la gaceta, ó un quidan que entra mirando al reloj, espera á un amigo que viene de allí á un rato, y juntos parten á paseo.

"*De la lotería-aaaao-cha-vó-á ochavito los fijos.* — *¿Una calesa, mi amo?* — *De la fuente la traigo, ¿quién la bebe?* — *Señores, á un lao, chás.* — *El papel que acaba de salir ahora nuevo.* — *Cartas de pega.* — *Orchateró.*" Crece la animacion por instantes: el rápido movimiento se comunica de calle en calle; las puertas vomitan gentes; los balcones se coronan de lindas muchachas; cruzan las elegantes carretelas, los ligeros tilburís, las damas y galanes á caballo; grupos interesantes, numerosos, variados, se dirigen á los paseos ostentando sus adornos y atractivos: otros *medio hombres* y *medio esquinas* ocupan las encrucijadas de las calles, y presencian á pie firme el paso de la concurrencia.

Ayuntamiento de Madrid

Punto central de esta agitacion es la Puerta del Sol y principales calles que la avecinan, observandose el reflujo de la poblacion en direccion al Prado. Las calles apartadas del centro no ofrecen tanto interes, si bien tienen el suficiente para ser consideradas. Cuando las de Alcalá, la Montera y Carretas ostentan rápidamente lo mas elegante y bullicioso de nuestra poblacion, cuando sus balcones, por lo regular abandonados, demuestran que sus vecinos se hallan en paseo, cuando el ruido y el polvo de los carruages ofuscan los sentidos y tienden un denso velo que nos impide ver á cuatro pasos, salvémonos de este laberinto, y trasladémonos por ejemplo á la calle ancha de San Bernardo ó á la de Hortaleza, á la de San Mateo ó á la de Leganitos.

Todo es tranquilidad en el dilatado recinto que media desde el monasterio de las Salesas hasta el seminario de Nobles. El silencio y soledad de las calles apenas es interrumpido por el paso de los pocos transeuntes. Tal cual matrimonio del pasado siglo, precedido de algunos retoños representantes de la futura España, y dirigiéndose pausadamente á las puertas de Santa Bárbara ó San Bernardino con el objeto de llegar al obelisco ó á la cuesta de Harineros; tal cual corro de diletantis á la puerta de una taberna, saboreando el compas de la tirolesa de Guillelmo Tell, tocada por el organillo del perro; tal cual grupo de mozos de esquina ensayando sus ociosas fuerzas colosales; tal cual

Ayuntamiento de Madrid

cuerpo de guardia ó batallon pasando la lista al son de sinfonías y cabaletas: hé aqui los únicos episodios que alteran de vez en cuando la unidad de accion de aquel clásico espectáculo.

Los conocedores, sin embargo, encuentran en este cuadro multitud de bellezas, y el mas indiferente suele verse sorprendido al pasar por bajo de algun balcon, donde no sospechaba tales tesoros. Aquella cortinilla, que parece casualmente recogida en los hierros de aquel balcon, está mejor dirigida que lo que aparenta: jamas ningun marinero manejó con tal destreza la vela de su bajel que la personita escondida bajo de ella hace servir á su gusto á la oficiosa cortina. Pero vedla que la descorre de pronto, que deja el asiento, tira la labor y ostenta en pleno balcon toda la esbeltez y primor de su figura. ¡Y habrá todavía quien hable contra nuestros balcones! Lindo pie encerrado sin violencia en un gracioso zapatito, limpio y elegante vestido de muselina primorosamente sencillo, que deja admirar una contorneada cintura por bajo la graciosa esclavina que cubre los hombros y el pecho, elegante nudo recogido á la garganta, gracioso rodete á la parte baja de la cabeza á semejanza de la Venus de Medicis, dos primorosos bucles tras de la oreja, otro par de rizos pegados en la sonrosada megilla, y diestramente combinados con unos lazos azules que hubieran puesto envidia al mismo sol: tal es el espectáculo delicioso que ha asomado en aquel balcon. ¿Mas por qué

Ayuntamiento de Madrid

no lo hizo antes? ¿por qué tan precipitadamente ahora? — El por qué, señores mios, yo me lo sé, pero no sé cómo decírselo á ustedes. —

"Mariquita. — Matilde. — ¿Has visto? — ¡Qué quieres, paciencia! — Yo no sé qué tendrán. — Lo que es N... estaba de guardia cerca de aqui, pero el otro... — El otro... apostaré que está en el Prado haciendo el galan con la de... — No lo creas... puede que hayan pasado... pero mira, ¿no reparas aquellos dos que han vuelto la esquina? — ¡Qué! pero si... no, no son... ¿á ver? saca el pañuelo. — Sí, mira, mira cómo han sacado el suyo, mira cómo se rien. — Sí, ellos son... ¡Ay! ¡qué vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones. — ¿Pues qué...? — ¡Que no son ellos...!"

"Bravo, señoritas, lindamente: gritaban en esto otros dos caballeros de gentil aspecto que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones. — ¿Qué te parece, Cárlos? ¡hemos quedado lucidos! — ¿Qué haremos? — Yo sería de opinion de desafiar á aquellos dos. — Yo de matarlas á ellas. — Hombre, no, en tal caso matarnos nosotros es mas noble. — Mira, lo mejor será que todos vivamos, y nos venguemos marchándonos al Prado. — No dices mal."

Bien diferente colorido presenta por cierto á los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio á la puerta de Atocha: las calles de Toledo y Embajadores, del Meson de Paredes y de Lavapies no ceden á tales horas en mo-

Ayuntamiento de Madrid

vimiento á las mas animadas de Londres. Las enormes galeras de los ordinarios valencianos y andaluces que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela á la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la caña; los alegres muchachos, que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, rien de las habilidades de Juan de las Viñas ó del perro que salta al monótono son de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarreras de la fábrica que al anochecer dejan el trabajo, y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozallones que esperan su salida. ¡Qué confusion, qué bullicio por todas partes! Tambien el amor embellece este animado cuadro. Sigamos, por ejemplo, á alguna de esas parejas, verémosla dar fondo en cualquiera de las innumerables tabernas que ostentan al paso sus variadas provisiones de bacalao y sardinas, ensaladas y huevos duros. Mirad á aquel galan que dejó su tienda armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro ó de patrulla. ¿Mas por qué no siguió la calle de Embajadores á la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir á la plaza? ¡Cosa clara! ¿no habeis reparado en aquella tienda de cordonero de la calle de las Maldonadas? ¿No le habeis visto pararse delante de ella, dudar un rato mirando por las vidrieras, dejar el fusil apoyado

Ayuntamiento de Madrid

en ellas mientras encendia un cigarro en la tienda de en frente? ¿No habeis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el cañon del arma? — ¿Qué fue ello? — Nada, reparad al mancebo que la vuelve á echar al hombro con ligereza; apostaria á que la niña ha burlado las precauciones de un padre tirano: el fusil encierra el misterio del amor. Jamas parte de una victoria fue conducido con mas alegría.

Pero ya la campana de San Millan y San Cayetano llama á los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oracion; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo XVII y los desvencijados calesines abandonan el puesto; y las tinieblas de la noche van, en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este espectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algun dia le emprenderemos: el que intentábamos dibujar por hoy concluye aqui.

Ayuntamiento de Madrid

El patio del Correo.

Madrid es la patria comun, el lugar de cita para todos los españoles; las varias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afan de figurar, el deseo de descanso, tantos motivos, en fin, diversificados segun las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde ó temprano á la capital del reino, y se tendria por muy infeliz el que una vez por lo menos en su vida no llegase á visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista como en una linterna mágica todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del reino. Eslo indudablemente, no tanto por su situacion topográfica, como por su vitalidad y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirigirse á Madrid, y no sería ridículo el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes, ó en las heladas márgenes

Ayuntamiento de Madrid

del Nowa, se dispidiesen citándose "para la Puerta del Sol." Pero aun hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razon, y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el disco de sus rayos. Tal es *el patio del Correo*, y para hablar de él tomamos por hoy la venia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes ó pequeñas, sublimes ó ridículas, segun el punto de vista de donde se las mire, y tal espectáculo habrá que parezca mezquino á los ojos de un ser indiferente ó desdeñoso, al paso que logre escitar la meditacion del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este artículo no encontrará el asunto sobradamente interesante. —¡El patio del Correo! ¿y qué hay en el patio del Correo? Un cuerpo de guardia, una prision nocturna, que mas bien puede llamarse albergue de borrachos y escarriados, una escalera postiza, tres ó cuatro ventanillos cerrados y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y laboreadas letras de Sancha ó de Jordan hasta los mas imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas. De todo esto poco ó nada se puede decir, y por muy *Parlante* que sea el señor *Curioso* que hoy nos enseña su linterna, harto será que no consiga escitar los bostezos del auditorio.

—Poco á poco, señor indiferente; poco á poco, y antes de juzgar de las cosas por su super-

Ayuntamiento de Madrid

ficie procure usted enterarse un tantico de su fondo. No, sino dé cuatro paseos, y aguarde un rato en esta galería, y si luego de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mí santiguada que es un necio, ó yo soy un bolo. Aguarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo menos tan interesante como las de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza: Victor Hugo es quien lo dice, que "los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos." Vea usted sino los nuestros en literatura. *Direccion de cartas*: no haga usted caso; por ahora no rige, pues por muy bien que usted las dirija, es lo regular que no logre darlas direccion segura; deje usted, que en acabando la guerra civil, y luego que tengamos buenos caminos y mejores postas, y empleados celosos, y... otra cosa será. No se acerque usted á leer ese cartelito *Curacion de la vista*, no sea pierda la suya con la letrilla menuda y temblejona en que está impreso: deje á un lado el *Manual de Madrid*, que es libro caro y puede pedirlo prestado en la posada. No haga caso del *Segur*, porque segun va menudeando tomos á 24 rs., es de temer que empleando uno para cada año de los que comprende su Historia universal, venga á ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos; y

Ayuntamiento de Madrid

en cuanto á aquella otra publicacion *Mariana y Sabau*, por Dios no vaya á tomarla por una novela ó drama romántico, ó bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leía el poema de Florian, y preguntándola cómo concluía, respondió sinceramente: "¿En qué habia de concluir? en que Numa se casó con Pompilio, y todo quedó arreglado."

Pero veamos los anuncios manuscritos, no menos preciosos que los impresos. = "*El. sugueto. gue. forma. la pressente. tiene. buena. conduta. y horto grafia. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. dela. lengua.. Suplica. no. le. rasquen. ni le boren.*" — "*Un sugeto de buena forma, de letra solicita entrar en casa de un Señor comerciante, ó Abogado ó Curial, para tenedor de libros ó administrador.. Sabe todo lo necesario como afeitar y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no le engañen.*" — "*Un joven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutencion.*" — "*Con permiso del casero se le traspasa á quien le convenga: una tienda sita en las guatro calles esquina á una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos.*"

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas! — La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mu-

Ayuntamiento de Madrid

geres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trages y modales, acentos y aun idiomas tan varios como nuestras variadas provincias: vascuence y catalan, andaluz y valenciano mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadedera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las recientes listas, y buscan con ansia la inicial de su nombre, y algunos (los mas) no encontrándole en ella le buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de caprichos! ¡qué ir y venir de la lista á la ventana y de la ventana á la lista! quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho, pero encuentra que se ha equivocado en una centena; otro ha pedido ligeramente una al sobre N. Marques, sin reparar que él no es Marques, sino Marquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete y tiene que dejarlo, no sin grave remordimiento; cuál faltándole el tiempo para saber el contenido, abre la carta á la misma reja, y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería. No hagamos caso de aquel grupo de militares en trage de paisanos, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altiseco que recostado en la columna lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos no nos

Ayuntamiento de Madrid

dejarán tiempo para observar lo demas: dejémosles, pues, *stereotipar* en sus cabezas la tal carta para irla á recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el café Nuevo y en el del Príncipe.

Dígole á usted que yo no he sido. — Yo sostengo que ha sido usted. ¡Infamia! sacarle á uno las cartas del correo. — Usted es capaz de ello, y por eso lo piensa. — Sí, que no sé yo de lo que es capaz un escribano: ¿no hizo usted lo mismo con los folios 86 al 97 inclusive de los autos? — Usted me insulta. — Yo no digo mas que la verdad. — Sino mirára. — ¿Qué...? (Aqui todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.) El caso era muy sencillo: dos litigantes de un mismo pueblo que esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vió el nombre de su contrario en la lista; antojósele saber lo que le decian, y la sacó tambien (¡malicia humana!): llegó el segundo, y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!): empieza á maliciar, duda, recela, cuando mira salir del patio á su antagonista, y ¡aqui fue troya! empezó el diálogo arriba dicho que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba en efecto señales nada equívocas de la verdad del hecho (1).

(1) Si en el Correo de Madrid se siguiera la práctica que

Ayuntamiento de Madrid

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era otro incidente que pasaba en el estremo opuesto del patio. Un marido habia visto en la lista de militares el nombre de su muger. ¡Una carta del ejército á mi muger! ¡Si será este el conducto por donde envian los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mugeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta, pero se le responde que un chicuelo acababa de sacarla. ¡Oh ligereza femenil! Lo demas de la escena pasaria *en familia;* no lo sabemos, solo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias: mas los circunstantes (¡narices políticas, qué no oleis!) repararon que el sobre no tenia sello, y que por consecuencia la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba á asegurar que era de un amigo íntimo que habia puesto el sobre á su muger por precaucion &c. Nadie lo creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente que estaba en autos conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para tejer este inocente enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué espresiones tan raras y variadas en las fisonomías!

en el de Londres no sucederian estos lances. Alli cuando uno reclama una carta da las señas de su casa ó las pone en la lista á continuacion de su nombre, y se la llevan los carteros, con lo cual no puede haber sustracciones malignas.

Ayuntamiento de Madrid

¡cómo descubren el secreto del alma! Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia, ¿por qué va compungiendo su semblante y asoman á sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caido quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? ¿Sino tiene carta, para qué cansarse?—¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que para hallar su nombre tiene que leer toda la lista, hasta que ya se cansa: mira al rededor como demandando ausilio, ve al del lente, este se adelanta á ofrecer sus servicios: no hallan la carta, pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja á la del ausente, cuanto va de la palabra á la escritura, de la falta de memoria á la sobra de voluntad. ¡Es tan natural á una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Sería nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se pára sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio á la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado

Ayuntamiento de Madrid

recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mugeres un papel de desafio; el que... ¿Pero adónde vamos á parar con estas observaciones? Sin embargo, todas pueden hacerse en este sitio... ¿Con que no es tan indiferente, con que merece alguna atencion...? Mas... las dos han dado, y empieza á quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo, la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado, los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

Ayuntamiento de Madrid

Las casas de baños.

I.

La costumbre del baño es tan natural, que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza, que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por los rigores de la estacion, ya por la irritacion de las enfermedades. Mas tarde el lujo, convirtiendo en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre, y los pueblos antiguos nos han dejado testimonio de la ostentacion y grandeza con que en ellos se sostenia.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina Ulissea, nos habla ya de estos baños, dando á entender que se hallaban cerca de los gimnasios ó palestras para entrar en ellos al salir de los ejercicios. Tambien Vitrubio nos ha dejado una

Ayuntamiento de Madrid

descricion circunstanciada de ellos, diciendo que se componian de siete piezas diferentes, intermediadas de otras varias destinadas á los ejercicios.

Los romanos, habitadores de un clima meridional, y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia la costumbre de los griegos, y desde el tiempo de Pompeyo, segun Plinio, empezaron á construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresion asombrosa. Agripa, solo en el año de su edilidad, hizo construir ciento setenta. A su ejemplo Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los emperadores, mandaron edificar baños magníficos de preciosos mármoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir á ellos con el pueblo, viniendo á tal estremo su profusion, que se asegura haber llegado á ecsistir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los paises que dominaron, y en particular la del baño fue tan estendida por ellos, que se ha dicho que luego que conquistaban un pais lo primero que hacian era edificar *thermas*, asi como mas tarde los españoles construían una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fue España la menos favorecida en aquel punto.

Desalojados de nuestra Península por los godos,

Ayuntamiento de Madrid

y estos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominacion de los últimos por la influencia que ademas del clima la daba su religion. En efecto, asi sucedió, y aun pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del Mediodia, Granada, Córdoba y tantas otras. En *Magerit* mismo (Madrid) habia baños públicos en la calle de Segovia, por bajo de la parroquia de San Pedro, y hay tambien quien los supone en la plazuela de los Caños del Peral, fundándose en el nombre de la puerta de *Balnadú* que estaba alli cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas *Balnea-duo*, si bien otros con mayor fundamento suponen á dicha palabra contraccion de los árabes *Bal-al-nadur*, que significa *puerta de las Atalayas.*

Pero los árabes y los turcos, que son entre los pueblos modernos los que han conservado un uso mas habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él entran por lo regular en un *sudatorium* ó estufa caliente por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde alli vuelven á trasladarse al baño caliente, haciéndose antes frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias esquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fue tan general la costumbre del baño, y desde luego puede asegurarse que perdió el carácter de magni-

Ayuntamiento de Madrid

ficencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, á mediados del siglo pasado un Mr. Alvert estableció en París cerca del muelle de Orsay una casa de baños, que aunque no mas que mediana abtuvo por la novedad una boga singular, y fue considerada como un fenómeno de industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos en que el lujo y el buen gusto compiten á porfia poblaron el rio, las calles y plazas de aquella capital, de tal manera que no sin razon se ha dicho que en París hay en el dia tantos medios de lavarse como de volverse á ensuciar. Hoy se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientos setenta y cuatro pilas fijas y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hay ademas cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el rio, que tienen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de San Luis. Se calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mugeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año en diez y seis millones de francos (cerca de sesenta y cuatro millones de reales).

La costumbre del baño, generalizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto un carácter tal de voluptuosidad y encanto que constituye un placer verdadero, no limitado como entre nosotros á la estacion de verano y á una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año,

Ayuntamiento de Madrid

con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada dia mas tan numerosos é importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo; la civilizacion y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulacion los capitales alimentan la industria, dan aplicacion á las ciencias y á las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita á los baños de aquella encantadora capital. Los llamados *turcos* en forma de *kiosks* cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas, los *griegos* al rededor de un gran circo oblongo iluminado por lo alto, los *chinos* con sus torrecillas armónicas, los numerosos establecimientos de *Vigier* y las escuelas de natacion sobre el rio Sena, los de *Tívoli* elegantes y variados, las *Neothermas*, complemento de toda magnificencia en este género, dan una alta idea de la civilizacion de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es solo bajo este aspecto con el que deben considerarse; las ciencias fisicas y químicas, haciendo aplicacion de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas, aromáticas, ardientes, heladas de todos los paises y de todas las especies. Barege, Baigneres, Plombieres, Aix, Spá, Bath, Neris, Saint Amand, Badén, todos los manantiales, en fin, mas famosos de Europa han sido copiados por los mágicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tívoli

Ayuntamiento de Madrid

francés. En las Neothermas se hallan tambien los baños *egipcios*, en donde los bañadores, perfumados y frotados de pies á cabeza por manos ágiles como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y soltura en sus movimientos. "*Las venerables dueñas* (dice una descricion un poco alegre de este establecimiento) *salen de él con el rosado de la aurora, los especuladores y usureros mas comprimidos vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la espina dorsal capaz de dar envidia á los* Hércules *de teatro, y aun á los pretendientes del dia.*"

Añádase á todas estas circunstancias elegantes, cafés y fondas donde se sirven variados y esquisitos manjares y bebidas, jardines pintorescos, gabinetes de lectura y una sociedad numerosa y amable todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo mas ecsigente, y se formará una idea aprocsimada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de él, difundida generalmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar á la creacion de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse baste decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste mas de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando harto ya de revolver mamotretos, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la

Ayuntamiento de Madrid

calle, deseoso de vivificar con el frescor de la mañana mi acalorada imaginacion. Pero como ella sea tal que una vez ocupada de un objeto, tarde ó nunca llega á desasirse de él, enderezóme la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolvia, y me hizo sospechar que si de pensar en los baños nacia mi agitacion, nada como ellos podria conseguir calmarla. Y no hubo mas, sino que el alma asi predispuesta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto á buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirigí á la primer casa de baños que á mano tenia.

II.

La calle de los Jardines estaba alli cerca; con que á la calle de los Jardines fue mi direccion. No era sola, á decir verdad, aquella razon de procsimidad la que me inclinó á darla la preferencia; otro motivo aun mas poderoso tuvo no poca parte en mi determinacion. Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace muchos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si aun conservaba aquella disposicion sencilla y *sin disfraz* que tanto satisfacia á nuestros padres; pensaba con interes ¿se creerá? en los estrechos y sucios aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo,

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

la desnudez absoluta de adornos y atavíos, y procurando desechar de mi imaginacion el recuerdo de los magníficos baños estrangeros, como que intentaba rejuvenecerme en aquellas aguas, esperando hallar en ellas ¡qué delirio! el placer y la alegría de mi niñez. Mas ¡oh instabilidad de las cosas humanas! aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo que un dia hubo de bastar á las necesidades de la corte de dos mundos, ya no ecsiste, y de toda su forma material solo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo antiguo le distinguia: "Casa de baños del Cura." *Hic Troja fuit.*

Por fortuna hallábame en calle donde me era facil aun escoger entre dos establecimientos semejantes, el de la *Cruz* y el de *Mena*, que podrian muy bien suplir al que buscaba. Dirigíme al primero, que me pareció semejarse mas á la sencillez *patriarcal* que la estravagancia de mi imaginacion me hacía desear en aquel momento; y con efecto, no quedó engañada mi espectativa, pues en toda su disposicion, orden y mecanismo me pareció tan idéntico al anterior, que no fui dueño á contener la persuasion de que el alma del cura fundador de aquel podria muy bien haber transmigrado á la acera de en frente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur con los treinta grados, la hora cómoda de la mañana y la centralidad de la calle, habian llamado tanta concurren-

Ayuntamiento de Madrid

cia, que no cabíamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patiecillo; de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel *sudatorium*, renuncié generosamente á bañarme en esta casa, y verifiqué mi traslacion corporal á la inmediata del rincon, que me pareció algun tanto mas en el progreso del siglo; pero muy luego hube de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso *sí*, como podrian ser los baños en tiempo de Adan: media docena de sillas y un arcon supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior bien caldeadita, por supuesto, con los efluvios de los baños que la rodean, y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podria revolverse. Pero tambien, grande concurrencia, mucha boga, mucho favor del público. Todo estaba lleno; con que habia que tomar billete y esperar turno, y contar dos horas sin otra distraccion que el Diario, ó el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina, reducido á la maniobra de dos hombres sacando agua cubo á cubo de un pozo de noventa pies de hondo para bañar al numeroso público espectador y espectante... Yo no pude resignarme á aguardar en esta monotonía, y por otro lado como ya habia pasado mi hora, y estaba en ayunas y *sine Cerere et Baco friget*

Ayuntamiento de Madrid

Venus, y en aquel sitio no se sirve mas que el agua *en seco*, recordé que no lejos de allí estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso *Monier*, el *Vigier* de Madrid, á quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabinete de lectura á la parisien; y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanares una escuela de natacion y sitio de recreo bajo el nombre de *Pórtici*.

Dirigíme, pues, á los baños del Caballero de Gracia, que ya conocia; entré en el patio: la concurrencia era numerosa y elegante; pero resuelto á no salir de allí sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse á aguardar el turno desde el 49, que era el último sumergido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podia menos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo mas útilmente posible. El estómago obtuvo por entonces la preferencia sobre la cabeza; mas por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y un buen vaso de vino de Bordeaux (circunstancia entre paréntesis que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en ojear algunos periódicos nacionales y estrangeros. Pero era tan vario y animado el espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié á la política (en lo cual

Ayuntamiento de Madrid

no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al *impolítico* papel de observador.

Yo no sé si será ó no fundado mi capricho, pero nunca me parece mas interesante una muger hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las megillas; aquel aspecto de pudor, de pulcritud y de molicie; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfaccion del semblante que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella ligereza y descuido del vestido; aquella sencillez del peinado, y sobre todo, si un largo velo encubre á medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no convendrá conmigo en la ecsactitud de la observacion? Muchos, los mas de los concurrentes debian ser de este modo de pensar, pues no bien sentian ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veían aparecer una de aquellas deidades, dejábanla paso con una mezcla de admiracion, de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedia aquello, y tal solia ser la aparicion, que de miedo de verla otra vez cerraban los ojos y tornaban la espalda con mas rapidez que si fuesen deslumbrados por improviso relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de accion, tiempo y lugar, los circunstantes, identificados por la simpatía de situacion, se agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes, y concurren á la accion

Ayuntamiento de Madrid

principal sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan á embellecerla. Esta escena, repetida todos los dias, hace nacer una intimidad, una franqueza en que solo le aventaja un viaje en diligencia, y personas que segun el curso natural de los sucesos tardarian en la sociedad algunos años para hablarse con satisfaccion, suelen contraerla en cuatro dias frecuentando unos mismos baños. ¡Ya se ve! ¡Son tantas las ocasiones para entablar correspondencia en ellos!

La cesion de una silla, el caer de un abanico, el reir de una figura estraña, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el... hasta el Boletin del Diario, cualquiera de estos asuntos sirven de *pie* para entrar en relaciones con una linda boca: ademas entre el círculo de concurrentes en Madrid á todas partes, es tan regular conocerse todos, ó de vista, ó de oido, ó de... de cualquier modo, que las mas de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luego se recuerda una *galop* bailada juntos en Santa Catalina ó en Abrantes, se habla de la ópera y del tenor nuevo, se rie del *Maniquí*, se cuenta con la correspondiente guarnicion alguna anecdotilla del dia, se pone en berlina á la persona que acaba de salir, ó se dicen dos palabras al oido acerca de la que acaba de entrar; todos estos *nadas* oportunamente colocados sirven de liga á voluntades inflamables, de iman á corazones sensibles; y luego al salir, una mano ofrecida pa-

Ayuntamiento de Madrid

ra subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia... ¿Qué mas para acabarse de abrasar?

Muy ocupado estaba yo en estas consideraciones mientras que figuraba leer la gaceta como si fuese cosa de interes, cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino á llamarme la atencion. Siguiendo rápidamente con la vista la direccion del baston, encontré que pendia de una mano pegada á un brazo de cierto amigo mio, de estos amigotes que uno tiene que no sabe cómo se llaman, pero que acostumbra á pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y casas de baños; marqués sin título, militar de paisano, elegante talla, figura espresiva, trage noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme mas palabra fue á conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decian, pero sí reparé en el recien llegado un aire de distraccion é impaciencia, intermediados por algunas miradas dirigidas á cierto baño cerrado que tenia yo á mi izquierda. Revolvíame en congeturas para adivinar la causa de aquella distincion, cuando abriéndose de repente el baño, acertó á salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda trazado; hízonos una profunda inclinacion, y aun estaba yo correspondiendo á ella, cuando el mozo llamó en alta voz al número 72. — "Aqui está," — contesté precipi-

Ayuntamiento de Madrid

tado echando mano al bolsillo; pero aun no habia acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenia agarradas entrambas manos, y me conjuraba por *nuestra amistad* que le cediese el número, pues que le iba *la ecsistencia* en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente, pero esto de irse sin bañar despues de dos horas de espera era algo fuerte; sin embargo, tales fueron las instancias, tales las protestas del camarada, que me vi obligado á hacer con él un convenio, cual fue dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasladarme á otros baños; y sin volver atras la cabeza salí renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

¡Qué necedad! (iba diciendo entre mí) ¡estraño modo de alimentar una pasion! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada! ¡este es el *non plus ultra*, el necio ideal del amor! Pero entre tanto ¿será posible que esté yo condenado por todo el dia al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla? ¿será posible...? — "¿Adónde, señor?" — "A la mejor casa de baños de Madrid;" y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor y de vapores, y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel á la impresion del agua; ignoraba adónde el cochero me llevaria; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaria versado en este como en otros puntos, y con efecto no me en-

Ayuntamiento de Madrid

gañé, viéndole dar cabo á nuestro viaje delante de una casa de moderno y elegante aspecto por detras de la parroquia de Santiago. "Estos (me dijo al apearme) son los baños de la Estrella."

Un poco tarde, es verdad, amanecia para mí; pero me dí por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salon de descanso. Al observar la bella disposicion del edificio, su bien entendido compartimiento, el sencillo y elegante adorno del salon, la frescura del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital; y deseoso de comunicar con alguien mi sensacion, me dirigí á un sugeto muy formal que acababa de dejar un periódico: entablamos, pues, un diálogo apologético de la casa, del cual vino á subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

"No lo estraño (me decia el descansado caballero): yo soy un bañador veterano, que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y asi que, conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podria escribir la historia de su fundacion. Figurarian en ella en primera línea los que usted visitó esta mañana, que se abrieron durante mi juventud con grande asombro de nuestra poblacion, acostumbrada hasta alli á bajar por sendos nueve dias á sumergirse en el frio y seco Manzanares bajo las casillas de estera que hoy han quedado únicamente como patrimonio de mo-

Ayuntamiento de Madrid

distas y artesanos; diríale tambien algo del famoso *Berete*, de su célebre casa en la plazuela de Lavapies, y de la concurencia que supo atraer á su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo de calesines y simones peseteros, y hoy reducida al privilegio de refrescar, por la módica suma de cinco reales, las esterioridades de las abonadas de la calle de la Comadre, ó del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarian mi *revista de inspeccion;* los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Victoria en la Puerta del Sol; los antiguos de Santa Bárbara, que pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas mas; los vecinos de Oriente, mas abajo de estos, que fueron los primeros que dieron á conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza ó Fuencarral; estos, en fin, en que estamos, que segun mi corto saber y entender son los mejores, y que han tenido la prerogativa de fijar mi *thermophila* persona." — Todo esto está muy bien, replicaba yo, y sin duda que revela un adelanto en la civilizacion de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos buenos y malos, y en todos ellos como unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparacion tiene con lo que se ve en otros paises? Y

Ayuntamiento de Madrid

sin hablar mas le dí á leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman á mi número, y al entregar mi billete ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marqués, el de los baños de allá bajo, el del trueque, el... — ¿Cómo, qué es esto, viene usted á disputarme la vez aqui tambien...? — No, amigo mio, vengo á abrazar á usted, vengo á darle las gracias porque me ha proporcionado la mayor felicidad... lea usted... lea usted... y me dió á leer un pedacito de papel en que habia mal escritas con lapiz estas palabras misteriosas: "*Esta noche... á las nueve... dos golpecitos á la puerta... fidelidad, amor y secreto.*" — ¿Y qué tiene que ver con...? — Detras del espejo del baño: ¿qué quiere usted? ¡el amor...! este es un medio como otro cualquiera. — Ya no me estraño de que usted tuviera tal interes... — Sí, amigo mio, todo lo debo á su bondad. Pero vaya usted, vaya usted al baño; yo le aguardaré para conducirle en mi coche, y de paso podré contar á usted toda la historia. Advierta usted que se le recomienda el *secreto.* — ¡Ah! pero entre amigos íntimos... — Tiene usted razon, señor de... ¿Cómo es su gracia de usted?

Entré en la pieza del baño, encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto...! creía no encontrarme en Madrid... por fin, me metí en el agua y... callé.

Ayuntamiento de Madrid

El sombrerito y la mantilla.

Los autores estrangeros que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias, han repetido que la capa oscura en los hombres y el vestido negro y la mantilla en las mugeres presta en España á las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable á su vista acostumbrada á mayor variedad y colorido. Hasta cierto punto preciso será darles la razon, y acaso esta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el mas preocupado con esta idea no dejaria de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años á esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni aun el de 1832: ¡tales y tan variados son los matices que han venido á modificar su fisonomía! Con efecto, no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan ya mas vuelo, mas movimiento á la fantasía; en es-

Ayuntamiento de Madrid

to como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo; y ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos mas graves apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podria oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razon por la que convencida de su impotencia ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos rígida: es á saber, *el capricho.*

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda, nada hay estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados á la fantasía: cada cual pudo crearlos á su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aqui nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trages y adornos: el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligacion social; en el dia es mas bien una idea animada, una espresion del buen gusto y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sabida aplicacion de los colores á las pasiones; hartos estamos ya de zelos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinacion de todos ellos, en el dibujo, en el corte del vestido, ¿quién no reconoce aquella espresion del alma, aquella parte animada que podremos llamar *la poesía del trage?* Y siendo éste libre, como lo es en el dia, ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Asi los anchos pliegues, las mangas perdidas,

Ayuntamiento de Madrid

los ajustados ceñidores serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y románticas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería las plumas; el orgullo los diamantes, y la frivolidad y tontería... ¿pero qué escogerá la tontería que luego no se dé á conocer?

Semejante observacion no podia tener en lo antiguo ecsactitud, pues como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacía callar todas las voluntades. Arrastrados á su terrible carro, veíanse correr hombres y mugeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños: la figura raquítica y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas: la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca: la esbeltez del cuerpo sufria los pliegues que cupo darle á la obesidad: el hermoso cuello gemia bajo el yugo que disimulaba el feo; y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decian á la del color de ébano... ¿Qué significaba entonces el vestido relativamente á la persona que le llevaba? ¿Qué queria decir una jóven fria y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnicion de su vestido? Nada, absolutamente nada, solo que *era moda:* que la modista ó el sastre lo querian; el trage no era mas que la espresion; el sastre la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la eleccion; el refinamiento de la industria ofrece

Ayuntamiento de Madrid

tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que sería ridículo hasta el pretender reducirlas á precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya respecto al gusto preferencia alguna sobre los demas; la seda sobre el hilo, el bordado sobre el dibujo; recórranse sino esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y dícten-se despues reglas fijas é invariables: telas de todos los colores y dibujos, trages de todos los tiempos y naciones han sustituido á la inveterada capa masculina, á la antigua basquiña femenil, y en variedad hemos ganado cuanto perdido en nacionalidad ó españolismo.

Una de las innovaciones mas graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitucion del sombrerillo estrangero en vez de la mantilla, que en todos tiempos ha dado celebridad á nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre, pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera. El sombrero era un adorno puramente de corte; como los uniformes y las grandes cruces *imprimia carácter:* no hace muchos meses que una señora *de gorro*, era equivalente á una señora *de coche*, y si tal vez se atrevia á pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corria peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Unicamente saliendo al campo por temporada la esposa del rico comerciante ó la hija del propietario osaban aspirar al adorno de

Ayuntamiento de Madrid

la aristocracia, al sombrero; y eso para lucirlo en las heras de Carabanchel ó en los baños de Sacedon. Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de dia en dia, ha llevado las cosas al estremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado ó hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas estan mas bonitas, y quien asegura que las feas estan mas feas; quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan á las viejas; los maridos la encuentran cara; las mugeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano; cuáles estan por las flores, cuáles por la paja; estas por el gró, aquellas por el raso. ¡Terrible alternativa! ¡profunda y dificilísima cuestion!

Todas estas reflecsiones y otras muchas mas se habian agolpado á mi imaginacion á consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite esplayarle, limitaréme á indicar lo mas esencial de él.

Dias pasados tuve que ir á visitar á la familia de mi amigo D... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir á la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al

Ayuntamiento de Madrid

matrimonio respetable y á una hija única que frisa con los diez y nueve abriles, y á quien por legítimo derecho vienen á parar los 40 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta á sus lindas facciones nueva perfeccion y rosicler.

La ocasion era solemne, y como consejero áulico fui llamado para conferenciar *en familia*. Un cierto jóven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tio, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos despues que dejó el colegio de *Blois* y la *Escuela politécnica*. Este primo, pues, regresaba á su patria á los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos; era elegante é instruido, bella figura, considerable caudal, con que no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podia ofrecerle cuando menos iguales cualidades. Asi lo debió sin duda de pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerle á Madrid y á su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacía que el estrangerísimo viajero habia llegado, cuando yo entré en la casa; aquel se habia retirado á descansar, y las damas madre é hija se hallaban regañando á la sazon con una modista sobre el corte de ciertos vestidos y sombreros que traía á prueba: apenas hicieron alto de mí, de manera que mientras duraba aquella *polémica* tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede

Ayuntamiento de Madrid

calcularse lo que duraria la tal sesion; pero de toda ella solo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendian deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demas diálogos y escenas que mediaron con éste luego que nos sentamos á la mesa, ni sobre su cortesía y atencion con las damas, atencion que respecto á *Serafina* (que asi se llama la criatura) tenia todo el carácter de la mas fina galantería. "¡Es encantadora! me decia por lo bajo; pero lo que mas me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses; la misma espresion, los mismos modales, el mismo metal de voz... ¡Y temia yo tanto no encontrar una española que me gustase!" —Sin embargo, le contestaba yo, no hay que desaminarse, amiguito, acaso no será la última.

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas á salir. Dejáronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habian tenido razon para reñir á la modista: el mayor gusto y elegancia habian dirigido su hábil tijera; rasos lisos y floreados, blondas esquisitas, bordados y pedrerías, nada se habia economizado en aquel momento; pero sobre todo me llamó la atencion el gracioso sombrerillo de la niña, que oponia la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

Ayuntamiento de Madrid

El amigo estaba satisfecho; las señoras tambien; yo igualmente; con que todos lo estábamos: en esta conformidad nos íbamos á dirigir al Prado, cuando acertaron á llamar á la puerta. Abrese esta y aparece *Paquita*, la prima de Serafina, que con su papá y hermanos venia á saludar al recien venido (tambien su pariente), y á convidarle á la funcion de toros de aquella tarde. ¡Ah! se me habia olvidado que era lunes y que habia funcion de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pie; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido guarnecido por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnicion en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brio sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Betis, un semblante de diez y siete á diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraiso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término,

Ayuntamiento de Madrid

dígalo el enmudecimiento general que ocasionó, y mas que todo el asombro y distraccion que se leían en el semblante del recien venido. Cambió la escena: la cortés galantería de aquel se trocó en indecision y aturdimiento; la satisfaccion de Serafina y su madre en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversacion toda la tarde á la mamá, sospeché desde luego que tendria que hacer los mismos oficios con la hija. Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni mientras la funcion, ni al tiempo del regreso, fue posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar respecto de las damas de casa el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso ser muy poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó á la mañanita siguiente á esplorar la disposicion de los ánimos, y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algun tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposicion de acompañar á las damas á su paseo matutino por las calles de la capital. No lo estrañé, á la verdad, porque el aspecto de Serafina en tal momento era capaz de fijar á mas de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin mas adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros, un gracioso nudo á la garganta y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la ha-

Ayuntamiento de Madrid

cian aparecer tal á mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaria en compararla á *la vírgen de los primeros amores.*

Mas... ¡oh *fuerza del sino*, ó mas bien sea dicho de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creía mas adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve á aparecer de repente.

Su trage era un sencillo hábito negro mas fino por cierto que el que podrian usar las vírgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas; un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pie, una mantilla de rico tafetan, cuya elegante guarnicion servia de dosel á la cintura, el pelo recogido tras de la oreja, y una cara... la propia cara, en fin, espresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió á aturdirse, las damas á anublarse, yo á cuidar de la amable Serafina; y cuando á la vuelta del paseo pude tener mi esplicacion con el galan, llegué á conocer que el mal no tenia ya remedio, que la primera é irresistible impresion era á favor de Paquita, y argumentándole como buen amigo en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocia, que hubiera podido resistir á los encantos naturales de su rival; pero que le era imposible, absolutamente imposible, triunfar de *su mantilla.*

Ayuntamiento de Madrid

La vuelta de París.

I.

No hace tantos años que un honrado vecino de Madrid tranquilo y satisfecho bajo el puro cielo que vió al nacer, dejaba correr sus dias sin tomarse gran pena por lo que pudiera existir mas allá del puente de Toledo ó de la venta del Espíritu Santo. Fingia ignorar pacíficamente que hubiese otras montañas que las del Guadarrama, y éstas creíalas azules, contemplándolas diariamente desde la plaza de palacio ó desde el campo del Moro. Alguna rara vez, es cierto, llegaba á hacer escepcion á tan monótona existencia, concurriendo á la funcion patronal de Vallecas ó á los novillos de Pinto; pero este suceso formaba época en su vida, y al volver á su casa en la desvencijada y bulliciosa calesa creíase otro nuevo Anacharsis, tendia el paño y comenzaba la relacion pintoresca de su viaje; decia entre otras cosas que el cerro de los Angeles mirado de cerca tiene diez leguas de altura, ó se estendia en pintar las costumbres y el sistema agrícola de Villaverde ó de Getafe; seme-

Ayuntamiento de Madrid

jante en esto á un viajero francés (ligero como todos los franceses, y ponderativo como todos los viajeros), que estampaba en su diario: "*Sábado 24 pasamos á cinco lenguas N. de las Canarias, cuyos habitantes me han parecido en estremo amables y hospitalarios.*"

Si por un esceso raro de curiosidad, ó porque su empleo le uniese á la corte, llegaba nuestro convencino á hacer alguna espedicion á los sitios reales, ¿quién le podia sufrir entonces? Cristóbal Colon y el capitan Cook eran chiquillos de escuela en comparacion de nuestro viajero. Por último, si el recobro de su salud, la posesion de alguna herencia ú otro negocio de no menos importancia le obligaban á apartarse cuarenta ó cincuenta leguas de la capital, era cosa de meditarlo tres años antes, arreglar su conciencia y sus negocios temporales, y dejar bien condimentado su testamento.

Todo esto sucedia en la época de que vamos tratando, pero ahora es otra cosa. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis.* Las revoluciones, las invasiones, las emigraciones que hace veinte y siete años forman el entretenido drama romántico de nuestra historia, han ocasionado un trasiego, un va-y-ven tan no interrumpido, que, bendito Dios, nada falta á nuestra generacion actual para parecer sombras chinescas ó rápidas ilusiones fantasmagóricas. Señores, atencion...; mírenles ustedes bien..., ¿los ven ustedes...? pues ya no los ven. Hoy en el Prado, mañana en el *Boulevart*, pasado en *Hy-*

Ayuntamiento de Madrid

depark: amanecen en Madrid, comen en París y van á hacer noche en Londres.

Para los madrileños en especial la visita á París es tan necesaria como para los mulsumanes la peregrinacion á la Meca, ó para los ingleses *el viaje grande*. No parece sino que sin ir allá no puede ningun hombre ser hombre de importancia, y al oir las apasionadas relaciones de los que vienen es cosa de rechinar los dientes los que no llegan á ir. Este aliciente, el deseo de comprar el derecho de hacerse oir y envidiar por los demas, y la consideracion que de ello resulta, es lo que impele aquel movimiento general, y para satisfacerle busca cada cual de por sí los medios que estan á su alcance.

Hay quien destina á los espectáculos y fondas de París las rentas heredadas de sus abuelos, los señoríos gallegos y los cortijos de Andalucía; otros van á buscar la instruccion en los colegios franceses; cuáles dedican al comercio con aquella nacion sus capitales; cuáles se atraen una persecucion cualquiera para tener una ocasion de emigrar; unos buscan una comision que les indemnice de los gastos del viaje; otros se dan por satisfechos con venir cargados de dramas venenosos, farsas, follas, entremeses y demas ensalada italiana que traía en sus alforjas el estudianton gallego de Moratin; hay quien regresa con su maleta llena de proyectos capaces de hacer en veinte y cuatro horas la felicidad de la patria, y los hay que vuelven contentos con haber

Ayuntamiento de Madrid

aprendido la última combinacion del lazo de la corbata. Usos y costumbres, *maneras* y lenguaje, leyes y literatura, muebles y trages, corbatines y almohadillas, todo nos viene de París. Solo la moneda se nos va.

A vista, pues, de aquel general movimiento, de aquel impulso involuntario, ¿quién ha de permanecer quietista? ¿quién ha de resistir al deseo de adquirir á costa de algun sacrificio el derecho de fastidiar á los demas? No será por lo menos aquel que como yo á la calidad de *Curioso* reune la circunstancia de *Parlante*. Hé aquí una razon bastante para determinarme, y ya que mi insignificancia política no me obligaba á ninguna emigracion, y puesto que ni comision ni objeto mercantil me llamasen tampoco á los paises estrangeros, quise visitarlos solo por gusto ó comodidad á espensas propias y campando solo por mi respeto, bastándome por resultado la única satisfaccion de poder atajar de vez en cuando las relaciones de mas de cuatro ecsagerados con esta sencilla espresion: "*lo he visto tambien.*"

Ocasion era esta para abusar tal vez de la paciencia de mis lectores haciendo una pomposa descricion de viaje, amenizada con episodios mas ó menos animados. Hablaria de las diferencias en leyes y costumbres; prohijaria las relaciones de viajeros poco escrupulosos, describiendo con igual ligereza que ellos el movimiento y la vida de Londres y París, su comercio é industria, espectácu-

Ayuntamiento de Madrid

los y diversiones, el puerto de Liverpool, las fábricas de Manchester y Birmingham; describiria los caminos de hierro y las máquinas de vapor; presentaria datos del comercio de Burdeos, de Lion y de Marsella; enumeraria la escuadra francesa en Tolon y la inglesa en Porstmouht, y me daria, en fin, importancia suma sin mas trabajo que el de trasladar algunos de los innumerables itinerarios, guias y cartas de ruta que comprara al paso, prestándoles cierto saborete de originalidad con tal ó cual anecdotilla personal, ya robada, ya autógrafa, que me hiciera aparecer cual otro *Sterne* sentimental á los ojos de mis lectores. De este modo, pues, facil me hubiera sido llenar tres ó cuatro tomos que pudieran alternar airosamente entre los innumerables de los viajeros estrangeros, y dar de sus paises una idea tan estravagante por lo menos como la que hacen formar del nuestro en sus relaciones y curiosos romances.

Los españoles sin embargo pecamos en el estremo opuesto, y bien que nos lisonjee el hablar entre amigos de lo que hemos visto, casi nunca nos determinamos á escribirlo; y hé aqui la razon por qué carecemos de descriciones originales no digamos del imperio del Japon ni de las islas del Polo, sino aun de los paises mas conocidos de Europa, y aun de nuestra misma España. El miedo de no hacerlo con perfeccion nos impide el hacerlo de ninguna manera.

De nada de esto se trata, pues convencido de

Ayuntamiento de Madrid

mi insuficiencia debo mas que ningun otro seguir en este punto la moda del pais; empero entre relacionar minuciosamente el viaje ó hablar solo de la vuelta, entre desenvolver el argumento del drama ó decir solo su desenlace, hay por lo menos tanta distancia como de Humbolt ó Lamartine á mi persona, como del diccionario de Miñano á la guia de caminos, como de un *infolio* á un *Boletin del Diario*. Y es para solo este objeto para el que reclamo hoy la benévola atencion de mis lectores.

La diligencia francesa que viene de Perpiñan se cambia en Figueras por la catalana, que espera allí para conducir los viajeros á Barcelona. Es un momento de verdadera sensacion el de este cambio, y no es dificil leer en los semblantes los distintos afectos que promueven en los circunstantes de ambas naciones la esperanza de la patria ó el desconsuelo de perderla de vista. El cuadro no puede ser mas animado y caprichoso. Los conductores franceses y zagales españoles en sus trages respectivos forman un interesante contraste, y renunciando á sus respectivas lenguas se entienden en catalan, que participa de ambas. Pero ya los pesados caballos franceses y las engalanadas mulas españolas se hallan enganchados á los carruages respectivos; los caminantes se apresuran en torno de ellos, los mayorales chasquean sus látigos, y comienzan el confuso movimiento y las rápidas interpelaciones de costumbre: "*Conducteur, prenez garde de ma malle.*" — "*Muchacho, esa som-*

Ayuntamiento de Madrid

brerera." — "*A Deu, noya, á la turnata.*" — "*Mon porte manteau.*" — "*¿Combien d'ici á la frontiere?*" — "*Las onse horas.*" — "*Bon voyage.*" — "*Messieurs, en voiture.*" — "*Señores, á la diligencia.*" — "*Iiiiiif, á Perpiñan.*" — "*A Barselona: zagaaa-la.*"

II.

Pocos dias recuerdo tan gratos en mi vida como los que mediaron para llegar desde la frontera á Madrid; y el placer que me resultaba de volver á ver á España despues de un año escaso de ausencia voluntaria, grata y divertida, me hacía calcular el imponderable que debian esperimentar aquellos que tras largos años de proscripcion volvian á ver abiertas las puertas de su patria. Uno de los sugetos compañeros de viaje se hallaba en este caso, y á cada sitio, á cada montaña, á cada pueblo que reconocía asomaban las lágrimas á sus ojos, dándonos á conocer lo interesante de su situacion. Venia acompañado de una linda jóven hija suya, que aunque nacida en España habia pasado la mayor parte de su vida en un colegio de París. El resto de la diligencia estaba tan armónicamente organizado, que un poeta clásico hubiera necesitado muy poco esfuerzo para formar una comedia de costumbres, á la que no hubiera

Ayuntamiento de Madrid

faltado el interes y sobre todo el *movimiento*. Teníamos alli ademas de los ya dichos interlocutores un fabricante de Lion, un elegante madrileño, un viajero inglés, una modista de París, un comerciante y un literato españoles, y un peluquero francés. Reflecsiónese ahora si con tan buena compañía podian hacerse largas las horas del viaje.

Fuertes tentaciones se me pasan de estampar aqui punto por coma muchos de los diálogos filosóficos, políticos, económicos, mercantiles, literarios, amorosos y hasta ridículos que mediaron en tan larga travesía; pero fuerza será pasarlos en silencio, atendidos los estrechos límites de este artículo, y el deseo de no abusar de la paciencia del auditorio. Baste decir que de todos ellos un observador filósofo podia deducir la ecsageracion ó la falsedad de las ideas que los vagos rumores, las estravagantes lecturas y la absoluta ignorancia de nuestras costumbres habian hecho concebir de nuestro pais á los estrangeros, y aun á los españoles que faltaban de él algunos años.

Acaloradas las imaginaciones por el espectáculo que acababan de ver en otras partes, y sin tomar en cuenta las diversas circunstancias de clima, leyes, usos y costumbres, bullian sus cabezas en multitud de planes mas ó menos importantes que pensaban realizar con notable asombro de nuestros compatriotas; y tal es la fuerza de aquella manía, de aquel epidémico entusiasmo, que yo mismo que en los meses de mi ausencia habia apenas podido

Ayuntamiento de Madrid

saludar aquellas invenciones, creíalas todas oportunas, todas realizables, y me admiraba de que no estuviesen ya puestas en ejecucion.

El tema, pues, favorito de nuestros discursos era el declamar contra la inercia de los españoles, lamentarnos del abandono de sus campos, la soledad de sus caminos, la escasez de sus fábricas y talleres: el respetable anciano que regresaba á su patria, atribuíalo todo á la empleomanía, esta funesta plaga de nuestra sociedad que alejando de las ciencias y la industria las cabezas y brazos útiles, aumenta con ruina de los pueblos las clases improductivas y convierte en mecánicas ruedas á los que pudieran ser agentes de la gran máquina social. — Vea usted aqui, esclamaba el comerciante, unos campos estériles y yermos sin duda por ignorar que á beneficio de los pozos artesianos, de las máquinas y otros adelantos agrícolas, pudieran beneficiarse en términos de doblar la produccion en pocos años. ¡Oh! si mis empresas llegan á tener ejecucion, yo cambiaré la faz de este pais. — Sin embargo, replicábale yo, no es la falta de produccion la que causa nuestra ruina, y observe usted sino al mayoral que acaba de pagar ocho reales por una fanega de cebada, seis por un cántaro de vino, y asi lo demas. — Todo eso consiste, replicaba el inglés, en la escasez de comunicaciones y el mal estado de los caminos, que impiden la rápida circulacion: nosotros hemos vivificado nuestras islas con la multiplicacion de canales y ca-

Ayuntamiento de Madrid

minos de hierro, y si este modelo, que pienso presentar en Madrid, llega á tener efecto... — A este tiempo el mayoral abrió la portezuela del coche para rogarnos que nos apeásemos, á fin de pasar una de las elevadas montañas que dividen la Cataluña del Aragon. — Vea usted, le dije yo al inglés, algo que podria oponerse en nuestra España á la realizacion de muchos proyectos. — Los adelantos de la industria, decia magistralmente el fabricante lionés, son muy escasos en vuestro pais, y solo el estímulo de los estrangeros podrá hacerlos progresar. Convencido de ello traigo á él no solo géneros desconocidos y apreciables, sino tambien la idea de establecer una manufactura á la manera de las nuestras, que llegue á libraros en parte del crecido tributo que pagais á la industria estrangera.

Desengáñense ustedes, señores, no es la absoluta ignorancia de esos grandes medios que acabamos de ver en otros paises la que nos hace emplearlos tan lentamente en el nuestro; es la reunion de circunstancias que nos rodea; es la influencia del clima, que hace impracticables en muchas de nuestras regiones esos descubrimientos; es la configuracion de nuestro suelo, que opone mayores obstáculos á la realizacion de ellos; es el poder de las leyes y la influencia de las costumbres; es, en fin, la falta de numerario y la escasez de poblacion, atendido el vasto territorio que habitamos. Por fortuna estas verdades son ya triviales de puro conocidas, y los españoles sensatos (que los hay)

Ayuntamiento de Madrid

sin desentenderse de ellas procuran marchar conformes con los adelantos materiales del siglo, de lo cual todos ustedes tendrán ocasion de convencerse, haciendo justicia á la constancia y al teson con que saben vencer muchas dificultades. — ¡Ah! el buen español (esclamaban los estrangeros), cómo sale á la defensa de la patria.

Otras veces sin remontar tanto el discurso, y dejando la iniciativa en él al literato, tratábamos del animado movimiento de la imprenta en los demas paises; nos entusiasmábamos con él al recordar el sin número de publicaciones útiles que diariamente ven la luz en ellos; recordábamos con placer los teatros de París y de Londres, y luego comparábamos con aquel brillante cuadro el mezquino que las letras y las bellas artes presentan en nuestro suelo, y escitábamos á nuestro contrincante á emprender publicaciones útiles y agradables, que al paso que asegurasen su fama y su fortuna, sirviesen al pais de instruccion y de recreo.

Por último, cuando cansados de estas discusiones llegábamos á ocuparnos de la accion del momento y de las pequeñas intriguillas del viaje, no nos faltaba materia con el elegante rigorista de la calle de la Montera y la linda colegialita de París, con el peluquero *Alcibiades* y madama *Tul Bobiné*.

Es cosa sabida que el amor en viaje hace siempre su camino en posta, y tal debió pensar el Narciso madrileño para entablar su conquista en esta ocasion. Por supuesto no perdia el tiempo

Ayuntamiento de Madrid

como nosotros en discusiones áridas y encrespadas, y cuando mas terciaba en ellas siempre que se rozaban tanto cuanto con algun punto de modas ó de espectáculos. Se hablaba de industria, nos enseñaba la tela de su chaleco ó las cadenas de su reloj: se trataba de literatura, nos recitaba un trozo del *petit Courrier* ó del *Almanak des dames*; pero todo con un aire de satisfaccion y de suficiencia que no siempre causaba el mejor efecto en los circunstantes. Mas él, poco cuidadoso del resto de ellos, prestaba toda su atencion, y dirigia casi siempre su discurso á la agraciada niña, á quien por estos medios pretendia cautivar. Sin embargo, sea que ella, poseyendo el talento y la instruccion necesarios para reconocer aquella fatuidad, la apreciase en su justo valor, ó sea por otro cualquier motivo, no parecia tan interesada como el galan quisiera, y sobre todo tuve ocasion de observar repetidas veces que cuando este por una transicion, por desgracia harto frecuente, se permitia con ella alguna intencion ó libertad en las palabras, la niña tomaba el aspecto mas severo, y le dirigia unas contestaciones solemnes y sentidas.

En cuanto al peluquero y la modista, su posicion era mas armónica. Esactos conocedores de los usos y las costumbres respectivos, hablando un mismo lenguaje, y colocados en igual categoría, no era dificil que muy pronto llegaran á entenderse, y lo llegaron tanto, que hubo momentos en que ya no les entendiamos los demas.

Ayuntamiento de Madrid

Con tan bellas disposiciones arribamos al fin á la capital. Separámonos en el patio de la diligencia tan cordialmente como nos habiamos reunido, y cada cual trató de buscar su acomodo. Los estrangeros pedian un *fiacre* que les condujese. No los habia allí á mano: los españoles se contentaban con un criado; tampoco se presentaba ninguno: aquellos preguntaban por un *hotêl*. — "Aqui no hay hoteles." Estos demandaban un *cicerone* que les enseñase las calles. — Tampoco. — "Las cosas de España," decia el comerciante. — "Esta gente no quiere moneda," replicaba el inglés. — "*Ah le vilain pais*," concluían en coro el peluquero y la modista.

Ocupado en saborear despues de un agitado viaje la tranquilidad y la dulzura de la vida doméstica, y en visitar mis amigos y relaciones, tardé algunos meses en volver á comunicar con los compañeros de diligencia, á quienes suponia legítimamente ocupados en desenvolver sus grandes planes y aclimatar sus utopias. Hasta un dia en que la casualidad me hizo acercarme á cierta antesala de un ministerio, y donde menos pudiera pensarlo acerté á encontrar al viejecito declamador contra los empleos; confieso mi malicia, pero por mas que pretendió ocultárseme no lo pudo conseguir, y hasta tuve la indiscrecion de recordarle sus palabras del coche. — "Qué quiere usted, amigo, á mi edad ya no se puede aprender otro oficio: ¡si volviera á nacer!" — Probablemente haría usted

Ayuntamiento de Madrid

lo mismo: créame usted, le repliqué, si nuestro compañero el inglés conociese bien nuestro pais no hablaria de caminos de hierro, ó los aplicaria solo al camino de la tesorería, que es el único frecuentado en España.

No le hubiera yo citado tan pronto como acertó á entrar casualmente en la antesala, tan largo como un ciprés, trayendo bajo el brazo un rollo de papel aun mas largo que él mismo. Venia acompañado del fabricante lionés, y ambos tenian que hablar á S. E.; el primero para recoger la primera parte de su proyecto que hacía seis meses que habia entregado, y dejar la segunda, pues cansado de esperar, hacía ánimo de recogerla al regreso de un viaje á América: el fabricante venia á solicitar el despacho de cierta causa de contrabando por géneros que yo mismo habia visto pagar derechos, y segun me dijo, de todos sus planes se daba por contento con que le dejasen libre para volverse á su pais.

Ellos tambien me enteraron del resultado de los otros compañeros de viaje: el comerciante empresista, despues de tentar mil proyectos mercantiles é industriales, despues de haber querido establecer *teatros*, *omnibus*, *casas de baños*, *divanes*, *hotêles* y demas, se habia convencido de la innecesidad en nuestra España de muchas cosas necesarias en todas partes, acabando por poner un almacen de arroz de Valencia y garbanzos del Barco de Avila: tambien me dijeron que el literato

Ayuntamiento de Madrid

habiendo verificado varias de las publicaciones que nos anunció, solo habia podido obtener veinte suscripciones, entre las que nos contábamos los compañeros de viaje: solo el peluquero y la modista habian progresado considerablemente: el uno con su relumbrante salon, y la otra con su fantástico taller; aquel descargando las cabezas, y ésta adornándolas á la moda.

Por lo que hace al elegante tuve ocasion de verle varias veces en teatros y diversiones: al principio me aseguraba que no podia sufrir la vida de Madrid; pero insensiblemente le vi amoldarse á ella en términos que el lunes pasado le hallé en los toros vestido de chulo, y hasta observé que desde su palco le saludaba con mucho gracejo y agitado movimiento de abanico la severa ex-colegialita parisien, ya de mantilla blanca y con su rosa á la izquierda, mientras por la derecha escuchaba con amabilidad los tiernos arrullos de un oficial de la Guardia.

Réstame solo dar cuenta de mi persona, pues segun ya creo haberlo indicado, yo tambien traía en la cabeza mucho ruido de proyectos mercantiles y literarios. Habia ademas formado mi plan de vida diametralmente opuesto al que seguia antes de mi viaje; creía haber llegado á aprender en él lo que valen el tiempo y el trabajo, y me proponia aprovecharme de uno y otro; pero... ¡qué sé yo por qué!... luego que me vi en Madrid empecé á levantarme á las siete, luego á las ocho, despues

Ayuntamiento de Madrid

á las nueve; empecé á salir á las doce, á sentarme en las librerías á la una y en las tiendas de la calle de la Montera á las dos, á comer la inevitable olla á las tres, á echar la siesta á las cuatro y levantarme á las seis; á ir al Prado á las siete, y al café ó al teatro á las ocho, á tertulia á las once, á cenar á las doce y acostarme á la una, y asi un dia tras otro se me ha ido el tiempo sin realizar mis proyectos.

Verdad es que los mercantiles no me ofrecian grandes ventajas, y renuncié á ellos con todo conocimiento, limitándome (siempre por espíritu imitativo de lo que habia visto en otros paises) á emplear en fondos del Estado parte de mi capital, con lo que aseguraba una renta de 5 por 100 al año: verdad es que en el valor *efectivo* de aquel he perdido en el mismo tiempo un 17; pero el *nominal* siempre es el mismo, y esto no deja de ser algun consuelo.

En cuanto á proyectos literarios me costó mas trabajo el haber de renunciar á ellos; pero me hice cargo de que si en las circunstancias en que nos hallamos escribia de historia, ó de viajes, ó de literatura, perderia mi latin y mi dinero, y es cosa fuerte esto de escribir para el impresor y los ratones. Los periódicos políticos eran un recurso socorrido; pero en primer lugar yo soy muy impolítico, quiero decir, que no tengo grandes conocimientos en esta materia: ignoro la nomenclatura corriente, y sin poder hablar de *escision* y

Ayuntamiento de Madrid

colisiones y *garantías* y *fusion* y *oposicion legal* y *resistencia*, y comentar decretos, hacer alocuciones y proponer medidas y demas del caso, ¿quién me hubiera entendido? Pero es el caso que yo queria escribir y... ¿qué remedio...? me decidí á escribir el *Boletin del Diario de Avisos*. Con esto por lo menos lograré ser leido antes de que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flandes ó de queso de Rochefort, y si de este modo paso á la posteridad no será por lo menos sin algo de sustancia.

Ayuntamiento de Madrid

A prima nocte.

Fama es general y aun pudiera decirse fundada la que atribuye á los españoles la generosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Generosos somos en efecto en el sentido mas lato de esta palabra, generosos y aun pródigos en los gastos necesarios y supérfluos: dígalo nuestra deuda nacional, nuestras oficinas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos tambien somos en las hipérboles y demas figuras retóricas, y de ello podrian dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas alocuciones, esposiciones y manifestaciones como vemos diariamente, y que pudieran, recogidas con cuidado, servir de formulario general y completo de proclamas para todos los paises del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con mas garbo y bizarría. Las naciones industriosas han con-

Ayuntamiento de Madrid

siderado el tiempo como el mas precioso de los capitales. Nosotros, generalmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra ecsistencia. La frase española de *hacer tiempo* equivale á perderle en cualquiera lengua; y un ligero paseo por nuestra capital (adonde la cortedad de nuestra vista nos limita) probaria mucho mas que todos los discursos aqui estampados.

¿Qué hace, v. gr., esa turba parásita de plantones fijos en la Puerta del Sol interrumpiendo el paso de los transeuntes, aprendiendo de memoria los carteles, mirando al reloj ú oyendo cantar á un ciego? Está *haciendo tiempo* para pasar á otro lado á ocuparse en trabajos semejantes. ¿Qué espera aquel almibarado petimetre, dige habitual de una elegante tienda de la calle de la Montera, parte integrante de su aparador, emblema de su muestra y fiel contralor de sus operaciones mercantiles? ¿Muévele algun interes en éstas, ó el deseo de hacer observaciones económicas ó morales? Nada menos que eso: está *haciendo tiempo* para que un marido vaya á la oficina, y correr á consolar á la esposa que le espera *haciendo tiempo* al balcon ó ensayando al espejo la nueva combinacion del prendido. El esposo entretanto sentado en su silla burocrática, ejercitando su pulso en bravos rasgos y geroglíficos, recortando en pico el pelo de las plumas, paseando la badila al rededor del brasero para darle la forma piramidal, formando cigarrillos que ofrece á sus compañeros, y diser-

Ayuntamiento de Madrid

tando á la ventana mientras los fuma sobre la orden de la plaza ó sobre la corrida de toros, *hace tiempo* de que venga el gefe á echar reprimendas al portero, atar y desatar legajos, tirar de la campanilla, y *hacer tiempo* de que den las dos para tomar el sombrero. ¿Qué espera aquel magistrado hundido en su sillon carmesí, la cabeza sobre el respaldo y los ojos elevados al cielo?, ¿Medita sobre la defensa en que el abogado con frases anfibológicas ha hecho una hora de tiempo para martirizar un pensamiento? Pues no señor, *está haciendo tiempo* de que el portero que jugaba á los naipes con los lacayos de S. S. abra con estrépito la mampara diciendo: *Señor, la hora.* ¿Qué busca el obrero paseando sus miradas desde el caballete de un tejado con la piqueta alzada y la otra mano estendida en ademan de comunicar sus órdenes á la cuadrilla? ¿Inventa acaso un corte mas ventajoso, una operacion mas fácil que le economice tiempo y trabajo? Nada menos que eso: su vista penetrante, salvando los tejados y chimeneas, se fija en la torre de la Trinidad, y tarareando alegremente el antiguo romance

"Medio dia era por filo,
las doce daba el reloj,
comiendo está con sus grandes
el rey Alfonso en Leon,"

siente la primera campanada, arroja simultánea-

Ayuntamiento de Madrid

mente la piqueta, y desciende por el andamio como aliviado del peso del trabajo, corriendo á reunirse con su cara consorte, que sentada al sol á la puerta de su casa calle de la Paloma, *hace tiempo* de que se salga el puchero, ó que caiga en la lumbre el chicuelo revoltoso ó el gato dormilon.

En ningunos momentos es mas perceptible este vacío universal, este *dolce far niente* que dijo el Toscano, como en los que constituyen las primeras horas de la noche: no basta á nuestra apática indiferencia el interrumpir indiscretamente el trabajo del dia con la solemne operacion de la comida á las tres, no es suficiente á nuestro reposo la segunda noche, improvisada en la siesta, ni el paseo de ordenanza, hasta que la luz del dia llega á estinguirse: es preciso aun perder otro par de horas en un café ó sentados en derredor de una mesa de villar, ó corriendo las calles sin direccion, ó á la puerta de una tienda de confianza.

Si al cabo estas horas importantísimas ya que no las ocupáramos en asistir á las academias y liceos, ya que prescindiéramos de todo trabajo mercantil ó artístico, fueran empleadas en intimar nuestra sociedad, no aquella sociedad pública y ficticia, disputadera y pedantesca que se encuentra al rededor de un bol de ponche ó con el taco en la mano, sino aquella grata franqueza que solo se halla en el interior de las familias que nos son conocidas, aquella sociedad en que podemos aparecer tal cual somos sin riesgo de comprometernos

Ayuntamiento de Madrid

ni de ofender á los demas, aquella compañía, en fin, amable y sin pretensiones que forma la verdadera amistad, el amor y los lazos mas dulces y duraderos, aun pudiera darse por bien empleado tal solaz.

Burlámonos de nuestros antepasados porque tocando ligeramente en las botillerías ó cafés para solo el acto de refrescar, se retiraban á sus casas despues de anochecer para recibir en ellas á sus amigos verdaderos, y pasar algunas horas en sabrosas pláticas ó en juegos permitidos. Es la verdad que en la antigua botillería de *Canosa* ó en la de San Antonio de los Portugueses no encontraban mesas de mármol, ni columnas, ni relieves, ni arañas de cristal, ni espejos, ni aparadores como en nuestros cafés del dia; es la verdad que una estrecha mesa, y un banco mas estrecho aun, un candilon de cuatro pábilos, un vaso de campana y un cestillo de bizcochos eran todo el aliciente que ofrecian aquellas lóbregas salas; pero á la vuelta de esto las bebidas eran escelentes, la concurrencia general, y los escasos momentos de permanencia en ellas hacian llevaderas aquellas faltas. No hallaban, es cierto, periódicos que leer, políticos con quien disputar, literatos á quien engreir, militares que temer ni crónica escandalosa que comentar; pero en cambio no ensordecian con el ruido infernal de las disputas, no adquirian los modales de mal tono, no se acostumbraban á repetir frases indecorosas, no se impregnaban en el

Ayuntamiento de Madrid

pestífero olor del tabaco, y sobre todo no perdian lastimosamente el tiempo.

—Buenas noches, señor *Curioso Parlante.*—Buenas noches, don Pascual.—¿Qué hace usted?—Escribir.—¿Y á quién?—Al público.—Escelente corresponsal, aunque algo sordo; ¿y se puede saber sobre qué?—Véalo usted.—Y le alargué el papel mientras *hacía tiempo* de que lo leyese saboreando un purísimo habano: ¡ah! tambien me sirvió este tiempo para informar á mis lectores de que este interlocutor es aquel mismísimo don *Pascual Bailon Corredera*, de que ya tienen conocimiento si han leido mis anteriores artículos de los *Cómicos en cuaresma* y *La capa vieja.*

—Todo eso está muy bueno, me replicó don Pascual alargándome el papel despues de haberlo leido; pero ¿quién le mete á usted á censor moralista? ¿pues hay cosa mejor que estas costumbres de prima noche? Míreme usted aqui: son las nueve, ¿no es verdad? pues si yo le contára á usted lo que me ha pasado mientras estaba *haciendo tiempo* para venir á quitarle á usted el suyo, habia de reformar su opinion.

Por de pronto luego que empezó á anochecer, y que los árboles del Prado atraían á su atmósfera una humedad perniciosa, reflecsioné que en ninguna cosa podria emplear los momentos como en refrescar mis fáuces resecadas con el polvo y la agitacion del paseo. El inmediato salon de *Solís* me ofrecia su socorro; pero era tal la concurrencia de los que calcularon como yo

Ayuntamiento de Madrid

que no me fue posible proporcionar una silla, y á la verdad no lo sentí, pues esto me ofreció la ocasion de ir á saborear cerca del famoso repostero *Amato* un esquisito *sentillé* á la rosa. ¡Figúrese usted lo dulce que es un *sentillé* á la rosa tomado en una linda sala viendo sucederse alternativamente la elegante concurrencia de damas y caballeros que descendiendo de brillantes carretelas, llegan á rendir el tributo de su admiracion á aquel amable Anfitrion. ¡Por desgracia esta operacion no puede prolongarse mas que un cuarto de hora! ¡*Sic transit gloria mundi*! y al cabo de él ¿qué remedio? abandonar aquel elegante recinto y buscar en otro sitio nuevas sensaciones.

¡La política! ¡qué campo tan inmenso para el observador! por fortuna el café *Nuevo* sale al paso: ¡estrépito! ¡confusion! ¡qué noticias supe allí! ¡qué discursos escuché! ¡qué planes para concluir la guerra! ¡cómo diserté, y argüí, y... parecia un Bernardotte; pero me dolía la cabeza y no tuve otro remedio que ganar las escalas de Levante, quiero decir, que subí la escalera del café de aquel nombre: transicion; contraste romántico; 1835 y 1805.

Para descargar la cabeza no hay como sentarse á jugar una partida de ajedrez con un escribano; pero la bóveda de mirones que se formaba sobre nuestras figuras, encerrándonos herméticamente, no nos dejaba respirar. El humo del cigarro, el del café (que por cierto es escelente), el monótono

Ayuntamiento de Madrid

ruido de los peones y damas de las bolas y tacos, de los dados y fichas...; quédese para otro dia la partida: pasemos á la sala del villar: ¡aquella sí que es tranquilidad! círculo inamovible al rededor de la mesa, senado mudo, espresivas fisonomías, escena original iluminada por lo alto digna del pincel de Teniers. ¿Y todo para qué? para observar los movimientos de dos bolas redondas impelidas por discursos mas redondos aun. ¡*Oh raras hominum mentes*!

Los prócsimos salones de Lorencini y la Fontana me ofrecian un espectáculo demasiado *clásico*, compuesto de antiguos abonados que disertaban sobre el cólera del año pasado ó la contribucion de paja y utensilios del actual; pero ¡una formalidad! dénme la broma y el ruido y... vamos, no hay otro café del *Príncipe* en el mundo: alli sí que hay que ver, que escuchar... ¿quiere usted política? todos los correos se apean en este *Lloyd* madrileño. ¿Estima usted el derecho público? escuche usted á un centenar de abogados. ¿Diplomacia? antigua y moderna á escoger. ¿Moral? alli sí que se saben aventuras. ¡Poesía! el parnasillo moderno está alli. ¿Periodistas? las gradas de San Felipe hablando. ¿Romanticismo? ¡es una Venecia! ¿Goces materiales, bebidas? medio sorbete, sorbete poético por dos reales. ¿Tono rigorista? al café de en frente ó al villar del Morenillo.

Todo cansa sin embargo, y yo lo estaba ya á mas no poder de aquella batahola; pero el reloj *no*

Ayuntamiento de Madrid

marchaba, y todavía no eran mas que las ocho, segun me anunciaba estrepitosamente el ruido de la retreta partida en distintas direcciones de la Puerta del Sol con gran séquito de desgreñadas Andrómacas que marchaban al compás de las cajas de guerra.

Huyendo como es natural de toda aquella bulla que por la calle de Alcalá se dirigia al cuartel, me detuve involuntariamente en la calle de Peligros, y alli donde en historiado retablo se ostenta á la pública veneracion el abogado de las cosas perdidas, hice alto un momento para reflecsionar mi direccion. ¡Ay señor Curioso, y cómo quisiera yo tener aqui su pincel para bosquejarle las sombrías escenas que presencié! Créame usted; pocas figuras de contradanza ó de mazurca salen tan bien ensayadas como las que formaban á mi vista las compaseadas manolas con su figura ondulante y campanil, y los listos aficionados al ojeo apareciendo y desapareciendo alternativamente por las bocas calles de Hita y de Gitanos, de Peligros y San Gerónimo, del Príncipe y de la Cruz; mas como la oscuridad de la noche y la escabrosidad del terreno permitian ocultarme sus movimientos, y como por otro lado recuerdo que ya usted nos ha descrito estas evoluciones en su romance de *el paseo de Juana*, nada mas añadiré ni me empeñaré en seguir paso á paso á las sensibles parejas que tomaban puerto franco en una tienda de vinos, harto escasa en verdad de picaportes y cer-

Ayuntamiento de Madrid

rojos, gracias á la previsora susceptibilidad del dueño; ni tampoco á las filarmónicas ambulantes que paradas delante de un ciego cantante tendian su tela como las arañas en una esquina, no sin gran concurso de moscones embozados; ni en fin á las que al entrar con la terciada mantilla en la bulliciosa tertulia tabernaria reanimaban aquella báquica reunion. Esta escena por sí sola, que contemplé parado delante de una de la calle de Toledo, merece un artículo aparte, y prometo contárselo á usted. — Recojo la palabra.

Y despues de lo dicho ¿llamará usted perderle esta manera de hacer tiempo? No, sino vengamos ahora á encarecer los círculos y sociedades, las academias y liceos estrangeros. ¿Querria usted, por ejemplo, que los literatos y aficionados tuviesen aqui tertulias privadas donde reunirse á tales horas para charlar sobre sus obras? ¿Propondria que el pueblo encontrase espectáculos baratos á que acudir para ver las habilidades de un físico, ó las patochadas de un arlequin? ¿Desearia que las bibliotecas estuviesen abiertas á semejante hora, y que fuera lícito á entrambos secsos el concurrir á ellas? ¿Encomiaria, en fin, las tertulias de confianza con sus juegos de prendas y sus amores platónicos? ¡Fuego en las tales! ¿mas dónde ecsisten ya?

Acérquese usted sino á casa de su amigo *don Melquiades Revesino.* — La puerta cerrada... si serán dos golpes, si serán tres... vayan dos.— ¿Quién es? (pregunta una destemplada vieja desde

Ayuntamiento de Madrid

el piso tercero.) — Un hombre. — ¿A qué cuarto va usted? — Al segundo; y cierra el balcon y se queda usted en la calle. — Demos que le abre *de caridad*, demos que luego se sube á su cuarto, demos que tira usted la campanilla del segundo, y que no estan las señoras, y que solo le responde el falderillo que ladra, y que en fin no hay nadie en casa... ¡Pues cierto que es rato divertido el encontrarse en una escalera á oscuras ó con el portal cerrado!

Pero anímese usted á descolgarse *por via de recurso de apelacion ó como mas haya lugar* á casa del abogado don Pánfilo. Mire usted á toda la familia asustada con su visita estemporánea, y preguntarle á usted ¿qué es esto, don Fulano? ¿usted por aqui? ¿qué novedad es esta? ¿hay algo nuevo? ¿ha sucedido alguna cosa?—Nada, señores, el deseo de ver á ustedes. — Vaya, no es posible: muchacha, Margarita, tira esa labor, acércate; y tú, Toribio, avisa al amo, que está en el despacho. — No le incomode usted. — Quita tú ese velon y trae unas velas. — Señoras, de cualquier modo. — En fin, que observa usted (y es facil de conocerlo) que ha venido á incomodar, y por cubrir el espediente, como si digéramos por *hacer tiempo*, tiene que improvisar una semideclaracion á la niña.

Pero qué, ¿está usted ahí escribiendo geroglíficos mientras yo hablo? ¿Está usted *haciendo tiempo* tambien? — Nada de eso; estoy haciendo

Ayuntamiento de Madrid

mi artículo, ó por mejor decir usted le está haciendo por mí, pues que solo escribo en taquigrafía lo que usted va hablando. — ¿De veras? ¿Y qué ha salido ello? — Ha salido lo que yo deseaba; un rasguño de Madrid *á prima noche*, que habrá de suplir á falta de otro mejor. — ¿Cómo? — Sí, amigo, yo habia bosquejado el paisage, usted le ha dado la animacion.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

Ayuntamiento de Madrid

TABLA DE MATERIAS.

TOMO PRIMERO.

Arrieros manchegos. 14
Murcianos, ... id.
Andaluces, ... id.
Año cómico. 48
Aniversario del dos de Mayo. . . . . 65 *y sig.*
Aranjuez. 94
Amante corto de vista (*el*) (objeto del artículo 17.). 157
Antesala (*la*). 223
Aguinaldo (*el*) (objeto del artículo 26.). 243
Alojado francés (*el*). 245

Bruno el Abogado (*D.*), ... 144
Barbero de Madrid (*el*) (objeto del art. 19.) 178

Calle de Toledo (*la*) (objeto del art. 2.°). 10
Choriceros estremeños, ... 13
Carteles de comedias. 17
Comedia casera (*la*) (objeto del art. 3.°). 18
Costumbres de Madrid (*las*) (objeto del artículo 5.°). 39
Costumbres españolas. 40
Cómicos en cuaresma (*los*) (objeto del art. 6.°) 46
Carruages. 105
Casas por dentro (*las*) (objeto del art. 12.) 112
Curioso provinciano (*el*). 112

*

Ayuntamiento de Madrid

Campiña de Madrid. 135
Carabanchel de abajo. . . . . 136 *y sig*
Cosme el mercader (*D.*). 144
Cadete (*el*). 145
Carteles. 168
Calle mayor. 169
Calle de la Montera. 165
Calle de Atocha. 194
Calle de Alcalá. 199
Casa del grande. . . . . 205 *y sig.*
Campo santo (*el*) (objeto del art. 23.). . 213

Daoiz y Velarde. 61
Diligencia (*la*). . . . . 88 *y sig.*
Defensor de Madrid (*el*). 220
Dia 30 del mes (*el*) (objeto del art. 16.) 151

Escritor de costumbres. 39
Estrangeros en Madrid. 4
Empleomanía (*la*) (objeto del art. 8.). . 68
idem. 222
Elegantes madrileños (*los*). 108
Epitafios (*los*). 216
Estrenas (*las*). 243

Ferias (*las*). 7
idem (objeto del art. 21.) 192
Fuente nueva de la calle de Toledo. . . 17
Formadores de compañías. 48
Fidel de la Vera Cruz (*D.*). 69
Ferminillo. 138

Ayuntamiento de Madrid

Gaspar (D.) 235

Homo-bono Quiñones (D.) 152

Iglesia de San Isidro. 17
Isabel ó el dos de Mayo (objeto del art. 7.°) 58

Jacinta. 133

Libros estrangeros sobre nuestras costumbres. 41
Luisito del Peral (D.) 132

Muestras de las tiendas. 17
Manolas en calesa. 18
Murat. 62
1802 y 1832. 121
Melchor del Vallecillo (D.). 197
Mi médico. 131
Melquiades Revesino (D.) 132
Mauricio R. 158
Matilde de Lainer. 159
Maestro de obras (el). 197
Marqués (el). 202
Melchora Tragacanto (Doña). 227

Nombres de compañías cómicas. 49
Numeracion. 162
No importa. 236

Objeto de esta obra. . . . . . 44 y 45
Oficina (la). 153

Ayuntamiento de Madrid

Puente sobre el Manzanares. 11
Plácido Cascabelillo (*D.*). 19
Plazuela de San Miguel. 31
de Santa Ana. . . . . . 42 y 43
de la Cebada. 119
Pascual Bailon Corredera (*D.*). 47
Partido de cómicos. 48
Parador de Zaragoza, calle de Peligros. . . 49
Particulares. . . . . . 54 *y sig.*
Prado (*el*) (objeto del art. 11.) . . . 100
antiguo. . . . . . 100 *y sig.*
moderno. 104
Paseo de Juana (*el*) (objeto del art. 15.) 142
Pedro Correa. . . . . . 180 *y sig.*
Poeta y su dama (*el*) (objeto del art. 20.) 187
Pretender por alto (objeto del art. 24.) . 222
Perico. 227
Politico-manía (*la*) (objeto del art. 35.) 233
Plaza mayor (*la*). 250

Retrato (*el*) (objeto del art. 1.º). . . 1
Romería de San Isidro (*la*) objeto del art. 9.) 77
Riqueza y miseria (objeto del art. 22.) . 202

Siesta (*la*). . . . . 121 y 22
Solicito Ganzúa (*D.*). 225
Sepulturero (*el*). 217
Salida de la Diligencia (*la*). . . . . 88 *y sig.*

Tabernas de Madrid. 16
Targetas de visita. 32
Tertulia antigua. 127

Ayuntamiento de Madrid

Tertulia moderna. . . . . . 128 *y sig.*
Tomar aires en un lugar (objeto del art. 14.) 131
Tiendas (*las*) (objeto del art. 18.). . . 168
Tienda de sombrerero (*la*). 238

Valenciano. 13
Visitas de dias (*las*) (objeto del art. 4.°) 30
Viaje al Sitio (*un*) (objeto del art. 10.). 86
Vieja zurcidora. 148

Zurdo (*el*). 149

TOMO SEGUNDO.

Aire de corte (*el*). 67
Aldonza Cantueso. 68
Antiguo Madrid (*el*). 119
Autos sacramentales (*los*). 155
Aspecto esterior de Madrid. 165
Anochecer (*el*). 170
Amores de balcon. 174
Anuncios. 181
A prima noche (objeto del art. 46.) . . 231

Brasero (*el*). 2
Baile de candil. 29
Borricos de yeseros. 92
Baños antiguos 187
de Paris. 190
de Madrid. . . . . . 193 *y sig.*
Boda del Barquillo (*una*). 113

Ayuntamiento de Madrid

Capa vieja (*la*) objeto del art. 29. . . . 23
Carnaval (*el*). 44
Compra de la casa (*la*) (objeto del art. 32.) 60
Cantantes del teatro (*los*). 78
Clima de Madrid. 88
Canalones. 89
Coches de alquiler. 90
Casa á la antigua (*la*) (objeto del art. 36.) 96
Caza y pesca (*la*). 109
Casa de Cervantes (*la*) (objeto del art. 38.) 119
de Quevedo. 128
de Moratin. 129
Custodia del Corpus (*la*). 154
Carrera del Corpus (*la*). 159
Calles (*las*) (objeto del art. 41.). . . . 165
Cuarteles. 180
Casas de baños (objeto del art. 43.). . . . 187
Conversaciones de viaje. 221
Cafés y villares. . . . . 235 y *sig.*
Calle de Peligros. 237

Dorotea Ventosa (*Doña*). 5
Damas de Calderon. 34
Dominó (*el*) (objeto del art. 31.) . . . 43
Dia de fiesta (*el*) (objeto del art. 37.) 106
Diario de Madrid (objeto del art. 39.). . 135

Estrangero en su patria (*el*) (objeto del artículo 28.). 13
Estátua de Cervantes. 125
Estorbos de las calles. 93
Entrada en España (*la*). 219

Ayuntamiento de Madrid

Filarmonía (*la*) (objeto del art. 34.). . . 77
Filarmónicos (*los*). . . . . 82 y 83

Giovani Trottini (*Signor*). 15
Gritos de Madrid. 172

Hacer tiempo. 231
Historia del Dominó. 46

Inquilinos (*los*). 63

Leyes sobre máscaras. 50
Liga (*el Señor*). 180
Lope de Vega. 125

Música de Rosini (*la*). 77
Mejoras de Madrid. 86
Muestras. 90
Misa (*la primera*). 108
Magnífico Pabon (*D.*). 115
Madrid á vista de pájaro. 166

Niñas del dia (*las*) (objeto del art. 30.) 32
de Moratin. 35
Numeracion. 91

Pública subasta (*la*). 61
Paletos en Madrid (*los*) (objeto del art. 33.) 67
Patricio Mirabajo. 68
Policía urbana (objeto del art. 35.). . . 85
Pasadizos. 90
Picapedreros. 92

Ayuntamiento de Madrid

Perpetuo Ontañon (*D.*). 96
Postas (*el Señor*). 107
Procesion del Corpus (*la*) (objeto del art. 40.) 150
Príncipe de Gales (*el*). 151
Patio del Correo (*el*) (objeto del art. 42.) 178
Paquita. 211

Rastro (*el*). 24
Roberto Welford. 123
Retreta (*la*). 238

Suciedad de las calles. 89
Sastre (*el*). 111
Sombrerito y la mantilla (*el*) (obj. del art. 44) 204
Serafina. 210

Tertulias (*las tres*) (objeto del art. 27.) 1
de confianza. 2
de respeto. 7
de buen tono. 8
Tendero (*el*). 60
Teodoro Sobrepuja (*D.*). 68
Tarde del dia de fiesta (*la*). 116
Tarasca (*la*). 158
Trages (*los*). 205

Vestido de andaluza. 211
de mañana. . . . . 212 y 213
Vueltas de San Anton (*las*). 27
Vuelta de Paris (*la*) (objeto del art. 45.) 214
Viajeros españoles. 215
Visitas de noche 240

Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE.

	Pág.
Las tres tertulias (5 *de enero de* 1833). . . .	1
El estrangero en su patria (11 *de enero*). . .	13
La capa vieja (17 *de enero*).	23
Las niñas del dia (5 *de febrero*).	32
El dominó (19 *de febrero*).	43
La compra de la casa (5 *de marzo*).	58
Los paletos en Madrid (15 *de marzo*).	67
La filarmonía (22 *de marzo*).	77
Policía urbana (29 *de marzo*).	85
La casa á la antigua (5 *de abril*).	96
El dia de fiesta (12 *de abril*).	106
La casa de Cervantes (23 *de abril*).	119
Advertencia.	133
El Diario de Madrid (8 *de junio de* 1835). .	135
La procesion del Corpus (17 *de junio*).	150
Las calles (1.º *de julio*).	165
El patio del Correo (11 *de julio*).	178
Las casas de baños (18 *de julio*).	187
El sombrerito y la mantilla (3 *de setiembre*).	204
La vuelta de París (16 *de setiembre*).	214
A prima noche (13 *de noviembre*).	231

Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE.

Pág.

Las tres tertulias (5 de enero de 1833). . . . 1
El estrangero en su patria (11 de enero). . . 13
La capa vieja (17 de enero). 23
Las niñas del dia (5 de febrero). 32
El domino (19 de febrero). 43
La compra de la casa (5 de marzo). 58
Los palcos en Madrid (15 de marzo). 67
La filarmonía (22 de marzo). 77
Policía urbana (29 de marzo). 85
La casa á la antigua (5 de abril). 96
El dia de fiesta (12 de abril). 106
La casa de Cervantes (23 de abril). 119
Advertencia. 133
El Diario de Madrid (8 de junio de 1835). . 135
La procesion del Corpus (17 de junio). 150
Las calles (1.º de julio). 165
El patio del Correo (11 de julio). 178
Las casas de baños (18 de julio). 187
El sombrerito y la mantilla (3 de setiembre). 204
La vuelta de Paris (16 de setiembre). 214
A prima noche (13 de noviembre). 231

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL
1200013703
Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

PANORAMA

MATRITENSE

3 * 2

BHM
MB
1703

Ayuntamiento de Madrid